

**Migraciones
vemos...
Infancias
no sabemos**

PRIMERA INFANCIA Y MIGRACIÓN EN MÉXICO



**Migraciones vemos...
Infancias no sabemos**



Infancia en Movimiento

Migraciones vemos... Infancias no sabemos, es una publicación del Programa Infancia en Movimiento, coordinado por Ririki Intervención Social y financiado por la Fundación Bernard van Leer.

Las opiniones y puntos de vista expresadas en *Migraciones vemos... Infancias no sabemos*, no necesariamente reflejan las de la Fundación Bernard van Leer.

D. R. © 2008, Ririki, Intervención Social.
Islote 71 Col. Las Águilas.
01710 México, D. F.

www.ririki.org.mx

www.primerainfancia.org.mx

Queda autorizada la reproducción total o parcial, siempre que se de crédito al autor, a la fuente y se notifique de su uso al correo electrónico

comunicacion@primerainfancia.org.mx

Fotografía de portada: Niña y niño en campo agrícola “Talyoltita” en Sinaloa, México 2008.

Fotografía: Andrea Márquez Guzmán

Diseño de portada y publicación:

Edgar Sáenz Lara

Diseño logo Infancia en Movimiento:

Estelí Meza Urbietta

ISBN: 978-607-95057-0-7

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Prólogo.

Ivonne Melgar

El contexto de los textos.
Programa Infancia en Movimiento.
Nashieli Ramírez

Los llantos de Yurécuaro.
Thelma Gómez

El difícil oficio de ser niño en Tapachula.
Marcela Turati

Los niños de la miseria descalza.
Maria Luisa López

Ciudad Juárez:
la maquiladora que produce niños solos.
Diana Pérez y Marcela Turati

Niños de maíz y asfalto infancia indígena migrante en la Ciudad de México.
Elía Baltazar y Liliana Alcántara

Crónicas de un retorno anunciado.
Marcela Turati

A manera de colofón...
De cómo se cocinó este libro.
Marcela Turati

¿Quién es quién?

Agradecimientos.

Prólogo

Por Ivonne Melgar

Las noticias contenidas en este libro dan cuenta de un escándalo social: miles de mexicanos están siendo excluidos del futuro desde su temprana infancia.

Solos o acompañando a sus familias, Manuel, Evelia, Rosalva, Eloy, Diana, Angélica y Jerson Miguel, niños y niñas de entre cuatro y ocho años de edad, viven la migración como un destino. No la han elegido, pero ya los marca.

Ellos son parte de una larga lista de personajes auténticos retratados en este trabajo tan periodístico por sus revelaciones como desafiante, políticamente hablando, por la fuerza de su denuncia.

Sus páginas, testimonios del desarraigo y la pobreza, son pruebas irrefutables de la ausencia o pequeñez del Estado frente a comunidades y pueblos que construyen la sobrevivencia.

Porque más allá de las estadísticas que encarnan y las tendencias de la marginación que describen, estas historias documentan el drama de una desigualdad sin ventanas ni puertas de escape.

Se trata de una pobreza que se congela justamente en los más pequeños, sacrificando su presente.

De eso hablan las estampas desplegadas en “*Migraciones vemos... infancias no sabemos*”, de niñas y niños desplazados por las condiciones económicas de sus padres, del sur al norte, ya sea desde Veracruz a la tierra de las maquilas, en Chihuahua, o de La Montaña de Guerrero a la pizca de tomate en Sinaloa y Michoacán; o del sur al centro, viniendo de Guatemala a los basureros de Tapachula, o del sueño americano en Arizona a la realidad del estancamiento económico en Michoacán y de Oaxaca a la periferia del Distrito Federal.

De oficio reporteras, sus autoras tuvieron la oportunidad, ahora escasa en los medios de comunicación, de atestiguar a detalle cómo es la cotidianidad infantil de las diversas migraciones coexistentes en la República Mexicana.

En un momento en el que las ocho columnas, las cámaras y las grabadoras se reservan para los ajusticiamientos y la violencia armada, el registro de nuestra vida social se estanca y sus periodistas sufren la escasez y el desinterés editorial.

Las empresas se rehúsan a gastar, así lo ven, en investigaciones de fondo. Quieren noticias rápidas, fáciles, entretenidas.

Contra esta corriente que acaba trivializando las complejidades de nuestro ser social, Marcela Turati, Diana Pérez, Elia Baltazar, Liliana Alcántara, María Luisa López y Thelma Gómez, fueron auténticas enviadas de guerra, apertrechadas con el tiempo, la energía y el impulso suficientes para realizar reportajes de calidad y novedad, aquí reunidos.

No han sido los tradicionales jefes de información los que esta vez dieron la orden de trabajo. En lugar de un editor tiranizado por la fórmula de poca inversión y mucho ruido mediático, nuestras autoras han gozado de la confianza de Ririki Intervención Social y su incansable coordinadora, Nashieli Ramírez.

A iniciativa de dicha organización social, se impulsó este trabajo de campo reporteril, como una expresión más del Programa Infancia en Movimiento, iniciado por la Fundación Bernard Van Leer.

El libro abonará con creces en el objetivo de esta tarea de Ririki, al contribuir en la vigilancia social de la seguridad humana de las niñas y los niños, a través del fortalecimiento de las comunidades que son protagonistas de la migración y en medio de la cual se desarrolla su temprana crianza.

El sólo hecho de mostrar la existencia de estas realidades, sacándolas del anonimato, representa una acción movilizadora de conciencias.

Pero hay algo más valioso aún, inherente al ejercicio periodístico: el retrato tiene nombres, rostros, emociones, paisajes verificables, intereses económicos, consecuencias sociales vigentes ahora mismo y relaciones con un poder que sea federal, estatal o local, siempre intenta quitarse el bulto, aún cuando el supuesto problema se ha convertido en sustento de las omisas autoridades, como se ilustra en el caso de los jornaleros agrícolas residentes en Yurécuaro, Michoacán, cuyo alcalde es uno de los principales contratistas de los que llegan del sur.

El recorrido, profundo y extenso, incluye a los mexicanos expulsados por la migra en Nuevo México, doblemente divididos en sus familias y doblemente rechazados en los espacios de socialización, una vez que regresan a su país de origen.

Este trayecto de migraciones acopia detalles del encierro infantil en las colonias populares de Ciudad Juárez, donde las trabajadoras de las maquilas son captadas en esa siempre dolorosa noticia del descuido familiar que raya en maltrato infantil.

La ruta hace un alto en Sinaloa, donde anualmente, al menos cuatro mil pequeños provenientes del centro-sur del país, se instalan con sus padres durante la mitad del año. Y muestra, desde uno de los puntos de expulsión, en Tlapa de Comonfort, el tamaño del dilema: llevar a los hijos

al hacinamiento y enseñarles lo que significa decir “no somos de aquí ni de allá” o dejarlos en casa, arraigados, sí, pero solos.

El mapa de nuestros éxodos internos tiene en los límites de Michoacán y Jalisco un estremecedor mural de llanto y segregación. Es el capítulo de Yurécuaro un fino y esclarecedor cuadro de la marginación: niños y niñas sin nombre y con pies descalzos sobre el lodo, en galerones donde antes se criaban cerdos, un negocio hoy sustituido por los migrantes que pizcan chile y tomate.

La escala en el Distrito Federal resulta todavía más cruda porque, el paisaje conocido cobra otra dimensión en el conjunto de la travesía, al mostrar que el fracaso de las políticas sociales es tal que, ni ahí donde el centralismo tiene más intervenciones del Estado, es posible romper el círculo de una pobreza que triplica en los indígenas migrantes el riesgo de no llegar a tiempo a las aulas de la educación básica.

Sin metáforas de por medio, los pepenadores guatemaltecos instalados en Chiapas son, desde sus basureros, el otro extremo de este itinerario de infancias excluidas del más elemental piso común, llámese Constitución Mexicana, o Convención de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas.

Porque si la tristeza mayor de Rosalva es que en su natal Chiepetepec los maestros le niegan el ingreso a la escuela por ser migrante y en Navolato sólo tendrá unos meses de clase del programa Monarca, de la SEP, los hijos de la pepena en Tapachula ni siquiera lo intentan.

La ecuación es lapidaria: a menor escuela, mayor es el cerco de la desigualdad. Y los testimonios de este libro la comprueban: ahí donde el Artículo Tercero es letra muerta, el Estado es un ausente y la pobreza sólo se transforma, pero no se destruye.

Ese es el común denominador de estos pequeños y pequeñas migrantes: están fuera del más elemental de los servicios de una nación. Cuando son números, pesan, pero cuando tienen rostro y nombre, sus expectativas truncan conmueven.

Es el caso de Rosalva, segregada entre sus contemporáneos guerrerenses porque no pertenece al registro escolar; de Eloy que debería cursar el segundo de primaria, pero se queda a cuidar a sus tres hermanos más chicos, mientras sus padres se van al campo; de Evelia, en los cruceros capitalinos, sin saber hablar con gente no sean los suyos; de Angélica que como guatemalteca jamás ha imaginado ser parte de los mexicanos, aunque haya nacido y crezca en su mismo suelo; y Jerson Miguel, bolero de los parques del centro de Tapachula, ajeno a cualquier posibilidad educativa.

Por eso esta aportación de pruebas de Ririki es una denuncia de la gravedad social y humana que esconden los celebrados y supuestamente pequeños por cientos que, según el discurso gubernamental, le restan a la tarea escolar mexicana. En contraste, queda en el registro la pírrica cobertura que la política pública tiene en esta materia.

Y a pesar de la ruda tragedia que encierran estos reportajes, hay pinceladas de gozo literario en sus autoras y, lo más loable, un esfuerzo meritorio y relevante de mirar desde los ojos de los niños y las niñas, a este México de migrantes que merecen otra suerte.

Todas coinciden, dolidas, en el balbuceo que caracteriza a estos niños y niñas, a quienes la socialización a través de la palabra también les ha sido vedada.

Sin embargo, cada una, en sus escritos, deja el sello de su peculiar observación.

Con Elia y Liliana, tocaremos otras ausencias, como la de un paraíso común para los migrantes indígenas que siguen llegando a buscar “algo” a la capital del país.

María Luisa hurga en el desapego afectivo de una niña obligada a las despedidas, en un pueblo donde los cerdos hacen las veces de perros y la diversión infantil es ahuyentarlos a pedradas.

Thelma logra en la instantánea de un desfile estatal, iluminar los recovecos de la exclusión y cómo, en medio de la burla y la desesperanza, la escuela siempre salva, alivia e iguala en aspiraciones a sus habitantes.

Diana toca el incómodo pero existente fastidio doméstico que convierte a la población infantil en presa de la violencia y el miedo, y Marcela nos lleva del ulular de las moscas que embadurnan las lonas de los pepenadores y “cambian de lugar a cada respiro fuerte”, al silencio nostálgico de los “canguritos” que lloran de madrugada a sus madres lejanas, mientras venden chicles y malgastan la ganancia en videojuegos.

Con agudeza, sensibilidad, enojo y ternura, este equipo de aguerridas reporteras concreta cálida y detalladamente un registro de voces, escenarios y pendientes de obligada referencia para quienes desde la política pública, el compromiso social y la alegría por el futuro compartido se preguntan por dónde y cómo empezar.

Ririki ofrece respuestas en este libro que, en sí mismo, es una agenda de trabajo y, felizmente, el capítulo inaugural de acciones prácticas y concretas en el terreno de los hechos, desde donde se buscará reescribir ese futuro que hoy se anuncia fracturado.

El contexto de los textos. Programa Infancia en Movimiento

Por Nashieli Ramírez

Infancia en Movimiento es un programa de inversión social y movilización de recursos enfocado en los temas de la primera infancia y la migración en México. Busca contribuir a la restitución y el cumplimiento de los derechos humanos y, en particular, el fomento al desarrollo y la seguridad humana de las niñas y los niños de hasta ocho años de edad, y sus comunidades de crianza, afectados por la movilidad poblacional.

México es un país de muchas migraciones. La que atrae más la atención, es esa que nos coloca en el tercer lugar mundial en expulsión de migrantes económicos, con un flujo humano que ha convertido a nuestra frontera con Estados Unidos en el punto de mayor tránsito de personas que van de un país a otro en busca de empleo. Sumado a lo anterior es nuestra categoría como país de tránsito. En 2006, más de 270 mil centroamericanos entraron a territorio mexicano por su frontera sur tratando de llegar a Estados Unidos.

Sin embargo, existen migraciones menos ruidosas. Involucran el movimiento silencioso de millones de mexicanos. Simplemente sin contabilizar a los migrantes internos temporales (por ejemplo jornaleros agrícolas), el 26 por ciento de la población mexicana es migrante y de estos nueve de cada diez, son migrantes internos (ENE 2002). En el 52.7 por ciento de los hogares mexicanos hay migrantes y de estos el 73 por ciento son internos. Un distintivo de las migraciones recientes es la creciente incorporación de población indígena a este proceso, según datos del conteo 2005, unas 150 mil familias indígenas estaban asentadas en las entradas o periferias

de las grandes urbes y sólo en 20 de los dos mil 500 municipios no existe presencia de etnias. Esa misma fuente revela que uno de cada diez niños(as) vive en una entidad distinta a la que nació.

Dentro de las migraciones temporales, la más importante son las de los jornaleros agrícolas. Actualmente existen aproximadamente 4 millones 708 mil jornaleros en todo el país; de esta población se estima que casi un millón son niños y niñas menores de catorce años de edad.

Uno de los principales distintivos de la reciente migración interna (permanente o temporal) en nuestro país es su característica de *movilidad forzada* la cual afecta, más que nada, a quienes viven en condiciones de pobreza y exclusión social. En este sentido, los actuales procesos de urbanización y las dinámicas migratorias dominantes, son fenómenos que están marcando transformaciones continuas, y a veces aceleradas, en la vida cotidiana de millones de niños y niñas mexicanos quienes a muy temprana edad son confrontados con situaciones de inseguridad, violencia y discriminación.

Contemplar el desarrollo de estrategias de promoción a la inclusión social, la seguridad humana y el derecho a la diversidad ante esta situación nos acerque al entendimiento de dichos fenómenos y problemáticas, nos permitirá en un primer momento prever, anticipar y minimizar, en algunos casos, los efectos nocivos, así como potenciar al máximo los beneficios de estos procesos, específicamente hacia las y los niños más pequeños. Es a partir de esta premisa que surge el *Programa Infancia en Movimiento*.

El *programa* impulsará estrategias e intervenciones que promuevan espacios seguros para las y los niños más pequeños. Con espacios seguros nos acercamos al concepto de seguridad humana lo cual surge en el reporte sobre desarrollo humano (PNUD, 1994) argumentando que la mejor forma de luchar contra la inseguridad global es garantizar las libertades o

ausencias de necesidad y miedo. Así que para las y los niños más pequeños –sean en la casa, el camino, el barrio, el pueblo o la escuela– *espacios seguros* comprenden no sólo un componente relacionado a la ausencia o protección hacia la violencia, pero también a la vida y la salud; la familia y la comunidad; a la convivencia, la participación y la no discriminación. El *programa* como tal consistirá en tres tipos inversiones sociales realizados por medio de convenios y alianzas estratégicas con diversas organizaciones y personas de la sociedad civil, el sector público, la academia y el sector privado empresarial.

La práctica: inversiones orientadas hacia la generación espacios seguros por medio de intervenciones socio-educativas y de movilización comunitaria dirigidos a niñas y niños pequeños y sus comunidades de crianza, principalmente en áreas de atracción migrante.

La generación de conocimiento: inversiones orientadas a profundizar sobre los efectos de distintos paradigmas migratorias en las vidas de las y los niños pequeños y para entender la efectividad e impacto de intervenciones dirigidas a ellos y sus comunidades de crianza.

La política pública: inversiones orientadas hacia la comunicación social y la incidencia en y fortalecimiento de la política pública entorno a las temáticas centrales del programas.

Infancia en Movimiento hace referencia a tres aspectos: el fenómeno de migración que viven las y los niños; el crecimiento rápido que caracteriza la primera infancia; y una visión movida de niñez donde representan sujetos y agentes sociales de cambio. El programa fue impulsado por la Fundación Bernard van Leer a partir de un proceso de consulta durante 2007 y 2008 y es coordinado por Ririki Intervención Social. En el 2009 empezará a operar por medio de convenios y alianzas con diversas organizaciones, instituciones y redes en los Estados de Chihuahua, Sinaloa, Chiapas y la Ciudad de México.

Primera Infancia y Migración en México. Numerología

- En México viven 17, 452,455 niños y niñas de entre cero y ocho años (2008. Conapo).
- El 50.8 % de la población infantil en primera infancia son varones, producto de que nacen más niños que niñas. (2008. Conapo).
- 1.2 millones de los niños y niñas menores de cinco años, son indígenas. (CDI/ INEGI/ 2000).
- Más del 50% de los niños y niñas menores de cinco años que viene en Yucatán y Oaxaca son indígenas. (CDI/INEGI/ 2000).
- 1.3 % de los niños y el 1.1 % de las niñas, menores de cuatro años presenta alguna discapacidad. (INEGI 2000)
- El 84% de los(as) niños(as) menores de seis años están al cuidado de sus madres y el resto, que suman 2.3 millones esta a cargo de otras personas. (ENE 2004)
- El 59.3% de las niñas y el 54.5% de los niños bajo cuidado de terceros, son cuidados por una persona remunerada por su familia y para el 21% de las niñas y las niñas, su cuidado es incierto, ya que en su mayoría están en el status de “ahí se lo encargo” o solos. (ENE 2004)
- El 64% de las muertes de niños y niñas menores de un año suceden antes de que cumplan un mes de edad. (ssa 2006).
- La tasa de mortalidad por infecciones respiratorias y digestivas, en niños y niñas no indígenas es de 13.5 y 9.6 respectivamente; mientras que para la población infantil indígenas es de 33.7 y 24.7 respectivamente. (INEGI/Salud 2004)
- El 10.4 % de las muertes en México son de niños y niñas menores de cinco años de edad. (INEGI/ssa 2000)
- 9.3% de los niños y niñas menores de un año que viven en la región sur del país padecen sobrepeso. (ENSANUT 2006)
- 23.7% de los niños y niñas de entre uno y cuatro años presentan anemia. (ENSANUT 2006)

- 31.2% de los niños y niñas menores de cinco años más pobres del país sufren desnutrición (Decil I de ingreso), en contraparte el porcentaje de desnutridos en el decil de ingreso más alto, es de 4.7 por ciento. (ENSANUT 2006)
- 80% de los niños y niñas de hasta tres años de edad no están atendidos por ningún servicio de educación inicial. (INEGI 2005).
- En el sistema de educación preescolar se atiende al 35.6% de la población de tres años; al 92.6% de cuatro años y el 99.6% de cinco años. (SEP 2007-2008)
- 9% de los niños y niñas que concluyen el preescolar no tienen las competencias básicas de lenguaje y comunicación que establece el Programa de Educación Preescolar. Si estudian en cursos comunitarios se incrementa al 26% y si lo hace en un jardín de niños privado se reduce a 1%. (INEE 2007)
- 32.2% de los niños y niñas de seis años reciben golpes en su ambiente familiar y a 18.2% lo insultan. (IFE 2003)
- 17 % de los niños y niñas de seis años afirman que se les pega e insulta en la escuela y 4.3 por ciento que se abusa de ellos en ese ámbito. (IFE 2003)
- Chiapas, Guerrero y Oaxaca aparecen siempre en los primeros lugares del porcentaje de maltrato, en sus tres variantes (insultos, golpes y abuso) tanto en la familia como en la escuela. (IFE 2003)
- 230 mil 181 niños(as) de entre 5 y 9 años que trabajan. (STPS/INEGI 2007)
- Una cuarta parte de los(as) jornaleros migrantes son niños y niñas menores de catorce años. (PAJA)
- 48 % es de origen indígena. (PAJA)
- 38% de los menores de seis años no cuentan con cartilla de vacunación. (PAJA)
- 55.6% migra en grupos familiares. (PAJA)
- La cobertura de educación preescolar e inicial en la población infantil migrante es del 6%. (SEP 2006)
- 61.1% de los hijos de familias jornaleras agrícolas –de entre 6 y 14 años de edad- no asiste a la escuela. (PAJA)
- 1 de cada 4 niños –de entre 6 y 14 años de edad– nunca ha asistido a la escuela; la misma cantidad abandona sus estudios para incorporarse al trabajo. (PAJA)

- Los servicios para la educación inicial o preescolar abarcan aproximadamente al 6% de los niños y niñas de demanda potencial (SEP 2005).
- 11.9% de la población jornalera no cuenta con acta de nacimiento. (PAJA)
- Solamente el 10% de estos niños y niñas asiste a la escuela. (SEP 2007)
- En Ciudad Juárez Chihuahua 35 de cada 100 habitantes han nacido en otro sitio La migración tradicional proviene principalmente de Coahuila, Durango, Zacatecas y otras partes de Chihuahua. En los últimos 10 años, la migración se ha hecho más frecuente desde Veracruz, DF, Estado de México y Nuevo León. (INEGI 2000)
- 52.9 % de los niños y niñas de Ciudad Juárez de seis a ocho años mencionan que a veces se quedan solos en su casa y 8.1 se quedan solos. (Encuesta Infantil OPI 2008)
- El 84.6 % de los niños y niñas de seis a ocho años de Ciudad Juárez consideran que la calle es el lugar más peligroso para ellos. (Encuesta Infantil OPI 2008)
- Se cuentan con 10 mil lugares en centros de desarrollo infantil y guarderías públicas, privadas y de sociedad civil, en Ciudad Juárez para una población de 150 mil niños y niñas menores de cinco años. (Ayuntamiento 2005)
- Durante los tres primeros trimestres de 2008, habían recibido oficio de salida de nuestro país 1125 eran niños y niñas, el 78% eran varones y el 82% viajaban no acompañados. De ellos eran menores de 12 años: 100 guatemaltecos, 36 hondureños, 17 salvadoreños, un nicaragüense y un ecuatoriano. (INM 2008)
- Entre enero y septiembre del 2008, México había repatriado 4342 niños y niñas, 71% no acompañados: 2007 hondureños, 1598 guatemaltecos, 733 salvadoreños y 4 nicaragüenses. Una quinta parte eran menores de doce años personas. (INM 2008)
- El número de inmigrantes indocumentados detenidos en lugares de trabajo en Estados Unidos aumentó de siete veces de 500 a 3.600 entre 2002 y 2006. (El Colegio de Sonora 2006).
- Aproximadamente cinco millones de niños(as) México-estadounidenses con al menos un padre indocumentado. (El Colegio de Sonora 2006).

Thelma Gómez

Los llantos de Yurécuaro

Entre junio y diciembre, el noroeste de Michoacán recibe a cerca de cinco mil jornaleros agrícolas procedentes de los estados más pobres del país. La tercera parte son niños y niñas menores de catorce años de edad, migrantes desde que nacieron y sobrevivientes de una realidad que les niega todos sus derechos

El llanto de un niño anuncia el inicio del día. Guillermo Peláez Santiago tiene cinco años y unos ojos negros, grandes, ahora anegados de lágrimas. No quiere que lo dejen solo, pero sus sollozos fracasan. Él se queda en la cama, mientras su madre y sus hermanos emprenden el camino al trabajo. Los volverá a ver diez, doce o trece horas después. Son las cuatro de la mañana. Los jornaleros agrícolas se adelantan al alba.

En menos de media hora, las instalaciones a medio construir del Albergue para Jornaleros Agrícolas de Yurécuaro, Michoacán, se quedan sin adultos. Sólo permanecen don Pancho, el velador, y algunos albañiles que aún duermen. Ahora, los infantes son mayoría. En sus cuartos, tratan de retomar el sueño que interrumpieron cuando sus padres y hermanos mayores salieron al campo.

Guillermo ya no llora. Quizá esté dormido. Él no puede ir al campo con su familia porque el patrón le advirtió a su madre: “No lleven niños pequeños, porque maltratan el cultivo”.

Como muchos niños y niñas que habitan en el albergue, Guillermo habla poco español. Su vocabulario es escaso, no construye oraciones completas. Es mixteco, originario de Tlapa, Guerrero. Llegó a Yurécuaro a mediados de junio, cuando arriba la mayoría de los jornaleros agrícolas que permanecen

Thelma Gómez

aquí hasta que termina el trabajo en la pizca de tomate, tomatillo y chile, en diciembre o principios de enero.

Yurécuaro está en la frontera de Michoacán y Jalisco. Junto con su vecino, el pueblo de Tanhuato, integra una de las zonas hortícolas más importantes del noroeste de Michoacán, donde cada año llegan alrededor de cinco mil jornaleros de distintos estados del país, así como de rancherías de la meseta purépecha y de otros poblados cercanos. De ellos, 35 por ciento son niños de hasta catorce años de edad, de acuerdo con cifras de la delegación estatal de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol).

En este pueblo, los jornaleros agrícolas comenzaron a ser visibles en la década de los noventa. Así lo recuerda la gente que aquí nació y que nunca se ha ido, como la señora María que acondicionó su tienda para también vender comida durante el tiempo que permanecen los migrantes en estas tierras:

“En 1993 fui a la estación del tren porque iba a Guadalajara. Era muy temprano, como las seis de la mañana, y había mucha gente durmiendo. Familias completas con muchos niños”. Y cada año fueron más y más.

Vienen de los estados más pobres: Oaxaca, Guerrero, Chiapas, Veracruz, Puebla, Hidalgo, San Luis Potosí y Guanajuato. También llegan de varias zonas de Michoacán. Son hombres, mujeres y niños, muchos niños y niñas. Los grandes, de más de ocho años, trabajan. Los pequeños tienen dos opciones: acompañar a sus padres al campo o quedarse solos.

En 2008 comenzó la construcción del Albergue para Jornaleros Agrícolas, a iniciativa de la Sedesol y a la que el ayuntamiento se sumó al donar un terreno que se localiza en los límites del pueblo.

El albergue aún está en construcción. En lo que será el patio hay cemento fresco, tierra, lodo y varillas tiradas. Los planes eran concluirlo a finales de

Los llantos de Yurécuaro

octubre del 2008. Aún así, los cuartos ya listos son habitados por un poco más de 20 familias.

Se trata de 28 habitaciones de poco más de 15 metros cuadrados, cada una con dos literas sin colchones y un mueble de metal con tres compartimentos. Cada cuarto también tiene un área para la cocina-comedor, es una especie de terraza con un espacio destinado al fogón de leña. Al fondo del albergue hay una pileta y ocho lavaderos. Ahí es donde varias madres bañan a sus hijos pequeños.

Hay ocho baños. La mayoría, está sucio porque el intendente no se presentó a laborar. También hay un mismo número de cuartos donde estarán las regaderas pero que ahora sólo tienen los tubos por donde sale un chorro de agua fría.

Los planos arquitectónicos del albergue muestran que aún falta mucho por hacer. Si se cumplen lo previsto, este lugar tendrá una cancha de básquetbol, juegos infantiles, un aula y un espacio que funcionará como guardería. Por ahora, la cuota de recuperación es de tres pesos diarios por cada adulto que trabaja.

Son las ocho de la mañana. Las nubes de septiembre impiden al sol realizar su labor. Un rumor de quejidos se levanta y de pronto se convierte en llanto colectivo.

Los pequeños comienzan a salir de sus cuartos. Los más grandes tienen ocho, nueve años. Y son ellos los que cuidan a sus hermanos. Pocos llevan zapatos; sus pies están acostumbrados al lodo y las piedras.

Eloy Martínez García dice que tiene ocho años, pero su cuerpo corresponde más a un niño de cinco o seis. Como otros niños migrantes tiene manchas blancas en la cara. Es originario de la montaña alta de Guerrero, habla mixteco y entiende español, pero casi no lo usa. A su edad es el responsable

Thelma Gómez

de cuidar a Carlitos, de cinco años, Rosaura, de tres, y Victoria, de un año y algunos meses.

Poco después de las 8 de la mañana acude a la tienda del albergue a comprar medio kilo de tortillas y completar el desayuno que les preparó su mamá: un plato con sopa de fideo y chiles en vinagre; con ese alimento deben aguantar hasta las cuatro o cinco de la tarde, horario en el que llegan los adultos del campo.

Son pocos los padres que dejan comida a sus hijos.

Otros les dan 10 o 20 pesos, cuando se puede. Como a Celerino Narvárez Bravo, quien tiene nueve años y todos los días se las ingenia para dar de comer a sus hermanos, Rubén de cinco años, y a quien no le gusta bañarse; a Micaela, de cuatro, que lleva collares de chaquiras, y a Jesús, de dos. Hoy Celerino compró tortillas, jugo y bolsas de frituras que cuestan un peso. Este niño, además de ser un papá en chiquito, toma la escoba y barre el cuarto que alquila su familia en el albergue. Como puede exprime un trapeador y limpia el piso lleno de lodo.

Celerino tiene otra hermana de ocho meses; aún no tiene nombre, nació en Hermosillo, Sonora, donde sus padres trabajan en los campos de uva. La bebé no tiene acta de nacimiento y, por ahora, todos los días va al campo amarrada con un rebozo a la espalda de su madre.

En el albergue los niños, cuando comen, sólo lo hacen dos veces al día: por la mañana y cuando llegan sus padres de trabajar. Casi diario toman refresco. Los alimentos más socorridos son tortillas, frituras y elotes asados. Las sopas Maruchan cuestan seis pesos y para muchos es el mejor platillo que pueden tener. Tampoco faltan los chicles.

Los llantos de Yurécuaro

Sus hábitos de alimentación trazan su futuro: “La desnutrición afecta el crecimiento global del niño, y su coeficiente intelectual será menor al que tenían previsto sus genes”, asegura la nutrióloga Irma Zazil Olivares Sandoval, investigadora en ciencias médicas del Instituto Nacional de Pediatría.

La especialista, maestra en ciencias por la Universidad de Aberdeen, Escocia, resalta que la gravedad del daño dependerá del tiempo que dure la desnutrición. “Mientras más pequeño es el niño, más importante es la buena alimentación porque el cerebro se está consolidando el primer día, la primera semana, el primer mes, el primer trimestre y así sucesivamente”.

Emiliano tiene ocho años. No es el más grande de los hijos de los jornaleros Silvia Espinosa y Leobardo Miranda, el primogénito es Gonzalo, de once; él cuando no va a trabajar, prefiere pasear por los alrededores del albergue con su bicicleta o pasar horas frente a las máquinas de juegos instaladas en casi todas las tiendas que pululan por toda la zona en donde viven los migrantes.

Emiliano tiene que cuidar a Basilia (que ni ella, ni su mamá se acuerdan si tiene cinco o seis años); Adolfo, de tres, y Serafín, de año y medio. Su desayuno es un plato de frijoles y tortillas frías.

Los hermanos más pequeños de Emiliano son hijos de la vida errante, niños que desde su nacimiento van de aquí para allá. Adolfo nació en Chihuahua y Serafín en Sinaloa. El resto de la familia es originaria de Iguala, Guerrero. Son nahuas.

Serafín ya no tiene el rostro de bebé; aún camina con un poco de inseguridad, pero parece ya estar acostumbrado a las caídas porque se incorpora rápidamente. Su cara y manos siempre están sucias. Es uno de los niños que más llora en el albergue. Sólo viste una camiseta y un pañal que lleva desde hace varias horas. No deja que lo toque nadie más que su hermano o su mamá. Para calmar su llanto, Emiliano le compra una bolsa de frituras. Tienen chile pero Serafín se las come con gusto.

Thelma Gómez

En el albergue y vecindades que rentan los jornaleros, el llanto infantil es un coro triste, intermitente, que se escucha todo el día. De tanto oírlo, a nadie asombra.

Gran parte de los jornaleros agrícolas son como los antiguos gitanos, van de un lado a otro con toda la familia, con sus pertenencias metidas en cajas de cartón, en huacales o costales. Algunos, cargan con objetos que para ellos son casi de primera necesidad: bicicletas viejas, pero muy útiles, (el único juguete para muchos niños) y pequeñas televisiones.

Estos errantes contemporáneos son conocedores de lo que podría llamarse “la geografía del jornalero en México”. Desde que nacen se instruyen en esta materia y cuando son adolescentes la dominan. Saben que en Yurécuaro, Michoacán, la temporada va de julio a diciembre. En marzo, la uva los llama en Hermosillo, Sonora; en mayo y junio, hay trabajo en Culiacán. También van a San Quintín, en Baja California; a Huetamo, Michoacán; a diferentes partes de Sonora y Nayarit. A la zafra, en Morelos, sólo van los varones que tienen más de diez años.

En Yurécuaro es donde reciben los salarios más altos: 120 o 130 pesos la jornada. En otros campos les pagan 80 o 60 pesos diarios.

La hermana pequeña de Celerino no es la única sin nombre. Entre los migrantes hay varios niños así: sin identidad, sin acta de nacimiento, sin cartilla de vacunación. Son niños y niñas que no existen ni para el gobierno, ni para las cifras oficiales, ni para los censos de población.

Esa es una constante entre los hijos de los jornaleros: los pequeños nacen cuando sus padres están lejos de su tierra natal y tienen que esperar meses o años para ser registrados. El trámite lo realizan en su pueblo, con su gente, a su manera.

Los llantos de Yurécuaro

Esperanza Narváez Morales tiene 24 años y tres hijos. A la más pequeña sólo le dice “bebé”.

–Conoces un nombre bonito?– pregunta Esperanza, quien conoció a su esposo, Saúl, en un campo agrícola en Baja California.

Los dos son de Oaxaca y hablan mixteco; pero ella de la mixteca alta y él de la mixteca baja que, aunque comparten algunas palabras, no son iguales. Las dos variantes de mixteco y el español son los idiomas que utilizan para comunicarse con sus hijos: Susana, de cinco años, y Eladio, de tres. Estos dos niños nacieron en Guerrero. Eladio no tiene acta de nacimiento. La bebé, la que no tiene nombre, nació en Culiacán, Sinaloa.

–Cuando vayamos al pueblo vamos a sacar sus papeles– asegura Esperanza. Ella, desde niña, es migrante.

–Hace como un año que no vamos al pueblo, para qué si allá no hay dinero, no hay trabajo– dice Saúl, quien se queja porque, hasta ahora, hay poco trabajo en Yurécuaro y no hay guarderías para dejar a los niños.

–En Hermosillo sí hay. Aquí los tenemos que llevar al campo, porque si se quedan se pueden pelear o caerse– explica Esperanza.

En el mapa nacional de la migración, Michoacán tiene una paradoja: desde hace más de medio siglo expulsa a su población a Estados Unidos, pero cada año recibe a un ejército de jornaleros.

Datos del gobierno estatal estiman que cada año emigran a Estados Unidos entre 35 y 40 mil michoacanos. Esta huida se explica, quizá, cuando se sabe que Michoacán ocupa el sexto lugar a nivel nacional en rezago social

y porque casi la cuarta parte de la población (23.3 por ciento) no cuenta con el dinero necesario para comprar comida suficiente, para tener una alimentación adecuada, algo que los estudios y las dependencias federales bautizan como “pobreza alimentaria”.

Al otro lado de la moneda están los migrantes internos. Un ejército de trabajadores que no generan remesas para el país, una población ignorada pese a que su número es considerable.

Tan sólo en todo el territorio de Michoacán, según cifras del Consejo Estatal de Población, laboran alrededor de 101 mil jornaleros agrícolas, de los cuales casi 88 por ciento llegan de otros estados de la República.

Michoacán tiene varios puntos receptores de migrantes. Algunos son Yurécuaro, Huetamo, Tanhuato, Los Reyes, Taretán y Vista Hermosa.

Son poco más de las cuatro de la tarde. Guillermo está feliz porque llegaron su madre, Eusebia, y sus cinco hermanos. La fatiga se refleja en la cara de la mujer. Fue una jornada larga y ahora hay que hacer la comida. Lo primero es prender la leña para el fogón, una labor en la que ella aprendió desde niña. En el comal coloca tomates y chiles que cortó en el campo; son los ingredientes para la salsa que acompañará el menú: frijoles y las tortillas.

Eusebia tiene 34 años, casi no habla ni ríe. Rosalinda, de diecisiete años, tampoco. No es la hermana mayor, pero asume ese papel porque Eleuterio, de dieciocho años, tiene retraso mental. Él casi siempre sonríe.

—Así nació. Mi mamá nunca supo qué fue lo que le pasó— cuenta Rosalinda, mientras ayuda a su madre a elaborar la comida. Son indígenas mixtecos, originarios de Potoichán, Guerrero.

Los otros hermanos son Fernando, de catorce años; Hermeraldo, de doce;

Los llantos de Yurécuaro

y Gabriela, de un año 7 meses. Los adolescentes trabajan en el campo y Eleuterio, pese a su retraso mental, se encarga de cuidar a la bebé.

—¿Siempre dejan a Guillermo solo?

—A veces lo llevamos. Hoy no podíamos, a donde vamos no quiere que vayan niños pequeños; dicen que maltratan el cultivo. Por eso se queda aquí; le dejamos sus tortillas y jugo.

—¿Pueden ir Eleuterio y Gabriela?

—Sí, porque ellos se quedan en la orilla del campo. Y Eleuterio sólo puede cuidar a la bebé.

—¿Desde cuándo trabajan como jornaleros?

—Desde que me acuerdo. Quizá desde hace 12 años... No tenemos papá. Nos abandonó por otra... Oye, ¿sabes dónde hay un centro de salud que dé consultas gratis?

Entre tres o tres mil 500 migrantes atiende cada año el Centro de Salud de Yurécuaro. Su directora, Zoraida Cervantes, aclara que la cifra sólo contempla a los jornaleros que se acercan al centro y a los “que censamos durante la Feria de la Salud que se realiza entre septiembre y octubre”. Cuando se trata de migrantes, la consulta externa es gratuita. Si se trata de una urgencia o de una cirugía, trabajadoras sociales se encargan de realizar un estudio socioeconómico para, de acuerdo con los resultados, establecer el costo del servicio.

Cada año atienden, en promedio, entre 8 y 10 partos.

En la población infantil, las principales enfermedades que se presentan son de tipo respiratorio, diarreas o dermatitis, algunas por utilizar el mismo pañal durante varias horas. Cuando se detecta un caso de bajo peso o desnutrición, “se registra en un reporte que se entrega a la Jurisdicción Sanitaria Seis; porque ahí se tiene la obligación de llevar el seguimiento *del menor*, pero

por el poco tiempo que están (los niños) en este lugar es difícil llevar algún tratamiento”. A estos niños no se les puede entregar la leche fortificada que distribuye el gobierno federal, porque “no es población permanente”.

La migración está llena de ironías. Ellos dejan su tierra para buscar trabajo, pero ser migrantes, los marca, los excluye, los condena.

Cuando un niño cursa la educación preescolar comienza a identificar vocales, conoce los colores primarios, realiza dibujos y aprende a recortar una figura por el contorno. Eso sucede con los niños que no migran. La situación cambia con los hijos de los jornaleros.

“La mayoría de estos niños no identifican nada, no conocen los colores, tampoco saben los números; quizá comienzan a decirlos, pero no saben cuál es su orden”, cuenta la maestra Teresa Francisco Molina. Tiene 22 años y forma parte del equipo de maestros que participan en el Programa para Niñas y Niños Indígenas Migrantes (PRONIM).

A ella le toca atender a un grupo de preescolar que asiste por las mañanas al Parque Recreativo Infantil Salvador Oseguera Paniagua, en la colonia Luis Donaldo Colosio. Su salón de clases está al aire libre. El tronco de un árbol le sirve para colgar cartulinas con las vocales escritas en diferentes colores.

Sus alumnos son de Puebla, Veracruz, Guanajuato y Michoacán; estos últimos hablan sólo purépecha, “casi no entienden el español y es muy poco lo que hablan. Les cuesta mucho trabajo sociabilizar con sus compañeros, porque no se pueden comunicar con los demás”.

Estos niños se adaptaron pronto a la escuela; “están muy acostumbrados al cambio; saben que hoy están aquí, pero que mañana pueden estar en otro lugar. Con ellos no hay problema con la adaptación, el problema es que la mayoría es como si no tuviera interés por aprender”.

Los llantos de Yurécuaro

La clase de hoy en preescolar está dedicada al dibujo. En una cartulina amarilla se lee: “Mi pueblo”. Los niños deben dibujar el lugar donde vivían. Anita, de cuatro años, está enojada y no quiere tomar el lápiz. La más entusiasmada es María Guadalupe, también de cuatro y originaria de Guanajuato. Mientras dibuja, platica que “el rancho es muy viejito. Aquí vive mi abuelito... allá hacían tortillas... Mi abuelito Jacinto es muy enojón y nos pega. Mi abuelita se llama Angelita”.

Desde hace algunos años el Programa para Niñas y Niños Indígenas Migrantes (PRONIM) funciona en diversas zonas receptoras de jornaleros agrícolas.

En Michoacán, hasta hace un año, este programa lo manejaban maestros de la Comisión Nacional de Fomento Educativo (CONAFE). En la temporada agrícola 2008, el gobierno del Estado se hizo cargo del programa y para ello integró a recién egresados de la Normal Indígena de Cherán; 28 de ellos están en Yurécuaro como parte de su servicio social.

Son jóvenes purépechas, de entre 20 y 23 años, llenos de vitalidad y entusiasmo. Ninguno de ellos había trabajado antes con migrantes de tan distintos orígenes.

Los maestros llegaron a Yurécuaro a principios de agosto. Recorrieron las principales colonias en donde viven los migrantes para invitar a los niños y niñas a la escuela; también buscaron lugares que les sirvieran de aulas.

A mediados de septiembre tenían una matrícula de 300 niños, de tres a catorce años. “Pero nos han dicho que sólo es la tercera parte de los que vienen. En octubre es cuando llegan más migrantes”, cuenta Galdino Domínguez Reyes, director de esta escuela virtual, porque sus aulas están dispersas entre el parque infantil, las vecindades en donde viven los alumnos e, incluso, en calles sin pavimentar.

Thelma Gómez

Para los niños migrantes el ciclo escolar comenzó el 2 de septiembre y terminará en diciembre, cuando finaliza el ciclo agrícola y las familias migrantes se van. “Se les da una boleta para que ellos puedan seguir estudiando en el lugar a donde vayan”, resalta el profesor Domínguez. Esta boleta, otorgada por la Secretaría de Educación Pública (SEP), les sirve siempre y cuando lleguen a una localidad en donde también funcione el PRONIM.

El director enumera algunos de los problemas a los que se han enfrentado: los papás no saben la edad de sus hijos, la mayoría no tienen papeles oficiales como actas de nacimiento o boletas escolares, muchos niños nunca han ido a la escuela, hay un retraso académico generalizado.

Lo que más desesperados tiene a los maestros no son los problemas académicos de sus alumnos, sino las promesas incumplidas de quienes administran el PRONIM (SEP y gobierno del estado de Michoacán). Las promesas fueron: material educativo, desayunos, becas (120 pesos mensuales por familia que tuviera niños en la escuela) y uniformes para los alumnos. Hasta mediados de septiembre nada se había cumplido.

“Nosotros también estamos sufriendo junto con los niños, porque tampoco han llegado nuestras becas y muchos maestros ya no tienen dinero para sus gastos personales”, cuenta el director.

En el Parque Salvador Oseguera Paniagua hay dos aulas móviles, pero sólo una se puede ocupar porque la otra está cerrada con llave y ningún maestro la tiene. En el aula disponible están los alumnos de primaria. Una de las paredes sirve de pizarrón y tiene pegadas cartulinas con el abecedario, mensajes y los derechos de los niños: “jugar, asistir a la escuela, a la alimentación, a un nombre, a un hogar, a ser cuidado”. Una lista de buenos deseos.

Los llantos de Yurécuaro

Las clases comienzan a las nueve de la mañana. En preescolar terminan a la una y en primaria a las dos de la tarde. A las 11:00 horas hay un descanso para que los niños y niñas vayan a sus hogares a comer.

Los primeros días de clases, los maestros observaban que a la hora del almuerzo muy pocos niños se retiraban. “Cuando les preguntamos por qué no iban a comer, contestaban que no había nadie en su casa, que no tenían qué comer”, cuenta la profesora Ana Lucía Cruz, de preescolar. Con una frase resume cómo viven sus alumnos: “todo el día tienen hambre”.

Datos de Sedesol Michoacán muestran que 68.4 por ciento de los jornaleros mayores de cinco años habla una lengua indígena; de ellos, 21 por ciento son monolingües y 79 por ciento bilingües. Las lenguas que predominan son triqui, mixteco, purépecha y tlapaneco.

La mayoría de los jornaleros tienen un nivel educativo bajo. La encuesta que levantó Sedesol Michoacán en el pasado ciclo agrícola mostraba que la población de seis a catorce años que no sabe leer y escribir es del 47 por ciento; mientras que 37 por ciento de los que tienen quince o más años son analfabetas. La gente sin ningún estudio representa 28.4 por ciento de la población.

La mayoría de los jornaleros, señala un informe de julio del 2007, no pasa del tercer año de primaria. Las causas de la deserción escolar no se mencionan, pero los maestros saben que son varias: la falta de escuelas en los lugares a donde migran, el desinterés por aprender y la urgencia de que los niños se incorporen al trabajo para que la familia tenga más ingresos. Por la tarde también hay clases. Comienzan a las 16:00 horas. A ese horario asisten los niños que trabajan por la mañana.

Thelma Gómez

En la Colonia Mora, las clases se dan en los patios de las vecindades donde viven los migrantes. Todos los días los maestros instalan las mesas y sillas; con cartulinas transforman una pared o un tronco de árbol en pizarrón. Los dos maestros que dan clases en una de esas vecindades son insuficientes. Hoy llegaron 15 niños de Guerrero, tienen entre tres y catorce años, y no hay material ni sillas suficientes para ellos, así que algunos alumnos están de pie y sólo observan cómo el profesor se esfuerza en repartir las pocas hojas, colores y lápices que tiene.

En la Colonia Industrial, ubicada a unos pasos de la vía del tren, los niños y niñas estudian en una calle sin pavimentar. Por la mañana, las mesas de trabajo se mueven dependiendo de la posición del sol. Por la tarde, la enseñanza se suspende si llega la lluvia.

No es obligatorio que los niños asistan a la escuela. “Si los papás los quieren mandar, está bien. Si no, nosotros no podemos hacer nada”, dice resignada la profesora Teresa Francisco Molina.

Cuando realizó el recorrido para invitar a los niños a la escuela encontró casos que no podía creer. “Algunos padres nos preguntaban: ‘¿le van a dar beca o una despesa por ir a la escuela? Si no hay beca, mejor que no vaya’”.

La profesora realiza algunos cálculos: “De cada cinco familias, una realmente envía a sus hijos a la escuela porque le interesa que aprendan”.

Hay maestros que tuvieron mejor suerte. En la colonia Centro, en una vecindad donde vive un grupo de triquis de Oaxaca, las familias se organizaron y hablaron con el dueño del lugar para que les dejara utilizar un cuarto como escuela.

Al maestro José Luis González le toca atender a un grupo de niños purépechas que vive en la Colonia Industrial. Las madres también quieren aprender a leer y escribir. Le pidieron al profesor que les enseñara; él abrió un grupo para adultos y ya se apuntaron diez en su lista.

Los llantos de Yurécuaro

Es una tarde lluviosa. Angélica mira cómo los niños pequeños se divierten con las gotas de lluvia. La forma en que sonrío la delata: tiene una enfermedad mental. Lleva cuatro días con la misma ropa y es como un fantasma que anda sin rumbo entre la gente.

Nació sana, por lo menos eso dice su padre, indígena mixteco originario de Tlapa, Guerrero: “Al poco tiempo se enfermó. La cabeza le creció muy grande. Nos dijeron que le faltó una vacuna. No podía caminar... con unos palos le hice un aparato para que caminara; le daba sus masajes en las piernas y caminó. Ya grande, pero caminó”.

Tiene trece años. No habla y casi siempre está sola, sobre todo cuando los otros niños están en clases.

En el albergue sólo hay un salón para todos los alumnos de primaria. Los niños que deben cuidar a sus hermanos asisten acompañados de los chiquitos. En el salón hay diez niños y tres bebés. Por momentos, el llanto de los más pequeños compite con la voz de la maestra.

Yurécuaro tiene una población de poco más de 26 mil habitantes. Logró el título de ciudad hace unos años, pero en realidad es el fiel retrato de un pueblo grande. Aquí, el medio de transporte más socorrido es la bicicleta; los árboles pequeños y frondosos, localizados en la pequeña plaza cercana a la estación del tren, sirven como sombrillas en los días de sol para los hombres que buscan pasar la tarde entre cervezas y dominó. El jardín central, localizado frente a las oficinas del ayuntamiento, es el lugar obligado para la conquista amorosa.

Muchos pobladores de Yurécuaro trabajan en la elaboración de escapularios y figuras religiosas de cerámica; otros se dedican al comercio, otros más al campo: son ejidatarios o “contratistas”. Estos últimos son los que, todas las madrugadas, en las vías del tren, organizan a las cuadrillas de jornaleros.

Thelma Gómez

Junto a las vías del tren hay pequeños puestos que ofrecen comida, café, pan de dulce, atole. También hay carritos que venden tamales. Algunos migrantes compran algo de comida para llevar al campo. Mientras el pueblo aún duerme, ellos ya están listos para el trabajo. Llegan en grupos de tres, cinco o diez personas. Predominan los hombres jóvenes, pero también las mujeres. Hay varios niños que también cargan su cubeta, el instrumento de trabajo que identifica al jornalero.

Las madres, sobre todo aquellas que vienen de Oaxaca y Guerrero, llevan en la espalda a sus hijos pequeños cuyos pies se asoman descalzos por el hueco que deja el rebozo. La madrugada es fría.

Los contratistas comienzan a juntar las cuadrillas de trabajadores. Los jornaleros se arremolinan alrededor de los camiones; suben sin ningún orden, empujándose entre ellos. No se ve a los niños, a veces sólo se escucha su voz o su llanto.

La prisa por subir al camión no sólo es por asegurar el trabajo; también es porque así se pueden conseguir los mejores lugares para soportar una travesía que puede durar 30 minutos o tres horas. Sólo uno de los camiones que llega por los jornaleros es un autobús de pasajeros. Los otros son camiones de redilas, normalmente utilizados para transportar mercancía o ganado.

Celia llegó hace años de Delicias, Chihuahua, y se quedó a vivir en Yurécuaro. Ya no es migrante, pero sigue siendo jornalera. Ella nunca lleva a sus hijos al campo, los deja en casa. Cuenta que el año pasado un niño falleció por comer una croqueta con veneno “de esas que ponen para las ratas”.

Margarita Martínez vive en Yurécuaro desde hace 30 años. Es originaria de Tamaulipas. Su casa se convierte en guardería a partir de las cinco de la mañana.

Los llantos de Yurécuaro

Esta señora de 48 años, como algunas otras en Yurécuaro, se dedica a cuidar a los hijos de los jornaleros. Por cada niño cobra 25 pesos diarios, siempre y cuando lleguen por ellos antes de las seis, si se rebasa ese horario la cuota se incrementa a 30 pesos.

Empezó a cuidar niños hace 12 años. “A una de mis hijas le gustan mucho los niños y quería cuidar uno”, explica.

Este año su casa recibe a siete niños. “No acepto a más de ocho porque es mucha responsabilidad y me canso mucho”.

La mayoría de los niños que le llevan tiene entre uno y cuatro años. Casi todos son de Zamora, Michoacán, y de Tierra Blanca, Guanajuato.

“Sus mamás me traen galletas y jugo. Hay quien trae otras cosas. Eso les doy en la mañana. Por la tarde les doy de lo que tenga: un taco de frijoles, sopa aguada o arroz”.

Según los cálculos de Margarita, desde hace tres años va en aumento el número de jornaleros que llegan a Yurécuaro.

Margarita asegura que los niños migrantes se acostumbran rápido al cambio, desde pequeños, dice, van de aquí para allá. No se enferman mucho, aceptan casi toda la comida que les dan. “Sólo lloran los primeros días, porque no me conocen, después se acostumbran”.

Un camión escolar de color amarillo lleva al frente un letrero que indica su destino: “Al campo”. En él llegaron anoche cerca de 20 familias de diferentes rancherías ubicadas en la montaña alta de Guerrero.

Todos son indígenas y hablan muy poco español. Ellos no se quedaron en el albergue para jornaleros. Desde hace ya varios años llegan al mismo lugar: rentan pequeños cuartos en la Calle Esperanza, en la colonia La Mora. En

Thelma Gómez

algunos casos, decir que se trata de cuartos es exagerar. En esta vecindad, con un solo baño, viven cerca de 15 familias. Se trata de un terreno rectangular, cuyo patio central alberga dos piletas de agua; a los lados hay dos filas de cuartos de lámina de cartón y plásticos. El único cuarto que no tiene láminas delata su pasado: aún están los bebederos donde se alimentaba a los cerdos. Los migrantes viven en lo que fue una porqueriza.

Aquí a cada familia se le cobra a la semana 50 pesos por cada persona, niño o adulto, que trabaja en el campo.

A media hora de Yurécuaro está la ciudad que en un tiempo tuvo la fama de ser la mayor productora de ganado porcino: La Piedad, Michoacán. Los pobladores de Yurécuaro también se dedicaron a esta actividad ganadera. El olor a cerdo todavía está presente en la atmósfera del pueblo y aún quedan muchas caballerizas y chiqueros que ya no son habitados por animales, sino por migrantes que los rentan para vivir durante los cinco o seis meses que pasan en este pueblo.

“Cuando comenzaron a llegar más migrantes, la gente les rentó chiqueros. Sólo tapaban con láminas de cartón y ya”, cuenta la señora María, dueña de la tienda-cocina que está muy cerca de la estación del tren.

“Llegó un momento en que los puercos ya no fueron negocio”, recuerda. Para los antiguos criadores de cerdos, el negocio ahora son los migrantes. Actualmente hay más de 260 cuartos que se rentan a migrantes. El alquiler se cobra a la semana y va de 300 a 400 pesos.

En el informe para justificar la construcción del albergue para jornaleros en Yurécuaro, que realizó la delegación de Sedesol en Michoacán, se presentan datos sobre las condiciones físicas y sanitarias de las viviendas que se rentan a los migrantes. Se destaca, por ejemplo, que muchas vecindades o cuarterías sólo tienen letrinas improvisadas, “insuficientes para la cantidad

Los llantos de Yurécuaro

de población que se aloja en estos espacios”. Se menciona que 51 por ciento del total de los servicios sanitarios revisados están “en pésimas condiciones”; que más de la mitad de las vecindades no tienen iluminación adecuada y 29 por ciento presenta problemas con el drenaje.

También se encontró que en 33 domicilios hay lavaderos, pero 42 por ciento de ellos son “piedras en el suelo”. Sólo en tres existen fogones en buen estado; en el resto son improvisados con tabiques y piedras a ras del suelo, o no existen. El informe destaca que, desde 2003 hasta 2007, funcionarios de diversas dependencias realizaron recorridos por los cuartos en renta. Se solicitó a los dueños de los lugares realizar mejoras y se enviaron dictámenes a la Presidencia Municipal de Yurécuaro. Sin embargo, la mayoría de los sitios inspeccionados “se mantienen en las mismas condiciones, sin que la autoridad municipal aplique sanciones o clausure domicilios; sólo tres casas se han clausurado”.

Este año, los trabajadores de Sedesol Michoacán sólo han podido realizar un recorrido de inspección por los cuartos que rentan a los migrantes. Antes se realizaban, por lo menos, tres visitas.

Desde que el gobierno federal fusionó el Programa de Jornaleros Agrícolas con el de Atención a Grupos Prioritarios, sólo hay dos promotores para atender a la población “prioritaria” de 20 municipios.

El año pasado, durante los recorridos de inspección, además de levantar el diagnóstico de las condiciones de vivienda de los migrantes, funcionarios de Sedesol encontraron casos de prostitución.

Alejandro Chávez, coordinador regional de Sedesol, cuenta que llegaban a cuartos que rentaban sólo hombres y encontraban a una mujer; “decían que la contrataban para que les hiciera la comida, pero era evidente que le pagaban por servicios sexuales”.

Thelma Gómez

El año pasado, resalta Chávez, también escucharon que madres jornaleras prostituían a sus hijas. “No pudimos detectar quiénes eran, pero los migrantes nos contaban que era algo que sí ocurría”.

Alejandro Chávez lleva años trabajando con los jornaleros de Yurécuaro. Comenta que hay mucha violencia doméstica, también se han detectado casos de padrastrros que abusan sexualmente de las niñas. Sin embargo, no existen denuncias ante las autoridades judiciales.

“Los niños son testigos de todo. Hay tanto hacinamiento en los lugares en donde viven los migrantes que no hay intimidad”, asegura Alejandro Chávez.

En una reunión entre representantes de diversas dependencias municipales, estatales y federales, se trató el tema del tráfico de personas entre los jornaleros agrícolas. “Se ha identificado venta de niños por parte de los padres y casos de prostitución”, comentó en esa reunión Concepción Ramírez, quien acudió como representante de la delegación de Sedesol en Michoacán. No se tiene un registro de cuántos casos se han dado, pero para comenzar a identificarlos y denunciarlos, Sedesol-Michoacán, junto con otras dependencias federales, realizará talleres sobre trata de personas dirigidos a maestros, encargados de albergues y médicos.

La señora María, la de la tienda-cocina, se asombra de ver cuántos hijos tienen los migrantes de Oaxaca y Guerrero. “Yo les he dicho: ‘dame uno, tú ni le das de comer’. Pero esos no sueltan a los niños, no los dan. Los llevan a todas partes a donde van ellos”.

Hoy Gilberta Cantú Ramírez no fue a trabajar, se quedó en el albergue. Tiene 17 años y hace unos días cumplió un año de ser madre. Su hija se llama Jocelyn y está enferma “de calentura, por andar en el calor”. Ayer Jocelyn pasó buena parte del día a las espaldas de su madre, quien fue a la pizca de tomate.

Los llantos de Yurécuaro

Gilberta conoció a su esposo en Tlapa, Guerrero. Los dos nacieron ahí y él siempre ha sido jornalero. Antes de llegar a Yurécuaro estuvieron en Hermosillo y en San Quintín. Su hija nació en Baja California, pero la registrará hasta enero, cuando regresen a su pueblo.

Gilberta es prima de Cecilia, que tiene ocho años. Ella tampoco fue al campo: “Ayer trabajamos bien recio y hoy dormí mucho”.

Cecilia sabe leer, aunque no escribe bien. Por la tarde irá a la escuela; ahora carga a Salvador de siete meses, el menor de sus cinco hermanos.

Su familia es de las pocas que tienen televisión en el albergue. Sus hermanas, Florentina y Dominga, de cuatro y tres años, también son de las pocas niñas que siempre van peinadas con trenzas.

—Me gusta ir a trabajar porque quiero ganar dinero... voy cortando jitomate; lleno un bote y me pagan 120 pesos. Guardo 20 pesos y lo otro se lo doy a mi mamá - cuenta Cecilia, quien busca a Javier, su hermano de siete años y el encargado de cuidar a los pequeños cuando ella y sus padres van al campo.

La compañera de Javier es una bicicleta. Con ella recorre los alrededores del albergue, va al parque y se olvida que debe cuidar a sus hermanos. En su mano izquierda, Javier tiene varias erupciones; una de ellas ya ocupa el lugar que antes tenía la uña de su dedo índice. Un médico diría que es dermatitis micótica.

—Yo también tenía, pero me las arranqué. Mi mamá nos puso una pomada, pero no se quitaban, así que me las arranqué - dice Cecilia, orgullosa de ya no tener las erupciones en sus manos. Pocas son las voces que se han levantado para denunciar las condiciones de los migrantes en Michoacán. Una de ellas fue la de Clara Ochoa Valdés,

Thelma Gómez

del Consejo Estatal de Población, quien en diciembre de 2007 declaró a *La Jornada Michoacán*: “No se ha visto conciencia ni voluntad política de parte del gobierno federal, que ha destinado recursos ínfimos para este sector... las autoridades municipales sólo se han lavado las manos, como en el caso de Yurécuaro, donde el presidente municipal es el mayor empleador de mano de obra”.

Las elecciones para presidente municipal en Yurécuaro que se realizaron en 2007 fueron anuladas, al ser impugnadas por dirigentes del PRD, ya que el candidato del PRI utilizó símbolos religiosos en su campaña. Después de seis meses de una administración interina, en junio del 2008 tomó posesión el nuevo presidente municipal de Yurécuaro, el priísta Jaime Pérez Gómez.

Al solicitar datos sobre los jornaleros agrícolas a los nuevos funcionarios de Yurécuaro, la única respuesta que dan es “somos nuevos, acabamos de llegar y apenas estamos integrando las cifras, los datos”.

El territorio de los jornaleros agrícolas está muy bien delimitado. Ellos viven, principalmente, en las colonias Industrial, Mora, Luis Donaldo Colosio y el Centro. La mayoría está muy cerca del lugar donde las vías del tren cruzan con una avenida que comunica la parte más vieja del pueblo con las colonias más nuevas, habitadas por personas a las que dirigentes del PRI regaló terrenos durante la campaña presidencial de Luis Donaldo Colosio o por quienes decidieron dejar la migración y asentarse en este pueblo. Muchos de los que se quedaron se dedican al comercio. Tienen tiendas y sus principales clientes son jornaleros.

“En Yurécuaro nadie quiere a los jornaleros, pero todos se aprovechan de ellos; les venden todo lo que pueden”, dice Miguel Montañés Mendoza, joven michoacano que en algún tiempo fue panadero y ahora es el encargado del Albergue para Jornaleros Agrícolas de Yurécuaro.

Los llantos de Yurécuaro

Es 16 de septiembre y en Yurécuaro la tradición es que los alumnos de las escuelas primarias desfilen por las calles del pueblo. Los niños van con sus uniformes de gala muy bien lavados y planchados. Los niños migrantes también desfilan; algunos, los menos, llevan camisa blanca con pantalón azul. Los otros visten ropa vieja, rota o sucia.

Nunca recibieron las camisetas que les prometieron.

Llegaron al centro del pueblo después de caminar 20 minutos desde la colonia Luis Donaldo Colosio. Antes de salir, una maestra les advirtió: “ustedes no vayan a hacer caso de lo que les dice la gente, de lo que escuchen. Ustedes no se enojen”. Ningún niño preguntó el por qué de la advertencia. Tampoco los más grandes, los adolescentes que formaron la escolta. Antes de comenzar el desfile, los organizadores indican a cada contingente el lugar en el que saldrán. A los migrantes les toca estar entre las últimas cinco escuelas que desfilan. Los niños de otras escuelas no disimulan cuando los miran con curiosidad y desdén, sobre todo aquellos que portan uniformes adornados con botones brillantes.

Cuando los niños caminan por las calles, una lluvia de confeti cae sobre ellos. Para los migrantes, el desfile les permite salir de su rutina. Primero marchan serios, con su mirada puesta al frente y atentos a las indicaciones de los maestros. Minutos después, su rostro se relaja. Los más pequeños recogen bolsas de plástico y en ellas guardan los papelitos de colores que tienen en su cabeza o que recogen del suelo. Están tan entretenidos que no escuchan cuando la gente de Yurécuaro susurra: “Mira, ahí van los de la escuela pobre... Por lo menos los hubieran bañado... son los *oaxacos*... son los niños que vienen de afuera”.

Otros más trata de explicar a sus hijos por qué en este desfile participan los niños “de afuera”: “Mira, pobrecitos, son los hijos de los jornaleros.

Thelma Gómez

Los niños pobres. Qué bueno que les den clases. ¿Pero, dónde está su escuela?”.

Sólo algunas personas ofrecen un aplauso tibio a los maestros y a sus alumnos; los niños, al escuchar las palmas responden con una sonrisa.

“*Los oaxacos*” o “*Los oaxaquitas*”. Así es como los pobladores de Yurécuaro llaman a los migrantes. No importa si son de Guerrero, Guanajuato o Michoacán, para ellos todos entran en la misma definición: “los de afuera”. Fernando y sus cuatro hermanos son de San Luis Potosí y sólo viven con su mamá. Su papá está en la cárcel. Su mamá es delgada, se pinta la boca y los ojos, cosa que no hacen la mayoría de las mujeres migrantes.

—¿Ustedes tienen papá? - preguntó la mamá a sus hijos cuando los maestros fueron a solicitar datos para inscribir a los niños a la escuela.

—No, no tenemos - contestó Fernando, de diez años, quien, junto con su hermano Manuel y su mamá trabajan como jornaleros.

A Fernando no le gusta ir a la escuela, aún así va un día y al otro no. A su hermana Cristina, de siete años, sí le agrada; está aprendiendo a leer y escribir. Ella pelea mucho con los niños, sobre todo con los de Guerrero y Oaxaca. No se lleva bien con ellos y a los maestros les dijo “no quiero estar con los *oaxacos*”.

Fernando y Cristina viven en la Calle Esperanza, en la vecindad que se improvisó en los antiguos chiqueros. A pesar de que sus vecinos son, en su mayoría, originarios de Oaxaca y Guerrero, no cruzan muchas palabras con ellos, prefieren salir a buscar a otros niños que no sean indígenas, que sólo hablen español.

“Yo no hablo *oaxaco*; hablo inglés”, dice Fernando sin ocultar su desprecio por quienes sí hablan una lengua indígena. Cuando se les pregunta por qué

Los llantos de Yurécuaro

no quieren estar con los niños de Oaxaca y de Guerrero, no contesta. Sólo levantan los hombros y sale corriendo.

Otro Fernando, éste de apellidos Cruz Agustín, cumplirá seis años en unos días. No es indígena, no llegó de Oaxaca, Guerrero, Guanajuato o San Luis Potosí. Nació en Jacona, Michoacán, y también es migrante. Ya pasó por Huetamo, Nayarit y Zacatecas. Llegó a Yurécuaro a mediados de julio. Su mamá se llama Guadalupe, tiene 20 años y no sabe o, prefiere no saber, donde está el papá de Fernando. El niño sí sabe: “se quedó en Zacatecas... Un día le dio una patada a mi mamá en la boca... Ahora ya tengo otro papá”.

Fernando es listo y platicador. Cursa el preescolar y es uno de los primeros en acercarse a los maestros cuando éstos llegan al albergue. A sus zapatos le faltan las agujetas y siempre se queja de las ampollas.

–Mi mamá tiró el dibujo que hice en la escuela. ¿Por qué lo tiro? ¿Tú sabes por qué lo tiro? - la pregunta de Fernando se queda sin respuesta. A diferencia de otros niños, él tiene facilidad para tener una conversación con los adultos que no conoce.

–Mira, en mi playera tengo al murciélago. Se llama Batman, ¿verdad?

Durante cuatro días, Fernando lleva al murciélago en su pecho. En ese tiempo, no se ha cambiado de ropa ni se ha bañado. Él se queda solo desde las cinco de la mañana. A esa hora, su mamá sale con sus tíos a trabajar.

Fernando lleva el cabello corto. Cuando intenta dar una maroma queda al descubierto la cicatriz en su estomago. Es la huella que le dejó una operación a los dos años. Él dice que le “sacaron un pedazo de tripa”. La explicación que da su mamá es similar: “Se le perforó el intestino y le sacaron un pedazo de tripa; me dijeron que le hiciera estudios, pero no tengo dinero para hacerlos”.

Fernando conoce a la perfección los alrededores del albergue; a una cuadra encontró una casa donde compran botellas vacías. Casi todos los días va ahí,

Thelma Gómez

pide un costal y recorre varias calles juntando los envases de plástico. Por cada kilo que junta le pagan un peso. Algunos niños ya lo comenzaron a imitar.

De vez en cuando también va a un taller mecánico que está del otro lado de la vía del tren. Ahí, dice, limpia algunos fierros a cambio de diez pesos. Cuando tiene sed toma agua de una llave que sirve para regar un pequeño jardín que está frente a una iglesia; cuando tiene hambre y ya no tiene cereal o leche, busca algunos pesos para comprar una sopa Maruchan. Habla poco de su hermana América, de un año. A la niña, todos los días la llevan con una señora para que la cuide. “A mí no me gusta ir con esa señora porque no me deja salir y me grita”. Son casi las diez de la noche. Fernando ya fue a la escuela, jugó con un par de carritos que guarda con celo, recorrió varias calles de Yurécuaro, recogió botellas, miró la pequeña televisión que tiene en su cuarto, se cansó de esperar. Su mamá llega cuando él ya duerme. Antes de cumplir los seis años sabe lo que es la soledad.

Al otro día, los llantos de los niños anuncian que la jornada comenzó.

Comentarios al margen. *Niñez jornalera migrante*
Por Guillermo Ramírez

Como consecuencia de sus características físicas la humanidad, en sus orígenes tuvo la necesidad de que dedicarse a la recolección, significaba desplazarse en busca de los elementos que le ayudarían a sobrevivir. Es pues el nomadismo una forma primitiva de producción, que los jornaleros migrantes reproducen en pleno siglo XXI siendo su causa principal su supervivencia.

La realidad supera a los discursos y actos oficiales mostrando su trivialidad e impertinencia. A través de los ojos de la reportera podemos reconocer como se violentan sus derechos; como los “contratistas”, los engañan al prometerles condiciones que nunca cumplen; como las políticas públicas en educación y salud, se rezagan; como los empresarios agrícolas continúan explotándolos; la limitación de los canales para obtener justicia; como los hemos ignorado en sus sufrimientos, sus peligros, su hambre, sus enfermedades, su ignorancia, su marginación; como hemos tolerado la discriminación de aquellos que con los cuales comparten sus limitaciones; en suma como no hemos querido ver y escuchar a parte de nosotros mismos.

La geografía de las migraciones ha cambiado en nuestro país, de la migración con prevalencia masculina a la “feminización” de la migración y con ella a su “familiarización”. Los niños jornaleros migrantes van de la mano con estos cambios, hoy estos niños son cada vez más visibles en los medios, sobretodo a partir de la muerte de David Salgado Aranda el Día de Reyes del 2007. David, un niño de 9 años de edad, nativo de la comunidad de Ayotzinapa, del municipio de Tlapa de Comonfort en Guerrero, murió atropellado por un tractor mientras recolectaba tomates en el campo denominado Los Pinos, ubicado en la comunidad de Costa Rica de Culiacán en Sinaloa.

En general el abordaje de la niñez migrante jornalera, se enfoca al trabajo infantil, así como buena parte de las políticas públicas destinadas a ella. La educación es un claro ejemplo de lo anterior, se desarrollan programas más en la lógica de “desalentar el trabajo infantil”, que con la única que le es propia, el derecho de la infancia a recibir educación. Dentro de los comentarios sobre el problema educativo se resalta el papel de los maestros que en condiciones desventajosas tratan de cumplir con su trabajo, revelándose como herederos de la mística de la educación de la primera mitad del siglo xx. En estos maestros y maestras, muchos de ellos indígenas, se rescatan los principios de la educación integral de los “indios” por medio de la escuela rural (1909); de las “Casas del Pueblo” (1911); de las misiones culturales (1923); de las Escuelas Rurales (1925); de las Misiones Culturales viajeras (1932); y de las campañas nacionales de alfabetización (1942).

Otro acierto del enfoque de este reportaje, es la mirada hacia Michoacán. Los campos exportadores agrícolas del noroeste del país, reciben casi el 70 por ciento de la fuerza laboral jornalera en México. Las miradas voltean, casi de manera exclusiva a Sinaloa y Baja California. Sinaloa absorbe más del cincuenta por ciento de la superficie cosechada de tomate, y arriba del 30% del resto de las principales hortalizas de exportación, recibiendo entre 150 y 170 mil jornaleros al año y Baja California ocupa el segundo lugar en la explotación de tomate y contrata alrededor de 40 mil jornaleros anualmente.

Sin embargo los flujos migratorios internos de jornaleros, involucran al menos la mitad del país, considerando los estados receptores y expulsores. Es así como encontramos población infantil jornalera en pequeñas finas cafetaleras en la Sierra Norte de Puebla y en la Región de Soconusco en Chiapas. En la cosecha de los ejotes en el Mezquital en Hidalgo y en la gran variedad de productos en Tierra Caliente en Michoacán: la zarzamora en

Los llantos de Yurécuaro

Los Reyes, Ario del Rosal, Ziracuaretiro y Uruapan; la fresa en Maravatio y Zamora; la guayaba en Zitácuaro, Susupuato y Junguapeo; los mangos, el pepino, la papaya y el limón en Apatzingán, Parácuaro, Tepalcatepec y Buena Vista; el aguacate en Uruapan y Arios; y las hortalizas en Yurécuaro, como reporta Thelma Gómez.

Sin duda, necesitamos más miradas, más miradas, que cómo estas nos acercan a una mayor comprensión de la niñez migrante en nuestro país. Miradas para indignarnos, miradas para denunciar y sobre todo miradas para actuar.

Marcela Turati

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Al fondo del camino ruinoso dos policías cierran el paso. Tienen la orden de no permitir que ningún extraño se acerque a la montaña de desperdicios y vea a alguno de los 184 inquilinos, la mayoría niños y niñas, que viven en el basurero municipal de Tapachula.

Son indígenas guatemaltecos que pasan sus días en un nido de moscas, entre alimentos echados a perder, botellas de plástico que contenían químicos, desechos de hospitales, vertidos tóxicos, gases hediondos de la descomposición, latas de aluminio, cadáveres de animales putrefactos, bajo la vigilancia de los zopilotes.

Porque zopilotes, cerdos, ratas, perros y moscas, muchas moscas, son los animales con los que conviven en su vida cotidiana.

Los inquilinos del basural tienen distintas edades. 47 ellos son bebés en edad de tomar pecho y hasta los ocho años; los 46 restantes son mayorcitos, tienen entre nueve y diecisiete años.

Hasta 2008 estos niños y niñas crecían dentro del basurero. Ahí mamaban sorbos de leche materna mientras su mamá espulgaba con un ganchillo buscando latas de aluminio, aprendían a caminar y se tropezaban sobre bolsas de basura anónima con restos de caca, masticaban alimentos que les ofrecía la generosa madre-basura, se peleaban con las molestas aves carroñeras por encimosas y rescataban ropas, juguetes y desechos con pinta para ser vendidos o reusados.

La vida ya no es igual.

“Todavía a veces se meten por los agujeros o se meten hasta el fondo, donde no los podemos ver. Nos ha costado mucho pero ya los hemos erradicado. Aunque a veces cuando los sacamos se vuelven a meter”, dice un hombre de uniforme amarillo, quien se presenta como el encargado del lugar.

Habla de los niños y niñas y de su “erradicación”, como si se tratara de una plaga de ratas a la que tiene como misión combatir y presume que desde enero puso orden en el vertedero.

El funcionario se llama Fernando Chirinos y funge como encargado de este basurero municipal que recibe 500 toneladas diarias de basura. Según su lamento, a ese tiradero lo mismo llegan materiales tóxicos de hospitales y clínicas del Seguro Social que comida caduca despreciada por las grandes tiendas comerciales, y que los pepenadores recogen y se la llevan a casa a sus hijos.

“Debería de haber una regularización para enterrar esa comida en un lugar especial, porque ellos no limpian las frutas, las verduras, ni se fijan en lo que ya caducó, nomás lo levantan y se lo comen”, dice, obsesionado con sacar a los guatemaltecos del basural y enojado porque los vecinos “los toleran” y les rentan terrenos para que instalen sus campamentos.

Desde que fueron “erradicados”, los niños ya no ganan 30 pesos por pepenar de seis de la mañana a dos de la tarde... Pero tampoco van a la escuela. Se quedan todo el día en casa, jugando entre la mugre.

Ahora sólo viven a unos metros de la basura, la tienen en el suelo que pisan, en el paisaje, en las manos, en la comida y la llevan como masa fermentada entre los dedos de los pies.

Ahora sólo usan el agua de un río que arrastra desperdicios que se escapan del vertedero, duermen sobre colchones podridos que rescataron entre escombros y huelen el gas tóxico que genera la basura descompuesta y enferma el aire.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Ahora sólo usan ropa de mugre y cohabitan en sus casas con moscas que cada tanto vuelan al unísono, como enloquecidas y nublan la luz. No ganan más nada de la venta de la basura, sólo la tragan, la respiran, la transpiran, la acumulan, los embarra, los infecta, les saca granos, les provoca diarreas y vómitos y náuseas y los mata.

Danzando entre zopilotes

Laura, Selena y Angélica son de esta generación de niñas crecidas en el basurero. Cada vez que encontraban una muñeca completa, poco magullada, o unos trastes sucios de plástico, bailaban de emoción sobre las bolsas de desperdicios.

Su mamá, Olga Ramos Ramírez, todavía se divierte cuando las recuerda danzando entre zopilotes, abrazando a sus nuevas compañeras o limpiando sus trastecitos incompletos que alguien en la ciudad de Tapachula despreció y botó.

Sus hijas, de seis, diez y doce años de edad, se ríen de puro recordar esos momentos de felicidad.

-¿Tú jugabas en el basurero?- se le pregunta a Selena, y ella, recargada en un tronco que sostiene el tendedero bajo el que viven, asiente con la cabeza.

-Sólo a buscar juguetes en la basura-dice la mamá.

-¿Y cuáles encontraste?

-Encontramos, pero no mucho- responde de nuevo la señora; la niña muda.

La familia vive bajo una lona tendida, que está sostenida por un tronco. Un colchón roto casi sin relleno es su sillón-cama y único mueble formal, lo demás son tablas que usan como mesas o camas. Los resortes desnudos de lo que antes fueron colchones dan forma a la casa y sirven como paredes. Olga es una de las madres de familia que prefiere criar a sus hijos entre

Marcela Turati

el tufo a podrido que hacerlo en la miseria extrema de Vista Frontera, su pueblo natal en Guatemala. En México al menos tienen comida.

Por eso, con ella y su esposo Israel viven sus hijos Gudiel, de quince años, Laura de doce, Marco Antonio de once, Selena de diez, Angélica de seis, Giovanni de tres y Ramiro, el chiquillo que carga en brazos y tiene 11 meses.

Tienen otro hijo, el primogénito, a quien dejaron desde niño con sus abuelos. Fue antes de que salieran a probar fortuna a México por primera vez. Planeaban recogerlo algún día, pero nunca lo hicieron.

Laura, la mayor de las hijas, lleva el pelo recogido en un molote, no habla nada, sólo sonríe, aunque le gusta escuchar la conversación. Tiene el síndrome de los niños que viven en el basurero: les da pena hablar, no están acostumbrados a tratar con gente extraña. Sus únicos interlocutores han sido sus hermanos y papá y mamá.

Cuando se les pregunta algo, sonríen pero miran al piso, tragan saliva, arañan lo que tienen a la mano o se aprietan la ropa de tan nerviosos que se sienten.

No son los únicos inquilinos. Los hogares de Olga y de todos los guatemaltecos que viven del basurero de Tapachula, están sobrepoblados de moscas. Como plaga. No hay que moverse a la hora de hablar, no vayan a levantarse en estampida.

Sin permiso para ver la miseria

Los periodistas y los integrantes de organizaciones sociales tienen vedado el acceso al basurero desde julio del 2007, cuando la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) emitió una recomendación al Ayuntamiento

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

de Tapachula por las malas condiciones de salubridad y laborales que padecen cientos de familias indígenas mames de Guatemala.

“(Recolectan basura) sin mayor protección frente a la emanación de gases, producto de la descomposición de la basura, y quedan expuestos a malestares como dolores de cabeza, enfermedades gastrointestinales y epidemias, provocadas por la humedad, la falta de higiene y la exposición a lugares sucios; asimismo, se contagian de parásitos en el cuero cabelludo y sufren problemas respiratorios. Lo anterior se agrava debido a que también ingieren alimentos contaminados que obtienen del mismo basurero”.

Continúa el reporte: “(El basurero) se encuentra a cielo abierto, desprende olores fétidos, no hay una separación entre la basura orgánica e inorgánica y materiales peligrosos; también se observó que existen desechos biológicos-infecciosos, sustancias tóxicas y restos de animales en estado de putrefacción. Los migrantes adultos, niños y mujeres se encuentran descalzos o con zapatos deteriorados, y separan los desperdicios con sus manos o con una varilla, para buscar alimentos y materiales reciclables; conviven a diario con animales de carroña, buitres y perros, que llegan a ese sitio para alimentarse”.

Es cierto que algo ha cambiado desde la recomendación 25/2007. El basurero luce distinto al que describían las crónicas periodísticas que denunciaban que mujeres como Olga llevaban prendidos al pecho a bebés como Ramiro que succionaban la leche materna y en el mismo sorbo tragaban insalubridad y peste. O que pequeños como Marco Antonio o Selena pizcaban para completar el gasto familiar. Los niños y niñas ya no pepenan. Sólo viven en un hoyo de mugre.

A Olga la entristece que a sus hijos mayores no los dejen entrar al basurero debido a la nueva reglamentación municipal. Antes podían vender a 70

Marcela Turati

centavos el kilo de plástico, a un peso el de aluminio y a tres el de vidrio, ahora sólo vagan por el cuarto o los alrededores de esa mina de oro y microbios que es la basura.

“Pienso un poco triste, me quedo pensativa, chamaco ya puede trabajar, ya puede ayudar a su papá. Así que estamos todos pensativos, antes teníamos 150 (pesos) orita no porque no dejan entrar a los chamacos”, es su risueño lamento, porque no deja de sonreír.

Su esposo Israel interviene. Son las dos de la tarde y acaba de llegar del turno de las 6 de la mañana.

“Está bien que ya no *entran*, había mucho peligro porque entra la máquina, los niños de repente se cortan o algo les pasa, y nos la pasamos espantando zopilote, sí pues, porque muerde pues, molesta, están ahí molestando todo el día”, dice el hombre de 33 años. No lleva camiseta, está sudado.

Escucha desconfiado algunas de las preguntas y luego se aleja a otra lona tendida que les sirve de cuarto sin muebles. Ahora mismo un chiquillo da vueltas alrededor del tronco que sostiene la lona. Con una mano se detiene al poste, con la otra mano coge una mazorca tostada que cada tanto se mete a la boca.

Giovanni, el de tres años, juega con un cuchillo más grande que su brazo, comienza a raspar la tierra, lo clava con fuerza cerca de su pie sin que nadie lo interrumpa a pesar de su pulso inmaduro. Un guajolote defeca a su lado. Las moscas no dan tregua. Aunque a Olga y a Israel les pesa la pestilencia que respiran, sobre todo en invierno y tiempo de lluvias, sus hijos dicen que ellos no la perciben. No han respirado otros aires. Ese tufo los acompañó desde antes de nacer.

Sin derechos por extranjeros

Los hijos de Olga no se mezclan con otros niños, ni siquiera con los vecinos guatemaltecos de su misma edad que viven a unos pasos. Tampoco estudian. Pasan el día en las chompas que les sirven de casa y refugio, junto al río puerco, en su solar contaminado.

“Ninguno va a la escuela porque aquí vivimos de una vez, porque aquí no hay nada. Está lejos, está allá abajo, en (la colonia) ‘Viva México’, y no dejan entrar porque no somos mexicanos”, explica Olga.

De lo mismo se quejarán las demás mamás: a los hijos e hijas de guatemaltecos no los dejan estudiar.

Antes Olga y su familia vivían un poco más lejos de la basura pero el huracán “*Stan*” arrastró la montaña de desperdicios, la sacó de su perímetro y la embarró en los alrededores. Ahora su casa colinda con un monte negro hecho de bolsas con basura fermentada, de la que siempre escurre un líquido hasta el río. El río que delimita su terreno y lo separa de la basura está obstruido por bolsas de plástico llenas de desperdicios.

En el río su hija mayor lava los trastes de la comida. Desde los árboles, unos zopilotes la miran atentos, inmóviles, como si presenciaran una función de cine. Laura no juega con niños mexicanos: guatemaltecos y chiapanecos nomás no se mezclan. Ella y su hermana Selena, la de diez, cuidan a sus hermanitos cuando no está su mamá.

Los hijos de esta familia bien podrían haber sido mexicanos, hace tiempo dejaron de hablar su lengua y vestir como indígenas mames y han pasado su vida entera en este país; sin embargo, son guatemaltecos por decisión de sus padres. Es así: cada vez que Olga se embaraza se regresa a Vista Frontera para dar a luz en casa y registrarlos como ciudadanos guatemaltecos.

Marcela Turati

-¿Por qué no dejas que nazcan aquí?

-No hay *un lo cuida* uno aquí pues, no hay comadrona pues, que lo cuide a uno- explica Olga.

-¿Por qué los registran en Guatemala?

-No quiere que sean mexicanos. No le gusta de los mexicanos- dice la mujer y suelta la carcajada.

Después me dirá que el trámite del registro civil en Chiapas seguramente es costoso, aunque no ha investigado, no tiene cómo, nunca sale del basurero. Aunque, eso sí, dice bromista que sus perros, el par que está debajo de la mesa, ellos “sí son extranjeros, sí son mexicanos”. Y suelta la carcajada.

Como ella, la mayoría de las familias de los alrededores del basural registran a sus hijos como guatemaltecos, aunque hayan nacido en suelo mexicano. Todos explican que es porque el trámite en México es caro, aunque muchos en realidad sueñan con volver a Guatemala y no quieren arraigarse en un país extraño. Quizá esa es la razón por la que varias familias llevan más de una década viviendo en Tapachula bajo tendidos de lonas. Es como si construir una casa los obligara a quedarse y a abandonar su identidad.

No les interesa nacionalizarse. ¿Para qué? Mexicanos son los encargados del basurero que les prohíben llevar a sus hijos a la pepena. Mexicanos son los patronos que los orillan a venderles todo lo que pizcan y al abusivo precio que les fijan. Mexicanos son los “capos de la basura” que viven en las amplias casas de cemento a lo largo del camino y que revenden a mejores precios lo rescatado por guatemaltecos entre desperdicios.

El anónimo pase a la eternidad

A unos pasos arriba del camino de lodo, está la casa del vecino Julio Ramos, papá de tres niños que, como los hijos de Olga, nacieron en territorio mexicano pero fueron registrados como guatemaltecos.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Ellos hasta antes de enero se paseaban por la basura, buscaban juguetes, se hacían de ropa que alguien en la ciudad despreció. Tenían prohibido levantar comida porque su papá, estricto, les advertía que lo que levantarán “es veneno y tiene infecciones”.

Por ahora dentro de la casa de Julio, un armatoste de paredes de palos, techo de plásticos y hojas de palma, se encuentran sus hijos menores: José Antonio, de cinco años, y Lorena, de dos, y su esposa Auralia.

Su hijo de siete años salió con su tía a caminar por los alrededores.

Lorena y José Antonio están comiendo mazorcas de elotes tostados que cada tanto ponen sobre la mesa sucia, atiborrada de moscas. Cada vez que el chimuelo José Antonio, con su camiseta con figuras de karatekas, intenta equilibrarse sobre la silla lodosa en la que come junto a su hermanita, el mosquerío comienza a volar. Entonces el paisaje se vuelve oscuro, como si pasara una plaga de langostas. Hay que cerrar los ojos porque las moscas, en su estampida, chocan contra el cuerpo, la cara, los ojos, la piel, la boca. Hasta que se apaciguan por un rato.

Por un rato.

Bajo la falda larga y fajada a la usanza de las mujeres de su pueblo, a Auralia se le nota una panza de embarazada. Explica que hace ocho meses murió su hijo más reciente cuando apenas tenía dos semanas de vida.

-Nada más se murió de enfermedad, calentura. Tardó como una semana cuando se murió, llevamos con doctor, le dio remedio y se murió- dice resignada.

-¿Y qué le pasó?

-Sólo eso, que pasó a La Eternidad. Le di gotas y no pasó nada y se murió- se calla.

Marcela Turati

Más tarde, en el lodazal que colinda con la casa, su esposo Julio explicará:
-A veces se enferman los niños de tanto andar en la basura, que dicen que hay mucha infección en el basurero, que hay tantos animales que apestan. Pero nosotros cuando se enferman los niños *lo lleva* al hospital en Tapachula, ya cuando compro medicina se pone mejor.

Los hijos de Julio a veces enferman de tos, calentura, diarrea y vómito pero sanan cuando los atiende un médico por 100 pesos con medicinas incluidas.

Salen poco de su casa con telarañas en el techo. Su tía casadera los cuida y les prepara la comida mientras mamá y papá remueven la basura con un gancho en busca de desechos útiles. Tampoco van a la escuela.

-¿Y qué hacen?

-Nada, nomás están en casa todo el día. Hay mucho peligro para llevar los niños la basura, hay mucha mosca, peligro porque hay mucho carro- dice Auralia con naturalidad.

A su hijo de siete años le tienen prohibido visitar la casa de Olga que está a unos pasos porque las vecinas de su edad son mujeres y para sus papás no está bien visto que se mezclen con varones.

Mientras explica esto, Auralia avienta granos a una gallina que acaba de meterse a la casa y en ese momento comienza a volar el mosquerío de un lado a otro. Hay que cerrar la boca y taparse el rostro y esperar a que se tranquilicen y dejen de zumbiar y de rozarte la piel. Algunas se posan en las mazorcas de elote que comen los niños o en la cara de Lorena. Ella sigue comiendo.

El monótono goteo de la vida

La queja común en este predio es la misma: el olor, las moscas, las enfermedades.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

“Aquí cuesta vivir, hay tanta mosca, cuesta acarrear agua. Se enferman con diarrea, tos, vómitos. *Orita* están enfermos por los tiempos del agua”, dice la veinteañera Elvira Ramos, quien tiene atado a su espalda a Bryan, su hijo de año y medio. Ella vive a unos metros de la entrada del basural, su casa es la más cercana. Desde su vivienda de tablas de madera y piso de tierra se ven los camiones de basura que entran en reversa cargados de bolsas putrefactas. En el camino para llegar a su casa hay charcos de agua viscosa, de basura remojada. Este es el lugar donde más apesta la basura fermentada que se pega como chicle al cuerpo.

Bryan está dormido. Está enfermo. Tiene diarrea, vómito, tos y granos en la piel, su mamá cree que es por culpa del agua que bebe. Adriana, su hija de tres años, que apenas balbucea algunas palabras, tiene tos por las lluvias. Sandra, la de cinco años, juega embarrada de tierra y moscas. Elio, el de nueve, está montado sobre una bicicleta que no avanza, sólo se mece de atrás para adelante porque el camino es un lodazal.

“Aquí me gusta”, dice el niño que no conoce otro lugar en la tierra. Un cerdo revolcado en lodo camina a su lado.

Unos pasos adelante, adentro de una casa confeccionada con plásticos una mujer cuece masa para tortillas. Lloro por el humo picante y tóxico que se le viene a la cara y le cierra la garganta. Entre el humo, bajo un mosquitero amarillo, duerme su niña de cuatro años. Su otra hija, Ana Cristina, de cinco meses de vida y la piel ronchada, está afuera de casa, lejos del gas tóxico que genera la madera quemada, en los brazos de su tía quinceañera. Tras de ellas como paisaje de fondo la montaña de desperdicios.

Para la quinceañera la vida del basural resulta aburrida. Ella entraba al vertedero desde que cumplió diez años, y ahora que creció ya no se lo permiten porque el municipio dictaminó que es pequeña y tendrá que esperar tres años para ganarse el derecho a ingresar.

Marcela Turati

Ella recogía aluminio y ganaba 50 pesos cada dos días. Ahora que la consideran inadecuada para pizar basura, su rol familiar cambió: la mamá de sus sobrinos sale a pepenar y ella se queda a cuidar a los niños. Aburrida, dice que extraña a sus abuelitos que viven en Guatemala, que odia las moscas, que no soporta el calor de Tapachula.

Tras de ella se ven decenas de personas, esperando a que los patrones lleguen a recoger la mercancía pepenada. Llevan horas parados a lo largo del camino. Antes esos mismos vecinos estaban sobre los montones de desperdicio, disputándose las sobras con los zopilotes.

Los nuevos roles familiares

Con los nuevos reglamentos del basurero, los roles cambiaron para todos. Ahora hermanas mayores, ancianas y tías casaderas tienen que cuidar a los chiquitos. En la casa de Sotero Ramos, es su esposa la que cuida a seis nietos.

Su casa parece jaula de zoológico porque no tiene paredes, sólo resortes de colchones, el material favorito para armar casas, que sirven para delimitar espacios. Desde afuera de esas paredes translúcidas se observan varios niños y niñas mirando televisión con su abuela. En el centro de esa casa de piso de tierra y paredes invisibles está conectado un porta - garrafones eléctrico rescatado de la basura. Ese les da agua caliente y fría, e indica su estatus de privilegio ante sus vecinos. Tienen también una vitrina de plástico, que alguien botó de una farmacia, y usan como cajonera, y una hilera de televisiones viejas, radios y una batería para autos.

Andrea, la más chica de las nietas de Sotero, justo saborea los pechos de Susana, su mamá. Ella nació hace dos años en México pero fue registrada en Guatemala.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

El anciano Sotero dice que aunque ha pasado media vida aquí no está acostumbrado a tratar con chiapanecos.

“Aquí vivimos bien, aquí no hay mexicanos. Bien iría tal vez que pudiéramos platicar (guatemaltecos y mexicanos), ¿pero quién va a dar la idea, de qué forma?”, se cuestiona el hombre con el torso desnudo.

Su hija Susana es la única mamá que conocí que envía a una hija a la escuela. La afortunada se llama María Josefina y desde hace un mes acude a la primaria de la colonia ‘Viva México’, a donde la llevan sus tíos en moto, después de recorrer la brecha que saca a la carretera a Guatemala y tomar un tramo de carretera.

Si el experimento resulta exitoso, los próximos años tocará el turno de aprender a sus hermanos más chicos. Mientras ese día llega, sus hermanitos juegan con las raíces salidas de un árbol enorme. A su lado yace tirado un *Scooby-doo* de peluche embarrado de lodo y, obvio decirlo, lleno de moscas.

“Tengo a mis hijos en la escuela para aprender letras, para que pueden empezar a leer. Yo no sé nada”, dice, presumida, la mamá.

María Josefina es un caso atípico entre los niños del basural. Ella sí tiene amigas mexicanas. Ella no traga saliva como las demás cuando alguien se le acerca. Es un poco más desenvuelta.

“Hoy escribí, me gusta la escuela. Me gusta, nomás así. Tengo dos amigas. Mi maestra se llama Chonita”, dice y saca la lengua para no volver a hablar. La traiciona la timidez. Se aleja corriendo.

La frontera chiapaneca es una enorme coladera. Niños y niñas de cinco, ocho, diez años se cuelan por sus poros.

Se calcula que, al menos, son 5 mil los pequeños que cruzan al año; pero son invisibles, uno sabe que por algún lugar están pasando, que en este momento algunos están caminando cerca, muy cerca, yendo en dirección Norte; que en algún paraje están durmiendo; que ahora mismo hay alguno agarrado de la mano de un adulto o violentado por otro. Unos están con sus familias viviendo sobre la basura, otros pizcando granos en los cafetales, otros viendo cómo sus mamás limpian casas ajenas o quizá en el centro de la ciudad vendiendo cigarrillos por las calles. Se acompañan con un familiar tan niño como él. O con un pollero. Con un traficante. En grupo. Con papá o mamá. O van solitos. Muchos pasan por estos rumbos sólo porque no hay otro camino terrestre para llegar a Estados Unidos. Son los migrantes más pequeños de todos. Caminan horas para alcanzar el tren que sale de la ciudad de Arriaga, a tres horas en camión.

Tienen sus razones para migrar al norte: huir de las golpizas en sus casas, dejar de ser una carga familiar y encontrar un empleo, o buscar a una mamá o un papá que antes de irse a Estados Unidos les prometió que regresaría por ellos y nunca lo hizo. Su deseo de ejercer el derecho a la ternura y ser alguien en la vida los hizo abandonar el hogar y adentrarse en un camino de rieles donde pasarán hambres, sufrirán golpizas, podrán ser arrojados del tren y mutilados, posiblemente serán violados y asaltados, quizás encontrarán traficantes de órganos o robachicos que los venderán ilegalmente.

Eso ocurre.

Según informó el delegado del Instituto Nacional de Migración en Tapachula, Rafael Pretelín Poucholé, a El Universal, en 2007 fueron deportados de México un total de 5 mil 832 niños y adolescentes. De éstos, 2 mil 63 iban con sus padres o familiares y 3 mil 769 solos. La mayoría eran de Guatemala, El Salvador y Honduras.

Muchos otros nunca fueron capturados. No aparecen en las estadísticas.

El camino que los hace adultos

Por el “Albergue Belén”, conocido mejor como “La Casa del Migrante”, acababan de pasar cuatro niños y niñas acompañados por familiares: tres salvadoreños de nueve, seis y tres años, y una hondureña de tres.

Ricardo López Caballero, el encargado matutino de la casa, dice que los niños que viajan acompañados por extraños no pasan la noche en ese albergue porque tienen que presentar papeles que comprueben su parentesco. Cada vez que recibe a familias con niños les pide que no pierdan de vista a los chiquitos porque todo el trayecto, incluido el albergue mismo, es peligroso para los infantes. Cuenta que en Orizaba, por ejemplo, el albergue que daba hospedaje a los migrantes fue cerrado desde que un adulto violó a una niña dentro de las instalaciones.

“Pasa mucho migrante y no siempre pasa por aquí gente buena. A veces empiezan a invitar a los niños grandecitos de ocho, diez años, para que se vayan con ellos, y luego venden a los niños en el camino o muchos los secuestran para hacerles extracción de sus intestinos, de sus órganos o los polleros también agarran niños en el camino, les llaman a sus familiares y les piden dinero para el rescate”, dice el hombre que desde hace siete años trabaja en la casa fundada por el padre Flor María Riggoni.

El albergue es un edificio amplio y confortable, con un patio cuadrado al centro y varios dormitorios alrededor. Una decena de muchachos hondureños de piel negra están sentados en la banqueta y sobre los autos de los alrededores, mientras planean cómo seguirán su viaje. Junto a ellos hay otros jóvenes que suspendieron su travesía por falta de dinero, y algunos otros porque el tren les cercenó un brazo o una pierna, y están por reintentar el cruce. Ninguno de los jóvenes que se hospeda en esta casa ha visto a niños en los albergues en los que ha dormido durante su trayecto hasta Chiapas. Sin embargo, sí se los han topado en los caminos o arriba de los trenes.

Marcela Turati

Melvin Hernández, un hondureño de veinte años, tan enflaquecido por las hambrunas del camino que tuvo que inventarle hoyos a su cinturón, dice que no soporta encontrarse en el viaje a infantes solitarios. Le parten el corazón.

“En veces no tienen familia o son maltratados por los padres, tanto golpe que le dan a uno que si te dicen ‘vámonos’, te vas. Pero no sabes si en el camino los que te invitaron te van a vender. Los niños a veces van con una persona grande que les manda pedir dinero para ellos, o sea, los explotan.

Hay unos valientes que sí viajan solos.

He visto niños llorando porque no han comido o porque traen tanto trauma, porque en el camino hay gente que anda de psicópata y empieza a violar mujeres y niños y uno no los puede defender porque lo pueden matar. Vi a un niño que lo agarraron unos Maras que iban pasando, yo no podía hacer nada, yo agarré, miré y me pasé. Yo le calculaba unos diez años, estaba chavalo, llorando nomás de lo que le hacían, ¿qué iba yo a decir? Por eso yo advierto a la gente que viene con niños que hay mucho secuestro y homicidio, que los cuiden”, dice angustiado del puro recordar lo visto.

No todos siguen de frente a Estados Unidos. Muchos guatemaltecos que viven en los municipios próximos a México, tienen la costumbre arraigada de dejar la infancia en Tapachula.

Cuando las bocas que alimentar en casa son muchas y los frijoles escasean, el varón más pequeño que queda en la familia sabe que llegó el momento. Enrolla sus triques, se despide de los suyos y se encamina a la frontera de la que tanto le han hablado su papá y sus primos.

La cruza ilegalmente. Busca un cuartucho en Tapachula, la ciudad más próxima, comparte la renta y el piso frío con otros de su mismo pueblo.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Es hora de trabajar para mandar dinero a casa y mantener a los que quedaron atrás. Es hora de convertirse en niño-canguro.

En adelante, ayunará de comida casera y deambulará 12, 14, 16 horas por la calle, con una caja de chicles y golosinas que le doblará la espalda. Sufirá lo mismo que quienes cruzan la frontera de manera ilegal: los abusos, el miedo, la soledad.

Encontrará a decenas de otros niños-canguros que trabajan sobre el asfalto a partir de los siete años y hasta las once de la noche. Se les verá por las calles ofreciendo cigarrillos, aprendiendo a esquivar inspectores, imaginando qué estarán haciendo en casa sus hermanos, defendiéndose de los arrebataadores de mercancía, moqueando en los rincones porque mamá no está cerca, haciendo guardia afuera de las cantinas por si a alguien se le ofrece un cigarrillo, mojándose bajo la lluvia, tiritando del frío que llevan en el alma hasta que aprenden a templarlo y a equilibrar el espinazo para sostener la caja de dulces que ofrecen a otros niños y que no pueden comer ellos.

El duro oficio de ser niño

Son las 11 de la noche y en un puesto de tortas, a dos cuadras del Parque Central de Tapachula, dos “canguritos” guatemaltecos toman un descanso mientras se resguardan del terco aguacero. Están empapados. En cambio, la caja de madera que cada uno lleva incorporada al cuerpo, sostenida de los hombros con una correa, como canguros, lleva encima un plástico que protege la mercancía.

Antonio Efrén “*Sólo-Eso*” –como dirán muchos aquí cuando les preguntan sus apellidos-- tiene once años, ojos grandes, una sonrisa contagiosa y una flacura que le hace parecer menor. Su primo David Augusto “*Sólo-Eso*”, su inseparable compañero de ventas, tiene ocho años.

Marcela Turati

Emigraron a esta ciudad fronteriza un mes atrás cuando les tocó el turno de abandonar su casa para ganarse la comida. A ellos los trajo de Guatemala el papá de David. El trío comparte un cuarto con otras dos personas y se dividen la renta de 800 pesos al mes. Viven en un cuarto sin baño, sin muebles y en el que sólo tienen derecho a ocupar un pedazo de piso sobre el que tienden una cobija para dormir. Cuelgan sus ropas en clavos.

El chiquito, David Augusto, cruza la ciudad con una chancla de plástico rota; le duele al caminar pero sólo se soba. No está en sus planes gastar para comprarse otra.

-¿Qué hacías en Guatemala?

-Nada.

-¿Ibas a la escuela?

-No.

-¿Cómo llegaste a Tapachula?

-Mi papá me dijo ‘vamos *pa'llá* de Tapachula’.

-¿Él en qué trabaja?

-Igual, chicles - dice David Augusto sin despegar la vista de la televisión que hay en el puesto. Deja de ver la pantalla sólo cuando le sirven su torta.

Un señor mete la mano a la caja del niño cuando éste está desprevenido, saca una cajetilla de cigarrillos, la abre, toma uno, lo enciende y le deja dos pesos.

“Ellos no van a la escuela porque su situación es de sobrevivencia y tienen como cultura no acudir a los centros de salud, asumen que como son extranjeros no los van a atender”, explica Fermina Rodríguez, coordinadora del Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova, con sede en esta ciudad fronteriza.

Antonio Efrén, su primo mayor, tampoco iba a la escuela. En Guatemala costuraba pantalones de diez de la mañana a siete de la tarde, a cambio de

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

200 quetzales. Acá gana 50 pesos al día. Sonriente dice que Tapachula le gustó para vender chicles. Y cómo no si esta ciudad es el paraíso del empleo prematuro. La ciudad permite a los niños y niñas hacerse adultos y sostener a sus familias.

Niños-Canguros-Fantasmas

Desde que amanece hasta que se esconde el sol, por las calles de esta ciudad fronteriza se ven grupos de niños sosteniendo cajas con dulces o con ungüentos para bolear zapatos. Unos más se dedican al oficio de limpiar parabrisas, otros venden flores o globos, otros cuantos piden limosna en los semáforos o tragan fuego. Están expuestos a todo tipo de explotación, y según la CNDH, que se fijó en su situación, “uno de los abusos más grandes que enfrentan es el de la explotación sexual, que por su condición de menores, los expone a toda clase de riesgos y abusos, como la drogadicción, el maltrato y la violencia física, sexual y psicológica, sin que la autoridad en los tres ámbitos de gobierno y en el marco de sus atribuciones realicen en el mejor de los casos acciones eficaces para evitar estas situaciones”.

No estudian y nunca lo hicieron. Viven revueltos entre adultos y sus novias. Comen pura fritanga en los mercados. Comparten un mismo excusado entre vecinos. Pasan su día expuestos a los peligros de la calle. Sus propios vecinos no los conocen, nada más los ven salir temprano y los escuchan llegar por la noche. Sólo dicen de ellos que son muy trabajadores. Y cómo no: si su jornada laboral es de, al menos, 12 horas.

La CNDH documentó que, cualquiera que sea su actividad, tienen que pagar 10 pesos de una a tres veces por semana a funcionarios municipales que les piden cuotas para permitirles laborar.

“Los niños, niñas y adolescentes presentan baja talla y deterioro en su condición física, ello ocasionado por mala alimentación”.

Marcela Turati

No se sabe cuántos son. Según un reportaje del periódico *El Orbe*, que movilizó a las comisiones nacional y estatal de derechos humanos para que observaran la situación, son 400; el cónsul de Guatemala Aldo Isaac Herrera estimó que son mil; un regidor del ayuntamiento considera que son 200; para el DIF son menos de 100.

En las noches, estos niños-canguros se convierten en fantasmas. Sólo se ven sus pequeñas siluetas. Ora esperan clientela en la banca del parque, ora ofrecen cigarros entre las mesas de una cafetería, ora miran boquiabiertos el espectáculo nocturno de una cantina, ora se mojan de lluvia, ora esperan que cambie la luz de un semáforo para cruzar.

Gracias a ellos hasta la media noche se mantienen activos los puestos de fritangas y comida chatarra de las colonias Centro y Obrera, que rodean el primer cuadro de la ciudad. Los letreros en las paredes de estos puestos ofrecen “paletas de cacahuatón, bolis y palomitas” o “chamoy y hielo”, el menú de los niños y adolescentes que a esas horas no han dejado de trabajar.

Otras veces los comerciantes los enganchan con las maquinitas de videojuegos. Así ocurre a una cuadra del mercado central. Una casa ofrece videojuegos y lo mismo “boleros” que “canguritos”, “globeros” o “floreros” pasan a jugar antes de dormir y gastan unas monedas de las pocas que ganaron.

El dueño, un señor cuarentón y amable, menciona de entre su clientela a un chiquito que nunca juega, nomás se sienta en la banqueta de su negocio y se pone a llorar porque extraña su casa. Pero cuando el hombre se acerca a consolarlo, el niño, espantado, se va.

Mientras lo menciona pasan por la calle pequeñas sombras que, de dos en dos, de tres en tres, se pierden en los callejones que se convierten en pasadizos estrechos, sin pavimento ni alumbrado. Recorren terrenos

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

baldíos y construcciones abandonadas hasta llegar a esa suma de cuartos con techos de lámina y goteras, que ellos llaman vecindades.

En una de estas vecindades de los callejones sin nombre está un adolescente sin zapatos ni camiseta. Él trabaja toda la noche. Se le hizo tarde para salir a trabajar con los otros. Luce enfermo y tiene una oreja con pus y la piel descarapelada.

-¿Qué te pasó en la oreja?

-No sé. El cuarto tiene enfermedad.

Fantasmas ante los políticos

“(Esta población) no reciben ningún tipo de atención por parte de autoridades locales, gubernamentales y no gubernamentales que satisfagan sus necesidades básicas, y sufren abuso por parte de autoridades del ayuntamiento”, señaló en su recomendación la CNDH.

En Tapachula existe una Procuraduría a la que le corresponde atenderlos, pero parece no tener presupuesto ni planes innovadores para hacerlo. Es la Procuraduría de la Defensa de la Mujer y Grupos Vulnerables (se sobreentiende que dentro de los llamados grupos vulnerables están los niños y las niñas). El procurador en turno es un abogado y político de carrera. Se llama Marco Antonio Barragán y el día que fui a entrevistarlo dijo que no tenía cifras de los niños centroamericanos que trabajan en las calles y, por lo visto, tampoco planes para protegerlos; sólo para deportarlos.

-Un porcentaje exacto no tenemos, porque es población flotantes, hay veces que se observan más, a veces menos. Sí hay estadísticas, pero un censo exacto no- dice de entrada. Cuando se le insiste en las cifras se queda callado un rato; después suma mentalmente.

Marcela Turati

-Voy a hacer un cálculo porque sí, sí tenemos datos- dice antes de quedarse pensativo-. Bueno se han calculado aproximadamente de 65 a 80 niños en situación de calle que no se les ve pidiendo limosna sino haciendo peripecias, suertes con limones y pelotitas. Boleros en realidad son muy pocos, hay más chicleritos, niños canguritos. A esos sí se les ha visto deambulando por las calles.

-¿Cuántos son?

-Chicleritos tal vez sean unos 90, 100, y boleros tal vez unos 40, son menos. Como que es más productivo, les reditúan más los chicles que bolear zapatos.

Barragán explica que a la Procuraduría que encabeza le corresponde proteger a los menores de edad después de que fueron víctimas de un delito y existe una denuncia penal por ello. No atina a decir a qué área o persona del DIF le compete la protección de los infantes antes de que sean víctimas de delitos. Cuando se le pregunta si todavía funciona el comedor que los alimentaba en las administraciones municipales anteriores explica que se robaron las estufas un año antes y que nunca las volvieron a instalar, pero quizá pronto lo hagan.

Hace ocho años, México firmó un Convenio para la Prohibición de las Peores Formas de Trabajo Infantil y la Acción Inmediata para su Eliminación, el cual califica como peor forma de trabajo infantil aquel que dañe la salud, la seguridad o la moralidad de los niños, y responsabiliza al Estado a localizar estas actividades y realizar las acciones correspondientes para su eliminación.

Pero, por lo visto, en Tapachula es letra muerta.

Barragán dice que sí hay un plan para atender a esta población, y que lo orquestarán el Instituto Nacional de Migración, los consulados centroamericanos y el DIF estatal en conjunto. El plan que consiste en “proteger” a los niños en el Albergue para Menores Migrantes; antes de deportarlos.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Para dar contundencia menciona las bondades del lugar: el albergue tiene capacidad para muchas personas, instalaciones adecuadas y amplias, ofrece buena alimentación, atención médica, trato cálido, ropa y calzado. Cuando se le cuestiona si todos los niños serán blanco de los operativos, dice que sólo los que se encuentren “en situación de calle, de dependencia, que no tengan familia y anden desempeñando un tipo de labor no adecuada a su edad o sexo, como es hacer malabares en una esquina o como los chicleritos y boleteritos que andan por las calles”. Pero, aclara que si hay un adulto que responda por ellos serán respetados.

-¿Por qué no dejan estudiar a los niños guatemaltecos en las escuelas?- se le cuestiona.

-¿En las escuelas?- pregunta sorprendido y frunce la frente, como si acabara de enterarse de que son discriminados. Responde que las reglas de la Secretaría de Educación Pública tal vez sean en ese sentido y menciona entonces la responsabilidad que tienen los Consulados de identificar a sus niños y darles papeles de identidad para que tengan acceso a las escuelas. Al parecer, desconoce que organizaciones internacionales y de la sociedad civil señalan a Tapachula como “foco rojo” por la explotación sexual infantil, la trata de personas, el tráfico de menores.

-¿En Tapachula hay robo de niños?

-No tenemos una cifra.

-¿Es común?

-No, no es algo común.

-¿Trata de personas? ¿Explotación sexual infantil?

-Son delitos de realización oculta, no hay en sí una estadística clara porque no se tiene la denuncia, no se sabe si se está prodigando este tipo de violaciones a sus derechos.

-¿En esta ciudad se da este delito?

-Es la fiscalía la que recibe este tipo de denuncias. Las estadísticas no las podría yo saber porque se canalizan directamente a la Fiscalía Especialidad

Marcela Turati

en Delitos Sexuales y de Violencia Intrafamiliar. Cuando llega una denuncia de ese tipo, si nos llegase, porque no nos ha llegado ninguna, nos coordinaremos con la Fiscalía.

-¿Cuáles son los riesgos que corren los niños en Tapachula?

-Como en toda sociedad, nadie está exento de correr riesgos.

-¿Cuáles en particular?

-En caso de los niños pues pueden perderse, ser secuestrados (no todos porque el plagiario imagino que busca un rescate), pueden estar expuestos a cualquier tipo de situación, incluido el abuso. Entonces comienza a hablar sobre los cuidados que los padres de familia deben tener para cerciorarse de a quién permiten entrar a la casa.

-¿Sabe que Tapachula es de las ciudades consideradas ‘focos rojos’ para los niños?

-Sí, puede ser, por la cercanías de la frontera, tiene sus problemas desgraciadamente—dice y un poco después comenzará a excusarse por lo acotada que está la Procuraduría que encabeza: “Cuando hay denuncia, si entra un trabajador social que dice que hay que rescatarlos inmediatamente los ingresamos al centro de atención, al albergue (...) No es una instancia policiaca, la nuestra es de asistencia social, no de combate frontal. Nuestra respuesta es cuando ocurrió el hecho. Nosotros no estamos armados para combatir al hampa, se requiere fuerza que supere a ese flagelo y lo erradique, y sobre todo que prevenga de la incidencia de esos delitos”.

Durante las lluvias de septiembre, al momento de esta entrevista, en el Albergue del Menor Migrante eran tres los pequeños inquilinos que, tras las rejas del edificio custodiado por policías, esperaban su repatriación.

Lo vimos que sangraba

En el número 552 de la calle 5 Poniente, un hombre que vende quesadillas fritas comenta el destino que tienen los infantes en su colonia. A una cuadra de su casa “violaron a unas chamacas” centroamericanas. Él y otros

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

vecinos las escucharon gritar pero no hicieron nada, sólo esperaron a que los gritos cesaran para irse a dormir.

“No podemos hacer nada”, se justifica en la mecedora donde está sentado, en el portón de su casa. Comenta que recientemente unos pandilleros mataron a una niña de trece años que asistía a su misma iglesia. Se queja de que la colonia se llenó de paracaidistas guatemaltecos, hondureños y salvadoreños que, aunque perdieron todo durante el huracán “Stan”, volvieron a asentarse a la vera del río. Señala el montón de tierra que delimita al río Cuatán, que pasa a una cuadra de su casa, y comenta: “Ahí también violaron a un niño, lo vimos pasar llorando, con su camiseta de fuera toda ensangrentada. Nunca supimos quién era”.

Mientras habla unos “canguritos” se meten por los laberintos oscuros. Se acompañan para evitar los asaltos, las cuchilladas, las violaciones. Las calles 5 y 11, donde viven muchos niños trabajadores, son peligrosas a la altura de esas vecindades. Cada tanto los periódicos informan de vecinos acuchillados por pandilleros. Cada tanto la policía detecta en distintos rumbos de la ciudad casas-bodegas donde duermen hasta 40 “canguritos” dominados por un adulto que les da la mercancía y les quita sus ingresos. Últimamente los explotadores de niños se han sofisticado y rentan pensiones donde nadie les pregunta qué hacen.

Un diagnóstico de Casa Alianza indica que los niños trabajadores acuden por las noches al Hospedaje San Román, donde deben pagar diez pesos por dormir en un petate, en un espacio tipo galera, construida a base de bloc y lámina.

Esto ocurre a cinco cuadras del parque central, en la colonia donde viven Antonio Efrén y David Augusto; los primos “Sólo-Eso” que aunque aseguran que terminan sus ventas a las 11 de la noche, casi a la media noche todavía hacen guardia afuera del burdel “El Caballo Dorado”, en espera de que salgan los clientes a pedir un cigarro. Aún llueve.

La nostalgia atorada en el alma

Según la clasificación que dio la coordinadora de la Casa de Atención a Menores y Adolescentes en Situación de y en la Calle (CAMASC), Ana Bertha Mendoza Luján, en Tapachula hay tres clases de niños que trabajan en las calles: uno es el de los limpiaparabrisas, mexicanos la mayoría, quienes se drogan con solventes; el otro es el de los tragafuegos, malabaristas, payasos o pordioseros centroamericanos, que son explotados por sus padres; y el último es el de los “canguritos” y “boleros” guatemaltecos, que laboran por cuenta propia o son explotados por adultos con los que no tienen parentesco.

Los niños boleros tienen prohibido trabajar en el centro durante el día. Si sus colegas chiapanecos los detectan les pegan una corretiza y los inspectores municipales les quitan sus cajas a manera de castigo. Como se considera que afean la ciudad, de día recorren las periferias. Un presidente municipal de mala memoria mandó encarcelarlos por irrespetar la zona tolerancia, y así, chiquitos como son, han pisado en la cárcel.

Cuando oscurece, comienzan a juntarse en la Plaza Las Chatarras, al costado de la Catedral, en espera de que se retiren los chiapanecos que sí tienen permiso para embetunar zapatos en el centro de la ciudad y que el terreno se libere de inspectores.

Cuando eso ocurre los “boleros” pasean libres por el centro, ofrecen la limpieza de calzado a cinco pesos y se cuentan las aventuras del día. Comparten el espacio con otros menores, hombres y mujeres que rozan la adolescencia, que a partir de las 10 de la noche prestan servicios sexuales por 350 o 400 pesos.

“Los niños chiquitos vienen a trabajar acá y luego ya no quieren. Están acostumbrados allá, a su casa, a sus hermanos, a su mamá”, dice Edwin, “globero” de diecisiete años, y todos asienten con la cabeza.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

Habla de sí mismo y de los nuevos. Todos viven con la nostalgia atorada en el alma.

“Yo ya me acostumbré a estar acá”, continúa, como si fuera un adulto ya superado.

“Casi un poquito tristes se ponen los más pequeños, cuentan de su mamá, a veces lloran, yo les contento, que no lloran, que van a estar con su mamá”.

Lo escucha en silencio Francisco, un niño de Santa María Chicomula, con sus dedos negros por la grasa de zapatos. Quiere decir algo pero le da tanta pena hablar con extraños que se tapa la cara con su gorra.

Jerson Miguel, de ocho años, los ojos rasgados y caídos, es uno de los chiquitos que extrañan a mamá. Lleva tres meses trabajando en las calles chiapanecas, lejos de Quetzaltenango y no aguanta la separación.

Cuando extraña mucho les llama por teléfono. Telefonea seguido.

Y les dice ‘¿que están bien o no?, ¿qué está enfermo alguno de la familia?’, ‘no, estamos bien’, ‘ah, bueno’, reproduce mecánicamente su conversación.

-¿Y cuando extrañas mucho a quién le cuentas?

-A mi hermano. Pero ya pronto voy a irme a casa. Acá está bien bonito porque el trabajo no está bien pesado. Allá está un poquito bien pesado porque tienes que trabajar con hacha, con machete, hacer limpia de milpa, echar abono, pero ya pronto voy a irme a casa- dice.

Algunos, cada mes, cada tres semanas, regresan a sus hogares a entregar el dinero ahorrado y luego cruzan de nuevo la frontera. Jerson, como la mayoría, llegó con la idea de pasar sólo unas semanas en México, pero ya lleva buen tiempo boleando por las calles.

Tapachula es una ciudad poco apta para los niños y las niñas migrantes.

Acapara los “focos rojos” en los estudios de peligrosidad para la población infantil y adolescente. Es el referente obligado para los monitores del cumplimiento de los derechos de la infancia. Es el fracaso social e institucional. Un estudio de la organización internacional ECPAT estimó que más de 21 mil centroamericanas, en su mayoría niñas de entre ocho y catorce años, son prostitutas en mil 552 bares y burdeles clandestinos de Tapachula, la capital de la zona conocida como el Soconusco.

La dinámica es así: las venden a sus explotadores por 100 o 200 dólares, y después las envían a Oaxaca, Michoacán, Guerrero, Jalisco, Nayarit, Sinaloa o el Distrito Federal. Más de la mitad son guatemaltecas; el resto, salvadoreñas, hondureñas y nicaragüenses. Son explotadas en la agricultura, la mendicidad, el sexo servicio, el comercio ambulante y el trabajo doméstico.

Sixto Reynaldo tiene dos años y viste a la moda: tenis, jeans, camiseta roja de marca. Es regordete y lleva el pelo negro engominado. Rosa, su mamá, tiene veinticinco años, cabello largo y viste una falda larga tradicional, fajada a la guatemalteca. Es domingo, día libre de Rosa, y madre e hijo pasean por la plaza central de Tapachula donde se topan a sus paisanos. Sixto se deja cargar por sus tías postizas y juega con sus primos-de-mentiritas, esos otros niños como él que tienen a sus verdaderos familiares en Guatemala.

“Hay veces que nos dan trabajo, hay veces que no nos reciben”, dice Reyna mientras trata de apaciguar a su pequeño en su rezago.

Pero Sixto está desesperado por las horas que ha pasado sentado en la jardinera de la plaza, debajo de un toldo, mientras su mamá conversa con sus conocidas. Avienta con fuerza los empaques de basura que tiene a la mano, no les hace caso a los niños que corren junto a él. Llorra, tiene mocos y tos. Está enfermo.

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

“A veces no se halla mucho porque no está acostumbrado aquí, por el calor, porque allá (en Guatemala) hace frío. Nomás se pone a llorar así, no se halla”, dice Reyna tratando de justificar el berrinche de su hijo.

Por berrinches como ese, a Rosa no le den trabajo.

“Hay veces que nosotros le decimos así, que no llore, para que nos den trabajo. Hay veces que llora, llora un poco, ahora porque está malito pero cuando está bien no molesta”, lo justifica apenada.

Él nació en Guatemala y vivió año y medio con su abuela materna, hasta que Reyna encontró las condiciones para recogerlo y traerlo a México. Generalmente, los niños de su edad se quedan en el pueblo materno, pero no es así en los casos de los hijos de madres solteras o dejadas o divorciadas, como Reyna.

Capital de trabajadoras domésticas

El Parque Central es el máximo punto de reunión guatemalteca y el principal centro de contrataciones de trabajadoras domésticas en todo el país.

Los domingos se asoman a la plaza cientos de faldas largas y fajadas, manos con pulseras y uñas esmaltadas, listones coloridos, melenas largas. Son adolescentes chaparritas, la mayoría con cara de niñas, que desde los 12 años tienen permiso de sus papás de viajar para ganarse su sustento.

Sus hermanitas más chicas se quedan en casa y las remplazan en el aseo, la cuidadora de hermanos, la cocina.

Muchas veces el empleo de la ciudad no es su primer trabajo en México. Ya antes toda la familia, papá, mamá, hijos e hijas, se subieron en camiones de

Marcela Turati

redilas y, transportados como ganado, fueron llevados a las fincas cafetaleras que rodean esta ciudad. Durmieron sobre el piso en barracas improvisadas sin servicios; trabajaron de madrugada a oscurecer; convivieron con plantas rociadas de plaguicidas; se esforzaron por igual infantes y adultos y fueron obligados a dejar sus salarios en las tiendas de raya.

Pero esa edad ya pasó. Ahora son autosuficientes.

Cada domingo se pasean por el parque y lo llenan de risas. Se encuentran con sus amigas y parientas. Se abrazan bajo una palmera y se retratan a 20 pesos por foto. Platican agarradas de la mano. Se prestan un peine rosa fosforescente o un esmalte rojo para uñas. Lloran la distancia. Mandan recados a sus enamorados. Discuten con las posibles patronas.

Porque señoronas ricas, de buenas casas, también asisten los domingos a la plaza. Ellas miran de arriba a abajo a las muchachas guatemaltecas, les estudian los modales, les preguntan cuánto quieren ganar, qué saben hacer, qué habilidades tienen, si saben cuidar niños, si le agarran sabor a levantarse temprano y les dicen siempre que sus casas son pequeñas y que hay poco trabajo. Se dicen buenas patronas y comienzan el ritual regateo.

Págueme mil 600... no mil 300 porque mi casa es chica... entonces no quiero... lo que pasa es que a ti no te gusta trabajar... es que usted tiene muchos hijos y no me gustan los niños... mira que malcriada lo que pasa es que no quieres trabajo... si quiero pero no con usted.

Las discriminadas casi siempre son las que van acompañadas de Sixtos Reynaldos o las recién llegadas que pronto resultan embarazadas y se convierten en niñas-mamás.

No porque tienes hijos

A Reyna le pagan mil 500 al mes por trabajar de lunes a sábado, todo el día, aseando una casa ajena, lavando y planchando ropa, preparando y sirviendo comida, cuidando niños y limpiando trastes desde que amanece. Le regatean 100 pesos porque va acompañada de Sixto, y pese a ello Reyna dice que su vida en Chiapas es mejor que la que dejó en Guatemala: “Tal vez aquí está bien porque aquí nos da todo para mantener. Allá sí tenemos pero es difícil, comemos frijoles, verdura, yerba, no es lo mismo que aquí, y aquí sí comemos como la gente de aquí, pura comidas”.

Sixto se queda apaciguado en su regazo, abrazado a ella, y se duerme. Sus tías postizas, sus primos-de-mentiritas siguen a su lado. Se ven todos los domingos y suplen el papel de los verdaderos parientes. En Tapachula se hacen familia.

En otra jardinera está sentada Delia Salas Ramírez con expresión de apuro porque está próximo a oscurecer y nadie la ha contratado. Carlos, su hijo, espantó a todos los prospectos de patrona.

“Una señora me estaba pagando mil 400 pero se llevó a otra muchacha de corte, que porque si yo cuidaba a mi bebé cómo iba a cuidar al suyo. Pero mi niño ya no molesta y me deja hacer todo”, comenta decepcionada.

Necesita con urgencia dinero para mandárselo a la niña de diez años que dejó en su comunidad. Le dijo que sólo iba a demorar 3 meses y que lo que ganara se lo daría para que comprara ropa y pagara su escuela. Le gustaría traer a su hija para que estudie en México, y porque sus abuelos la tratan mal, pero ya está enterada de que como no es mexicana no la van a aceptar.

No sería la primera. A Olga María, una niña de nueve años de la colonia Lomas de Soconusco, no le quieren dar la beca escolar que le dan a todos los niños de su clase porque su mamá es guatemalteca, aunque su papá es mexicano.

Marcela Turati

“Mi hija dice ‘por qué no me dan beca a mí mamá si yo soy de acá, si yo estudié acá si tengo aquí mi kinder’. Yo le digo que no pierda la esperanza porque un día se la van a dar porque el Presidente en la tele dice que es para todos, no dice que no es para extranjeros”, dice su mamá.

“Si no tienes patrona que te la recomiende en la escuela no dejan inscribir a los hijos”, explica a las demás. Todas callan. Saben que esa es la mecánica.

La discriminación generalizada

“Hay casos donde los maestros por desconocimiento les dicen que como su acta de nacimiento es de Guatemala no tienen acceso a la escuela. Lo mismo ocurre con los recién nacidos, que aunque la ley les permite ser registrados sin que sus papás presenten una estancia legal, hay desconocimiento y en las oficinas del Registro Civil no lo permiten. Los papás también asumen que, como son extranjeros, no los van a registrar”, dice la coordinadora del Centro Fray Matías de Córdova.

-¿Quién trabaja aquí por los niños? - se le pregunta a Fermina Rodríguez.
-Aquí, ninguna organización - responde.

El Ejército de Salvación si acaso estableció un albergue para niños indigentes, y en esa categoría no entra la mayoría. El “Fray Matías” es de las organizaciones no gubernamentales que atienden a los migrantes, en general. Lleva la representación jurídica de víctimas de violencia de todas las edades. Hasta ahora han atendido a pocos infantes. La Organización Internacional por las Migraciones (OIM) asiste a quienes han sido víctimas de violencia sexual, lo mismo niñas, niños o adultos.

Ninguna se dedica a velar específicamente por la población infantil. Si acaso los consulados se interesan por los que serán repatriados, el albergue sirve para resguardarlos y el DIF brinda atención asistencialista como

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

regalo de ropa o fiestas navideñas. Han intentado unirse entre todos para combatir la trata de personas, que afecta también a los niños y niñas, pero sus protagonismos no lo han permitido.

Rodríguez reconoce las ausencias que han dejado a los niños y a las niñas a la deriva, y dictamina: “Hay violencia estructural contra los menores porque no hay una respuesta de gobierno que haga un trabajo más allá del asistencial (...) El Estado no hace su tarea de proteger a los niños. Es una violencia por omisión, porque no hacen nada”.

Sin lugar para los niños

La omisión estructural de la que habla Fermina Rodríguez la sufren los primos “*Sólo-Eso*” que al cruzar la frontera siendo niños se convirtieron en canguros; las danzarinas hijas de Olga que enmudecen y se retuercen de los puros nervios al ver a extraños que se acercan a su encierro; el karateka José Antonio que vive en un nido de moscas y las provoca con cada movimiento; el bien peinado Sixto Reynaldo que no tiene permiso llorar como cualquier niño porque está en casa ajena; Jerson y sus camaradas globeros que extrañan sus casas, telefonean cada que pueden y anhelan regresar; los niños y niñas anónimos que —a escondidas de las estadísticas— atraviesan la coladera que es esta frontera pero no pasan por albergues, son explotadas en bares o están esperando su deportación en el encierro.

Aunque son niños y niñas invisibles para las políticas públicas, el gobierno, las organizaciones sociales y la sociedad se les encuentra fácil. Sólo hay que visitar Tapachula y abrir los ojos.

Ahora mismo están dentro de la basura o arrancando granos en los cafetales o viendo cómo sus mamás limpian casas ajenas o haciendo guardia afuera de un bar por si a alguien se le antoja un cigarrillo.

Comentarios al margen. *Proteger los derechos de los niños y niñas migrantes*
Por Norberto Liwski

El registro testimonial de la multiplicidad de vicisitudes por las que atraviesan los niños, niñas y adolescentes migrantes, especialmente no acompañados en diferentes puntos de nuestra América Latina, constituye con frecuencia una concentrada descripción de violencia y negación de los derechos humanos básicos. Ingresar en uno de esos escenarios concretos como nos propone el trabajo sobre infancia migrante de Tapachula, nos confirma en ésta alarmante realidad regional y universal al tiempo que nos invita a profundizar la reflexión y ampliar el compromiso en la promoción, protección y defensa de los derechos de los niños, niñas y adolescentes migrantes.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) en México, señala en su informe y recomendaciones sobre la situación de los niños en Tapachula producido en el transcurso del año 2007: “Los niños, niñas y adolescentes presentan baja talla y deterioro en su condición física, ello ocasionado por mala alimentación”... o bien definiendo “uno de los abusos más grande que enfrentan es el de la explotación sexual... o expuestos al maltrato, a la violencia física y psicológica”. Estos datos nos presentan el doloroso cuadro de situación en la referida zona.

El diálogo y la opinión de niños, niñas y adolescentes constituye la fuente principal para establecer cada uno de los aspectos que lesionan la dignidad y los derechos de éstos niños latinoamericanos, expresión de la pobreza, la exclusión y la desigualdad de nuestra América. Pero dar la voz a estos niños es también una excelente oportunidad para reexaminar los marcos normativos, el funcionamiento de las instituciones y en definitiva proponernos construir nuevas plataformas de políticas públicas basadas en los derechos humanos de los niños.

En este sentido es importante recoger las Recomendaciones del Comité de los Derechos del Niño de Naciones Unidas efectuadas el 8 de junio de

El difícil oficio de ser niño en Tapachula

2006 al examinar el Tercer Informe Periódico de México en el 42 Período de Sesiones “El Comité recomienda que el Estado Parte, teniendo en cuenta la Observación General N° 6 (2005) del Comité sobre el trato de los niños no acompañados y separados de su familia fuera de su país de origen, tome todas las medidas necesarias a fin de:

- a) Velar por que se elabore un marco jurídico y operacional adecuado para la tutela de menores extranjeros no acompañados;*
- b) Identificar a los menores no acompañados que solicitan asilo a lo largo de la frontera meridional dentro de la corriente migratoria masiva, y velar por que reciban atención adecuada;*
- c) Aumentar la capacidad del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), y de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), para proteger a los niños migrantes no acompañados, en particular mediante la organización de programas de capacitación y sensibilización sobre los derechos específicos y la vulnerabilidad de los menores no acompañados;*
- d) Velar por que los niños que buscan asilo y los niños que tienen un estatuto de migración ilegal no sean detenidos y tengan acceso a servicios especiales de recepción y atención, como los que ofrece el Centro Tapachula;*
- e) Velar por que todos los menores no acompañados que son repatriados al Estado Parte reciban protección y atención adecuadas, en particular asegurando que se adopten medidas para su reinserción social;*
- f) Entablar nuevas negociaciones bilaterales o multilaterales con los países limítrofes a fin de que se dé un trato adecuado a los menores no acompañados en toda la región;*
- g) Procurar la asistencia técnica a este respecto del ACNUR, entre otras organizaciones.*

Al finalizar éste breve comentario sean mis palabras de apoyo para todas aquellas personas que desde organizaciones públicas, de la sociedad civil o de ámbitos religiosos asumen el irrenunciable compromiso de examinar ésta difícil realidad como estímulo para la transformación hacia un horizonte pleno de ejercicio de derechos de los niños, niñas y adolescentes migrantes de América Latina.

María Luisa López

Los niños de la miseria descalza

A mi madre, porque ella también migró siendo niña.

El aire frío se cuele cauteloso por las rendijas de estas ventanas sin cristal. De metal y un azul triste. Se le puede escuchar clarito al amanecer. Entre el rebuznar afligido de los burros y la terca lluvia. Las piedras y el ladrillo de estas paredes son un lujo. Muchas de las construcciones cercanas, aún son de adobe.

Esta es la casa. La de Rosalva. Faltan pocos días para que las últimas flores de octubre que arrancará *alláfuera*, donde también huele a mierda, se marchiten frente a la imagen de la Virgen de Juquila, esa que su padre le trajo una vez de Oaxaca y que le encanta porque tiene el pelo igual de largo que ella. Nunca ha asistido a la escuela de este pueblo. Lleva toda su vida migrando a Sinaloa, donde pronto estará cortando jitomate en un campo agrícola. O en el mejor de los casos, en una improvisada escuela o una especie de guardería que ella igual llama escuela. Rosalva también lleva toda su vida regresando...

Pero allá nació. En el municipio de Navolato. Con su casa en otra parte. Prematura. Pequeñita. Allá en el estado de Sinaloa, donde no es noticia que miles de niños trabajen en un campo agrícola, ni que tengan un accidente o mueran durante su jornada.

Isidro, el padre de Rosalva, no recuerda siquiera a los cuántos meses nació ¿A los 7? ¿A los 8? ¿O a los 6?. Su acta de nacimiento registra el 4 de enero como el día en que llegó al mundo. Sus padres tampoco fueron a la escuela. Lo más seguro es que Rosalva repita esa historia. Tiene ocho años y pasa la mitad del año en Sinaloa. La otra mitad en La Montaña de Guerrero. Lo que sí recuerda su padre es que estaba *re'chiquita* cuando Magdalena, su madre, "se puso mala" y el parto se adelantó. Como en sus anteriores

Los niños de la miseria descalza

embarazos, la alimentación de su esposa no fue la adecuada y sus jornadas de trabajo en el campo eran agotadoras. A Rosalva la tuvieron que trasladar a un segundo hospital porque en el primero no había lo necesario para brindarle atención médica adecuada. No estaba cerca del campo agrícola donde vivían y, recuerda Isidro, ahí no había “maquinas pa’ ser crecer a los niños cuando están muy chiquitos”. Tuvo que ser internada en Culiacán, la capital del estado.

–Ni modo, tuvimos que ir allá, y gastar de lo poco que teníamos, porque si no, *pus* decían los doctores que se podía morir mi Rosalva –cuenta Isidro.

Pero Rosalva sobrevivió. Luego de varias semanas su madre ya se la llevaba al campo agrícola envuelta en su rebozo. Meses después regresó acá para conocer este sonido del aire frío que se cuele por donde puede, y el de sus pies descalzos sobre la tierra de su comunidad. A esta su casa. A su origen nahua. Volvió con su familia a Chiepetepec. Desde entonces agarró fuerza para crecer pese a todo.

A esta casa de la localidad de Chiepetepec –situada en el Municipio de Tlapa de Comonfort– se le cambió el adobe por ladrillo y piedra gracias al *harto trabajo* de los padres de Isidro y al *chingo’ètrabajo* del mismo Isidro y su familia. Ya sea en Morelos o en Sinaloa. Sembrando y cosechando su día a día en campos agrícolas.

Ladrillo sobre ladrillo y piedra sobre piedra. Sin resanes y mucho menos pintura. La casa de Rosalva tiene cuatro habitaciones. Es mucho más grande que el “cuartito” de Navolato, de 3 por 5 metros, donde a en unos días más los integrantes de esta familia se acomodarán para dormir, y comer: Isidro, su padre; Magdalena, su madre; Brígida, la nieta de ambos; Marco, su hermano de diecinueve años; María, la esposa de Marco, y Panchito, de apenas un año dos meses.

Las pocas cosas que hay en el interior de este hogar, lo hacen aparentar mayor amplitud: una modesta mesa con cuatro viejas sillas y un tanque de

gas, en el comedor; una parrilla de dos quemadores sobre otra vieja mesa de madera —entre el desorden y poca higiene de cubetas y trastes—, así como un huacal que sirve de alacena, en la cocina; una mesa más y una cama que nadie usa en una de las recámara, otra casi vacía excepto por el aparato de sonido que compró Marco, el hermano de Rosalva, en Culiacán. Acá, entre estas paredes que Isidro levantó entre el ir y venir, aún con el cansancio del corte de tomate en Sinaloa, también duermen todos juntos. Lo hacen en dos cuartos separados. Sobre petates.

En esta parte baja de montaña, el posible calor del día se transforma en frío extremo durante la noche. Sobre todo en etapa de invierno. Sin embargo, no hay muchas cobijas en esta casa. Ni para dormir. Es más frecuente el uso de rebozos, sobre todo para las mujeres, las niñas y los niños. Los infantes no usan calcetines, salvo en casos excepcionales. Llueva o haga frío, son pequeños de pies desnudos. Casi todos usan zapatos de plástico. Por eso, además de los efectos de la desnutrición, aquí los niños se enferman mucho de las vías respiratorias. Es raro, pero Rosalva enferma poco.

—Pos quien sabe por qué, come *re'poquito*. *Tá'flaquita*, y ya ve, se mira más *chiquilla* de lo *que's*. Pero aguanta todo. —Dice Isidro, preocupado siempre por conseguir unos cuantos pesos para la comida del día.

Esa complexión que da el comer poco y mal, le ha dado a Rosalva y a todos los niños jornaleros de La Montaña, agilidad. Habilidad para el trabajo del campo a casi ras del suelo. Para limpiar por ejemplo, las matas de tomate con mayor rapidez que un adulto, como conviene a los empresarios agrícolas. Los últimos nueve años la familia de Isidro ha viajado a Navolato, cada cinco o seis meses, poco más o poco menos. Casi siempre para trabajar en la empresa Agrícola La Primavera, en la pizca de tomate. Por allá se le ha visto correr a *Rosalvita* en todos estos años. Entre surcos de tierra, siguiendo a su madre. Entre chiles, pepinos, cebollas, tomates, con el riesgo de ser atropellada por un tractor al no ser vista. Bajo intenso frío o enérgico sol.

Los niños de la miseria descalza

Es fácil imaginarla. Así, desde *re'chiquita*, recostada sobre la espalda de su madre, y luego mayorcita caminando descalza entre esos surcos de tierra. Ayudando a su madre, a su padre, a sus hermanos.

Dice Isidro que ella no ha trabajado. Pero Rosalva reconoce que sí, dice que a veces les ayudó a limpiar las matas de tomate.

–*Nomás* a ratitos.

Hasta ahora su “ayuda”, ese limpiar las matas de tomate, no fue nunca remunerada. Porque los niños en el campo agrícola de La Primavera, hasta 2006, eran contratados a partir de los ocho años cumplidos. Era entonces cuando niños y niñas realizaban jornadas de trabajo iguales a las de un adulto, entrando en contacto con peligrosos pesticidas, enfrentando las adversidades del clima y del trabajo arduo, pero bajo remuneración segura: por día o por tarea.

Entre más tareas realizara una familia, más dinero podía reunir para su regreso a La Montaña. Por tarea, cada integrante recibía 69 pesos al día. Hace un año, justo dos días después de su cumpleaños número siete, cuando a Rosalva le faltaba uno para iniciarse como jornalera, ocurrió un accidente que cambió su suerte. Otro niño, David Salgado Aranda, fue atropellado por un conductor de tractores del campo de Agrícola Paredes, ubicada en la sindicatura de Costa Rica.

Tenía un año más que Rosalva. Ocho años que quedaron cercenados debajo de ese tractor, mientras trabajaba. Lo mataron el 6 de enero de 2007. Día en que muchos niños esperan los regalos de los Reyes Magos. No los niños jornaleros. Desde entonces, a ningún niño o niña lo dejan trabajar en los campos. Y si lo hacen, nadie les paga.

La casa de David está a media hora de la de Rosalva. En la comunidad de Ayotzinapa, donde hace unos días la mamá de David volvió a parir. Esta

María Luisa López

vez dio a luz a unos gemelos, que, a su corta edad, viajarán también a los campos agrícolas de Sinaloa, junto con sus padres. Como lo hará Rosalva. En enero de 2007 no fue la primera vez que ocurría una tragedia entre la población infantil que trabaja en los campos, pero sí la primera difundida masivamente, impulsada por el Centro de Derechos Humanos de la Montaña “Tlachinollan”, que a la fecha insiste con el caso.

La atención de organismos internacionales y medios de comunicación nacionales se volcó sobre la evidencia brutal de las condiciones en que viven y trabajan los infantes que migran hacia los campos agrícolas de Jalisco, Baja California, Sonora y Sinaloa.

De acuerdo cifras del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA), de la Sedesol, en el 2006 unos 40 mil 207 jornaleros migraron de Guerrero. De éstos, una tercera parte eran indígenas de la Región Montaña. Entre ellos, 3 mil 442 eran niñas como Rosalva de entre 6 y 14 años; 2 mil 728 eran menores de cinco años. Se calcula que son más, pues no todos los que llegan son registrados.

Alrededor de 70 por ciento de los niños y niñas que trabajan en todo el mundo, lo hace en el terreno agrícola, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). De estas estadísticas forman parte los niños de La Montaña. Pero no son un número. Todos tienen nombre y apellido. Como los tiene Rosalva Rivera Portillo. Como los tenía David Salgado Aranda. Las empresas que contratan a niños menores de 14 años violan la Ley Federal del Trabajo que permite el trabajo infantil sólo a niños mayores de esa edad. La OIT fijó en 12 años la edad a partir de la cual podría trabajar un infante, siempre y cuando realice esfuerzos menores que no obstaculicen su desarrollo.

En el caso de las labores agrícolas, donde los niños están expuestos a riesgos de accidentes por uso de maquinaria, al contacto con los peligrosos

Los niños de la miseria descalza

plaguicidas—que les puede afectar el sistema respiratorio, causar infertilidad o dañar el cerebro— y a bruscos cambios climáticos, estamos hablando de explotación laboral infantil. Es por eso que la muerte del pequeño David sacudió a la industria agrícola de Sinaloa, que dejó de contratar temporalmente a los infantes —o dejó de hacerlo abiertamente. La presión social orilló a que empresarios, gobierno federal y algunos campos agrícolas de Sinaloa firmaran un convenio donde se comprometieron a erradicar la mano de obra infantil.

También hubo anuncios gubernamentales para la creación de una “lista negra” de empresas agrícolas que contratan mano de obra infantil y a las que se les retirarían apoyos. No sucedió.

Igual se dijo que se obligaría a las empresas a incluir la leyenda: “este producto está libre de trabajo infantil”. No sucedió. No se convocó a la sociedad civil para la “gran cruzada contra el uso de infantes”. Tampoco se han cambiado las leyes que obstaculizan los operativos de vigilancia en dichas empresas. Muchas de ellas siguen contratando niños para trabajar en campos agrícolas de manera clandestina.

Otro de los planes fue brindar apoyo a niños y niñas migrantes a través del Proyecto Monarca, de la Secretaría de Educación Pública. Rosalva fue una de las niñas beneficiadas. Fue así como su familia recibió un apoyo de 400 pesos, despensa alimenticia mensual básica y materiales didácticos para estudiar. Asistió por primera vez, y durante tres meses, a un salón de clases. Así obtuvo el comprobante que muestra orgullosa como alumna del Programa de Educación Preescolar y Primaria para Niños y Niñas de Familias Migrantes (PRONIM), en la Escuela Emiliano Zapata del Campamento La Feria, donde tomó clase del 3 de enero al 25 de abril, en lugar de ir a trabajar al campo. Sin embargo, el programa no ha operado como debiera.

“Muchas empresas agrícolas no entregaron las becas económicas (menores a 900 pesos); otras más repartieron alimentos caducos como parte de la beca alimenticia, en algunos campos no tenían habilitadas ni guarderías ni escuelas para atender a la población infantil, y en otros, los niños no recibieron uniformes, ni útiles escolares”. Esto lo denuncia Margarita Nemecio, coordinadora del Área de Migrantes de Tlachinollan. Por eso, afirma: “Los niños de La Montaña de Guerrero son los vulnerables entre los vulnerables en esta historia de migración que lleva ya más de tres décadas”.

Bajo el argumento de no violar la ley, las empresas ahora dejan que los niños “acompañen” a sus familiares los campos. Pero ya no se les paga. Así que Rosalba no puede ya trabajar oficialmente en Sinaloa. Si se va con su papá o su mamá a cortar tomate no recibirá los 69 pesos por tarea, que servían para matar el hambre. Ni los 25, 30 pesos que le costaban un refresco y unas papas fritas. El pago de un día con dos tareas, que podría recibir Rosalba si la aceptaran como jornalera, serviría en Chiepetepec para comprar en un día 2 kilos de huevo –a consumir en una semana, unos cuantos chiles, ejotes, pan dulce, refresco de cola para compartir entre los seis miembros de la familia y quizá en casa de su tío Lucas y sus siete miembros. No más.

Quizá incluso es un cálculo elevado de lo que se puede comprar con casi de 140 pesos, que no alcanzarían para cargar su tanque de gas de 30 litros... Esa será la diferencia este año para la familia de Isidro. Como para muchas otras que deben viajar con sus hijos a los campos agrícolas. Esta vez tendrán menos ingresos, ya no contarán con el salario de los más pequeños, que les ayudaba a resistir el regreso a las carencias en La Montaña. Habrá entonces menos dinero: menos comida, menos ropa, menos de lo menos. Pero Isidro, el papá de Rosalba, no se queja. Él mismo reitera que sí, que tienen suerte. Al menos no se le ha muerto un hijo en los campos. Y qué más diera por no ir. “Me da lástima Rosalba, sin ir a la escuela... que no aprenda nada, como yo, que no sé *ni'ler*”.

Los niños de la miseria descalza

Pero no hay de otra. Los pocos trabajos de albañilería que a veces puede hacer en Chiepetepec cada vez son menos, y cada vez más mal pagados.

—La siembra de la *milpita* no da más que *pa'l maíz* de las tortillas, *pa'ir* medio comiendo... Acá ya no hay quehacer pues, no hay en qué trabajar. Por eso nos vamos todos a cada rato. ¿Qué hacemos aquí *nomás*? Aquí ni siquiera se puede sembrar marihuana, amapola *pa'venderla* y *vivir de'so*, como hacen acá no tan lejos.

Y tal vez tenga razón Isidro. Rosalva tiene suerte. Si así se puede nombrar al estar vivo. No la tuvo Estrella, quien se apagó. A los once meses de edad, falleció calcinada en un campo agrícola de Hermosillo, Sonora, donde se incendió la galera rural donde estaba la hija más pequeña de la familia Santos Nava junto con otros quince niños y niñas. Sucedió el 24 de mayo de 2008. No regresó a La Montaña.

También tenía once meses y se llamaba Marcial Solano González. Nació en Santa María Tonaya y murió dentro del campo Isabelitas, que pertenece a la Agrícola del Valle —en Villa Juárez del municipio sinaloense de Navolato—, debido a una enfermedad diarreica mal atendida en el Hospital General de la zona. Los empresarios se negaron a apoyar a Cecilia, su madre, para trasladar el cuerpo de su hijo de regreso a Santa María Tonaya, en el municipio de Tlapa de Comonfort.

A los 9 años se ahogó en un estanque del campo agrícola sinaloense Patole, de la Agrícola Exportalizas Mexicanas. Mario Félix Martínez murió poco después de haber terminado su jornada de corte de pepino, chile y jitomate, el 12 de abril de 2008. El certificado de defunción registra asfixia por inmersión como causa del fallecimiento. Ese día iba a regresar con sus padres a la comunidad de San Mateo, anexo de San Juan Puerto Montaña, municipio de Metlatónoc. Los empresarios tampoco apoyaron a su familia para trasladar su cuerpo a Guerrero.

María Luisa López

Timoteo no murió. Pero mientras jugaba dentro del campo agrícola El Carmen, de Ciudad Jiménez, Chihuahua, un chofer de 17 años que trasladaba a los jornaleros a las galeras donde vivían, aceleró en reversa sin ninguna precaución y prensó su brazo. La negativa de la empresa para atender rápido al niño, le provocó la amputación.

Todos estos casos están documentados por el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, organización no gubernamental que a lo largo de casi quince años ha brindado asesoría los indígenas de la región ante situaciones de injusticia y violación de derechos humanos, además de promover entre ellos el conocimiento de sus derechos económicos, sociales y culturales (DESC). ¿Cuántos niños de La Montaña habrán muerto en los campos agrícolas sin convertirse en noticia de ocho columnas? ¿Cuántos más morirán antes de que su situación cambie? ¿Cambiará?.

Rosalva Rivera Portillo se distingue entre los otros niños. Menudita, atenta a toda palabra, ojos sonrientes, negros, y manos inquietas, que constantemente ponen a pelear hormigas negras. No teme a los “bichos” ni a la oscuridad. La fragilidad de su cuerpo contrasta con la fortaleza de su carácter. No se inmuta frente a un perro muerto a mitad del camino, desangrado porque fue atropellado, o simplemente porque ya no resistió tantos días sin comer. La escena es cotidiana.

Con frecuencia hay una pregunta en su boca con la que anuncia el hambre por conocer y aprender. Sobre todo ante lo desconocido: ¿De dónde vienes? ¿Dónde vives? ¿Cómo es ese lugar? ¿Vas a la escuela?.

Dicen sus primos, Nico (lás), de siete años, y (For) Tino, de diez, que a ratos dice cosas de niño, mientras ella sostiene con una rama la culebra que mataron ayer fuera de su casa, sin miedo, contenta de estar rodeada también por sus primas Lupe, de seis años, Entifania, de siete, y Ovencia, de dos; además de su sobrina Brígida, de cinco o seis. Nadie en la familia sabe decir bien a bien cuántos años tiene.

Los niños de la miseria descalza

Rosalva no se queda callada, ni habla quedito como casi todas las mujeres adultas y niñas en esta comunidad. No baja la mirada ni camina con ganas de no hacer ruido, como su mamá. Es extraño ver una niña así aquí. Habla náhuatl, ella dice “mexicano”, y español bastante fluido, éste último lo aprendió en Sinaloa en los periodos de estancia por allá. Para Rosalva es normal ir y venir. Incluso dice que a veces le gusta más estar en Navolato. Y lo dice llena de risa:

–Es que allá sí voy a la escuela.

Luego, luego se pone seria, con una expresión seca, como de adulto enojado:

–Acá *nomás* piden dinero *par'ir* a la escuela. Y ni me quieren dejar entrar...

No habla mucho de la escuela a la que fue a principios de año en Navolato, pero se entusiasma cuando saca dos cuadernos, el par de lápices y colores de madera que le dieron allá y que guarda en la mochila azul marino, que dice, se llevará de nuevo en unos días.

Los primos la rodean y piden participar en “la clase” que Rosalva organiza para terminar el día. Ella les presta colores y unas cuantas hojas de sus cuadernos pero no los deja tocarlos. Nico viste camisa sin algunos botones, de un blanco perdido que evidencia varios días sin cambiar, y un pantalón desgastado, ambos cortos para su talla. A sus siete años asiste en Chiepetepec a primer año de escuela primaria, y no a segundo como correspondería a su edad en el sistema escolarizado de la SEP.

Él espera su turno detrás de Lupe, Entifania, Ovencia y Brígida.

–Uno, dos, tres, cuatro... cinco, seis... nueve. –*Nico* duda ante la observación de que se ha equivocado. Insiste en que el orden de los números que aprendió es la correcta.

María Luisa López

En Chiepetepec los niños migrantes no tienen acceso a la escuela. Aunque tengan derecho. Ni siquiera en los pocos meses que podrían estar en un salón de clase. Todo niño que viaja con sus padres a los campos agrícolas es rechazado para integrarse a las clases del sistema escolarizado de las escuelas de la SEP.

En esta comunidad hay un preescolar: Benito Juárez García; dos escuelas primarias: Leandro Valle y Kuayautital; y una de educación telesecundaria: Telpochcali. Pero por estos días ni cómo hablar con algún director o maestro de las escuelas. Es la semana del 15 y 16 de septiembre. Lunes y martes no hay clase. El resto de la semana, imposible encontrarlos. Los planteles permanecen cerrados hasta el siguiente lunes 22 de septiembre, aunque debieron regresar a clases el miércoles 17.

Pero Isidro, padre de Rosalva, relata que cuando él intentó llevar a Rosalva a alguna de las primarias de su comunidad, los profesores le dijeron que no la podían aceptar porque luego se iba a ir a los campos y “no tiene caso interrumpir el curso”. De acuerdo con datos oficiales, el programa PRONIM de la SEP sólo brinda educación a 4.1 por ciento de los pequeños jornaleros, a nivel nacional.

Y estos estudios, según explica Daniel Catalán, responsable de la Dirección General de Atención a Grupos Prioritarios de Sedesol en Tlapa, no tiene validez oficial para las escuelas de sistema escolarizado de las comunidades de la región que sí tienen escuelas. Sólo son válidos para el programa de atención educativa del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE). Para Rosalva de nada sirve. A Chiepetepec no llega el CONAFE.

Según cifras de la Coordinación General de Educación Intercultural y Bilingüe de la SEP, cada año 350 mil niños y niñas de todo el país emigran anualmente con sus familias en busca de trabajo e ingresos. De éstos, la mitad son indígenas, y un 42 por ciento padece algún grado de desnutrición que, según registros de Tlachinollan, puede alcanzar con frecuencia segundo y hasta tercero.

Los niños de la miseria descalza

Los relatos de otros padres de familia que migran en alguna época del año a los campos agrícolas coinciden: cuando intentan inscribir a sus hijos en estas escuelas los profesores preguntan a los padres si se irán a los campos agrícolas. Sí es así, la negativa para que los niños asistan al menos unos meses a la escuela, ya sea antes de partir o a su regreso a la comunidad, es rotunda. Y la desilusión para los niños que, como Rosalva, quisieran ir a la escuela, pesa. Cuando uno le pregunta si le gustaría ir a la escuela en Chiepetepec, duda un poco y luego responde: –No, porque ellos no me quieren. No los quiero.

Y si “ellos”, los maestros, la escuela, los niños que sí van, la institución toda, “no la quiere”. Pues ella tampoco los quiere. Y no quiere hablar más de ellos.

Algunos vecinos de la edad de Rosalva, que sí van a la escuela, no tienen mayor contacto con ella –excepto sus primos–, y si acaso cruzan miradas. A ella tampoco le interesa mezclarse con esos niños. No le gusta hablar de ellos.

Paradoja. Un día, antes de dormir, Rosalva dice que le gustaría ser maestra cuando sea grande. Y vuelve a sonreír.

La Montaña de Guerrero huele a olvido. Las distancias entre comunidades no hacen la diferencia. Alrededor del 80 por ciento de los hogares tiene al menos un migrante en otros estados del país o en Estados Unidos. Ante la falta de oportunidades de trabajo para los pobladores indígenas de esta zona, la siembra de enervantes –sobre todo en la parte alta de la Montaña–, ha aumentado de forma considerable. El secretario de Desarrollo Rural estatal, Armando Ríos Piter califica la situación de grave, ya que Guerrero está clasificado como principal productor de amapola y el tercer lugar de marihuana en todo el país. La pobreza de La Montaña de Guerrero contrasta fuertemente con la infraestructura hotelera y el glamour que abraza al turismo nacional e internacional de Acapulco y Zihuatanejo.

María Luisa López

En esta región se encuentra el municipio más pobre del país: Cochoapa el Grande, que no supera los niveles de desarrollo humano del África Subsahariana, de acuerdo con los índices de del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). La Montaña es capital, pero de la geografía de la miseria. No hay trabajo, no hay comida, no hay servicios básicos en la mayor parte de su territorio. Muchas veces no hay dinero siquiera para trasladarse de una comunidad a otra, así que se camina durante horas para conseguir leña, un poco de alimento, agua.

Por eso hay que irse a trabajar fuera. Si algo se produce en abundancia en la Montaña es mano de obra, que se explota en otros estados de México o en Estados Unidos.

El mismo olor se aspira en Chiepetepec que en Mini Numa, donde aún mueren niños por una diarrea. Donde para llegar hay que pasar horas de angustiosos trayectos en carretera irregular, interrumpida por derrumbes, deslaves o zanjas, en la que apenas cabe un automóvil. En Mini Numa los precios de los recibos de luz son muy altos –casi comparables con los de zonas urbanas–, pese al bajo consumo que se tiene. Ahí incluso llegan recibos de luz a la modesta clínica sin instalación eléctrica y que construyeron los propios habitantes.

Lo mismo a una hora de Tlapa de Comonfort que a 4 o 5 de ida y otras tantas de regreso. La pobreza huele a historias que se repiten y se repiten. Aunque sí... Los olores de la miseria tiene sus matices, ellos mismos, sus habitantes, los establecen.

En Chiepetepec, los nahuas adultos se refieren a “los de La Montaña”, cuando hablan de los mixtecos o *Na sav* –como son los habitantes de Mini Numa–, y de los tlapanecos o *Me' phaa*, aunque ellos también son “los de la Montaña”. Y a su vez, cuando los nahuas caminan entre los habitantes de Tlapa de Comonfort, a veces se les mira raro y también se les llama en

Los niños de la miseria descalza

tono despectivo: “los de la Montaña”. Aunque en Tlapa mismo comienza la Región Montaña. Aunque todos son parte de ésta.

Pero es cierto. Todos juntos son lo mismo con sus diferencias. Nadie, los escucha, nadie se pregunta si comen, duermen o sueñan... Rosalva dice que no sueña y guarda silencio largo rato cuando escucha hablar de eso. Nadie piensa en ellos, sobre todo en los niños. Nadie los ve. Son indígenas y jornaleros. Llevan sus días y sus pies descalzos.

Así crecen estos hijos de la incertidumbre. Estos niños que van y vienen de esta tierra que los expulsa y los llama. Crecerán y tal vez hablen de “los de La Montaña”, cuando ellos son La Montaña. El rechazo se vuelve rechazo. Dicen por ahí que infancia es destino.

Rosalva no vive sin ellas. Siempre trae flores a casa. Cada mañana, cada tarde, cada noche. Amarillas, moradas, rojas. Pequeñas, grandes, diminutas. Cada día Rosalva se regala y regala flores. Rosalva va recogiendo flores y flores. Trepa, sube, baja, salta. Para alcanzar una de ellas, roja y enorme, se resbala en el lodazal que ha traído la lluvia de los últimos días. Su mano la detiene de caer con toda su cara sobre el lodo y cuando la huele al levantarse, se asquea y luego ríe.

—*No cierto*, no huele feo. —Dice a gritos *Nico*, que va a un lado de Rosalva—.

—Sí, sí. Huele a caca. —Responde Rosalva a su primo de forma natural y no se siente apenada ante la mirada extraña. Pero corre huidiza por otro ramillete de flores.

A Rosalva también le causan risa estos cerdos nada robustos que actúan como perros en las calles de Chiepetepec. Son muchos en verdad. Tantos como perros. Cerdos que salen y vuelven a las puertas de las casas, buscan la mano que les dé comida, como perros. Buscan comida entre la basura,

María Luisa López

como los perros. Se tienden a medio camino para tomar el sol hasta cansarse para buscar incansables un charco donde beber agua. Cerdos que han aprendido a ser como perros. Sus heces fecales tapizan las calles sin nombre de este pueblo. Se mezclan con las de los perros, las de los niños. También de adultos, de burros, de chivos y de reses.

La basura tampoco se esconde, está a la vista en todas partes, casi siempre entre plantas, flores y árboles que se aferran a crecer pese a todo. Igual que Rosalva.

Hay muchas flores en Chiepetepec, sobre todo cuando llueve, pero no huele a ellas en el pueblo sino a mierda. A eso huele todo el tiempo. Es el retrato de la carencia. Hasta el más ateo aceptaría que estos niños de La Montaña son una especie de milagro.

Rosalva casi no se enferma. Pero otros no tienen tanta suerte. Ahí está Panchito, el hijo de Marco –hermano de Rosalva–, quien junto con María, su esposa, viven también en casa de Isidro. Tiene un año dos meses y aparenta menos por su tamaño. Durante varias noches una tos necia y la congestión nasal casi no lo dejan dormir. Encima lleva en el cuerpecito una erupción cutánea. No lo han llevado al doctor en casi dos semanas, desde que empezó el brote en sus piernas, y ahora ya va por su cara. Él también viaja con sus padres y abuelos a Navolato.

Chiepetepec es una de las comunidades “afortunadas” de La Montaña. Aquí sí hay un Puesto de Vacunación Universal, que hace las veces de pequeñísima clínica de la Secretaría de Salud. De lunes a viernes el doctor Luis Barrientos Lemus –y no un técnico de atención a la salud como los hay en otras comunidades, quienes deberían asistir a un médico y no sustituirlo–, atiende a quienes confían en la medicina científica. Por esta región en donde todavía se busca la ayuda del yerbero. Mientras atiende a una pequeña bebé de cuatro meses con neumonía, cuya madre tuvo que

Los niños de la miseria descalza

gastar 600 pesos en medicamento (el ahorro de varios meses, con dinero enviado por un hijo mayor que se fue a Estados Unidos), ya que en la clínica no hay abasto diverso y suficiente, el doctor Barrientos Lemus confirma que la época de lluvias es la peor para los niños.

Aumentan las enfermedades gastrointestinales debido al agua encharcada y sucia en la que a veces juegan o “se lavan” las manos, y porque el agua que se consume casi nadie la hierve a pesar de las recomendaciones médicas. También sube el número de niños con mal funcionamiento de vías respiratorias. Hoy tuvo cuarenta consultas y la mayoría fueron por ambas razones.

Afuera Rosalva y sus primos juegan con sus pies descalzos en charcos de agua sucia. A unos pasos de este centro de atención médica básica, se encuentra la clínica de salud que debió inaugurarse en 2007 en Chiepetepec. Está vacía. No funciona.

No hay baño. No hay regadera. Casi no hay agua.

En Chiepetepec, entre sus mil 879 habitantes es difícil encontrar un baño dentro de una casa. Hay muy pocas letrinas. La red de drenaje se empezó a construir hace dos años y no se ve para cuando se termine.

Pero no hay opción. Aquí se respira suciedad. Aún así, a Rosalva le preocupa no verse sucia. Su aseo diario consiste en ir a un pequeño nacimiento de agua natural que está afuera de su casa –donde también lavan ropa y trastes. Se enjuaga el rostro, manos y pies, haga frío o calor. En mejores días –una vez a la semana quizá–, como hoy que la mañana no está tan fría, se puede dar un baño con un poco de agua guardada en cubetas que ella misma a veces carga con dificultad. Otros niños dejan pasar muchos más días para ese tipo de aseo, se les nota. Pero tampoco les preocupa. Semidesnuda al paso del camino, Rosalva se cubre de la cintura para abajo con una vieja y desgastada

toalla que a veces le sirve de suéter por las mañanas, y se echa encima un poco de agua, y por fortuna, hoy sí hay jabón. Luego entra en casa y corre a un pequeño banco de madera donde hay una botellita de aceite para bebés y se embarra unas gotas en el cabello. Lo cepilla con ese viejo peine de gran tamaño y se lo amarra en una cola de caballo. Presume su peinado y al decirle que se ve linda, estalla en sonrisas. En sus oídos se nota la dificultad de la limpieza. Pero aún así luce hermosa con sus ojos negros e inquietos que seguro podrían tener más brillo si comiera mejor.

Tocarle la cara y darle un abrazo parece prolongarle esas sonrisas a lo largo del día, se pone de muy buen humor y quiere recorrer de nuevo el pueblo y enseñar la iglesia, el altar a San Miguel. Ya se acerca la celebración. En Chiepetepec todavía se cree que la fe mueve montañas.

Tino y *Nico* no irán a Sinaloa. Se quedarán solos en casa, cuidándose el uno al otro con sus diez y siete años. Por ahí los familiares les darán una vuelta para ver que estén bien y que vayan a la escuela. Lucas –hermano de Isidro– y Entifania, sus padres, creen que deben ir a la escuela aunque se queden solos.

A pesar de la diferencia de edad, ambos cursan el primer grado y el más grande, *Tino*, dice que un maestro le enseñó las vocales en este orden: “a, e, o, u, i”, y no como se las aprende la mayoría de los niños. De nuevo se recarga, de pie, sobre la orilla de la mesa y bajo la poca luz del atardecer vuelve a escribir “a, e, o, u, i”. Insiste que es la forma correcta de escribirlas. – ¿Cómo *vástar* mal, si así me la enseñaron en el salón? –Pregunta de nuevo y se queda pensando en ello un largo rato. Luego vuelve a la mesa para terminar una plana de vocales para llevársela al maestro cuando vuelva a la escuela y preguntarle también a él cuál es el orden correcto.

Ninguno de los dos sabe leer. Ni siquiera pueden escribir su nombre. A diferencia de Rosalva, aunque cuando lo intenta escribe “Rosolv”.

Los niños de la miseria descalza

Y también se aferra a no cambiar la “v” por la “b”. Hasta le pide a su papá ese papel de cuando nació (su acta de nacimiento) para comprobar que su nombre es “Rosalva” y no “Rosalba”.

Nico por su parte, dice de corridito los números del uno al diez. Pero cuando se pone a hacer una plana de ellos, señala el siete como nueve, y el seis como diez. Sólo identifica muy bien del uno al cinco.

Rosalva encabeza la petición. Me pide que le de unas clases, pero a lo largo de una semana ella y sus primos, además de un par de niños vecinos, lo repiten con insistencia por las mañanas o las noches. Todos se esfuerzan, preguntan, escriben y repiten. Piden y piden “clases”. Los que van a la escuela y los que no. Los trazos de Rosalva son similares a los de una niña de preescolar o que acaba de ingresar a la primaria, de alguien dos o tres años menor que ella. Pero se esfuerza todo el tiempo por hacerlo bien.

Magdalena, su madre, quien casi nunca habla frente a extraños, se ríe gozosa cuando Rosalva termina sus tropiezos entre la “oo” y la “uuu”. De tanto escucharla repetir las vocales, su padre también va memorizando las letras y la anima a continuar esa plana de vocales en el cuaderno que le dieron en la escuela de Navolato. Isidro tampoco sabe leer ni escribir. Pero, como muchos hombres que migran a los campos agrícolas, sabe firmar. Firma que le ha servido para realizar trámites como la obtención de la credencial de elector, vital para identificarse al ser contratado en los campos agrícolas.

Si algo le gusta de sí misma a Rosalva, es su cabello. Le llega debajo de la cintura. Dicen sus padres que nunca se lo ha cortado.

En cambio a su sobrina Brígida, tuvieron que raparla el año pasado. Cuenta Isidro que ese día ambas, Rosalba y Brígida, subieron por una escalera de madera a la azotea de la casa. Andaban por allá arriba, cuando de pronto

Brígida resbaló y cayó. El golpe, la sangre... de cabeza fue a dar la niña en una piedra que da hacia una casa contigua. Un poco más y hubiese rodado entre más piedras camino abajo. Pudo haber muerto. Nunca llevaron a Brígida al hospital. Jamás la revisó un médico.

—No había dinero *pa'eso*. Así que nosotros la revisamos pues. —Dice Isidro—. Su abuelo Isidro, que ahora es como su padre —porque su hija se la dejó “encargada” cuando decidió vivir en Oaxaca con un hombre que no era el padre de Brígida—, piensa que tal vez sí quedó “mal de su cabeza”, porque a veces parece que no entiende lo que le dicen. Se queda como si no oyera, “*quen sabe*”.

En los días siguiente Brígida no presenta uno de esos episodios. Parece estar bien. Ríe mucho, aunque habla poco y lento para sus aparentes cinco o seis años. Ella no ve a su padre y muy poco a su madre. Se cuida sola la mayor parte del tiempo, como casi todos los niños de Chiepetepec. A lo largo de varios días intenta aprender a escribir y a pronunciar las vocales sin lograrlo. En vez de eso, termina una plana de lunas y estrellas que ilumina con colores que, con cierto recelo, le presta Rosalva.

Una o dos comidas al día. Todo depende del dinero que se consiga. Ya es muy poco para estos días... El costal de maíz que aún queda para moler maíz ayuda a tener al menos tortillas para comer los días previos a la salida. Por eso urge viajar de nuevo a Sinaloa. Isidro ya no sabe qué hacer. En años pasados, para estas fechas ya llevaban dos semanas trabajando en los campos de tomate. Y sólo basta con llamar a la empresa Agrícola La Primavera, para que ésta envíe los camiones que llevarán a la cuadrilla de 30 a 40 trabajadores al campo tomatero.

Pero Isidro, quien no es contratista pero sí coordina a los migrantes que se irán con él y su familia, no puede hacerlo aún. A lo largo de una semana gasta 60 pesos en cuatro traslados Chiepetepec-Tlapa-Chiepetepec para

Los niños de la miseria descalza

acudir a las oficinas del Sistema Nacional de Empleo, donde le dan largas sobre el posible día de entrega de los recursos. Cansado, a diario hablando con Juanito y otros migrantes de Chiepepepec, Isidro explica que no se pueden ir sin ese apoyo, porque no tienen dinero para comer los dos días de viaje que hacen a Sinaloa.

Llegar sin dinero implica endeudarse con las tiendas de raya, los comercios establecidos estratégicamente cerca de las galeras donde duermen y comen los migrantes, donde los costos de los alimentos son muy altos y las ganancias se las quedan los mismos empresarios agrícolas o a sus familiares. Por eso los mil 200 pesos que proporciona el Sistema Nacional de Empleo le resultan indispensables a la familia de Isidro para viajar a Sinaloa y aguantar a que llegue el primer sueldo de la temporada.

Entre su desaliento por la falta de dinero, Isidro dice que le gustaría más quedarse, pero “¿pa’ qué? Nos tenemos que ir y pronto”.

Rosalva se mantiene ajena a la desesperación de su padre, que a pesar de todo, cuando hay visitas en casa ofrece algo de comer (“hay que ver cómo se le hace”). Lo que se pueda. Y lo consigue. Un día, sobre la mesa para el desayuno: huevos revueltos y tortillas; en la comida un bistec de cecina que se reparte en 5 porciones (Magdalena no come); y en la cena, tortillas y ejotes en salsa roja, muy picosa. Otro día habrá por la mañana huevos, y por la noche pan con agua de sabor a café. Tortillas, eso sí, muchas tortillas. ¿Qué harían sin el maíz de ese gran costal al que por las noches atacan los ratones?.

En casa de Rosalva no se usan cubiertos. Se come con las manos y las tortillas. Casi nunca y casi nadie se lava las manos antes de ir a la mesa.

A lo largo de una semana Rosalva no toma leche, ni siquiera se bebe los suplementos alimenticios en polvo que a veces reparte el gobierno estatal

María Luisa López

en la región de La Montaña, y que ayudaría a disminuir el alto porcentaje de niños desnutridos hasta en un tercer grado. Lo que sí consumen todos en esta casa, es refresco de cola. De hecho es común ver camiones de estos refrescos internarse por toda la Montaña para su repartición. A falta de agua...

No importa si es lunes o domingo, miércoles o sábado. Aquí la vida es lo mismo todos los días. Llueva o haga sol.

—No hay mucho que hacer por acá. Hay que darse unas vueltas por el pueblo *pa'no* aburrirse pues.

Eso dice Isidro, pero su esposa Magdalena no parece tener tiempo para el aburrimiento. Desde temprano se ocupa de moler el maíz y de las tortillas. Si hay suerte y el agua llega, casi siempre, cada dos o tres días, se pone a llenar esos tambos de agua que al cargar parece que van a quebrarla de lo delgadita que es. Hace de comer, sirve de comer, va y viene, va y viene. Mientras, los hombres esperan sentados la hora de la comida, al menos una al día. Y si hay visitas, Magdalena no se sienta a comer a la mesa. Ella debe atender a su familia y a las visitas.

Aunque Rosalva hace “cosas de niños”, también tiene que hacer “cosas de niñas”. Ni modo. A ratos le ayuda a su madre con todo lo que puede. Y como ella: acarrea agua, le ayuda con la comida. De pronto Rosalva ya es grande. Toda una madre de ocho años. Aquí y en los campos agrícolas, las niñas casi siempre son madres de sus hermanos. Se les puede ver pequeñas, cargando y cuidando a los que aún son bebés.

Una noche, Panchito se ha quedado solo, al parecer dormido en la hamaca, mientras sus abuelos y su madre han salido a visitar otra familia que también se irá en unos días a Sinaloa en el mismo grupo.

Panchito despierta llorando. Rosalva abandona ese libro que le prestaron y en el que mira muy interesada las fotos, que son justamente de migrantes en los campos agrícolas. Brinca rápidamente del suelo y va por él. Regresa con

Los niños de la miseria descalza

Panchito entre sus brazos. Se tropieza en el camino, pero no cae, por suerte.

—Ya bebé, ya. No llores

Consuela Rosalva al pequeño de un año, y pide ayuda para detenerlo mientras corre a preparar su mamila con leche en polvo.

—¿Sabes prepararla? —se le pregunta.

—Sí --dice muy segura de lo que hace. Ya se ha la he preparado muchas veces. Nada más le pongo una cucharada.

Y la niña le añade una sola cucharada a un biberón con ocho onzas de agua tibia que no se ha hervido, que se ve un poco turbia. Rosalva vuelve por Panchito. Se sienta en el petate. Lo carga y le habla como si fuera su madre. Lo abraza.

Luego de un rato entra su hermano Marco, quien permanecía afuera platicando con un grupo de amigos. Por fin a Panchito lo cuidará su padre y no Rosalva con sus apenas ocho años de edad.

Pero Rosalva ya es grande para esto. Hace cuatro o cinco años en Sinaloa ya cuidaba a la hija de Florencia, otra de sus hermanas. Poco después, Florencia dejó de vivir en casa de Isidro, pero a Rosalva le tocaba cuidar a su sobrina cuando era una bebé de meses, mientras su mamá y todos los adultos se iban a trabajar al campo. A Rosalva nadie la cuidaba. Ella ha sido siempre una niña grande.

Los recuerdos de esos días se interrumpen cuando su mirada llega hasta esas flores moraditas que en la tarde puso en la mesa. Corre a ponerlas en agua, “poquita porque ya casi no hay”.

Luego Rosalva cuenta cómo juega a veces con sus primos a que se matan. Que tienen pistolas y se disparan: “Pun! pun! pun!” ¿Dónde aprendió a jugar eso? En Sinaloa, dice muy divertida, ¿quién le enseñó? “Otros niños *que estaban* en la escuela”.

María Luisa López

De esos mundos de pistolas y muertos Rosalva sabe por lo que ve en el viejo televisor. Lo mismo que los otros niños que fueron sus compañeros en la escuela de Navolato hace unos meses. En la falta de atención de sus padres, dadas las jornadas de trabajo. Estos pequeños también se van convirtiendo, como los niños de zonas urbanas, en hijos de la televisión.

Al día siguiente, antes de dormir ve con sus primos y su hermano en el viejo televisor que compraron en Sinaloa, esa película mexicana de los años 70 en la que Valentín Trujillo interpreta a un niño abandonado en la Ciudad de México, que crece en un entorno violento y de delincuencia en el que acaba inmerso: “Perro callejero”.

En esta región de México de la que casi nadie parece acordarse, la vida también es muy difícil para otros personajes sin fortuna: los perros. Y abundan. Casi todos tienen miedo, en particular de los niños, aunque a los adultos también les temen.

No hay miradas más tristes en este pueblo que la de estos perros.

Todos los primos de Rosalva corren por la calle en busca de piedras. Las arrojan al mismo tiempo a un mismo perro que cruza la calle, olfateando un pedazo muy pequeño de tortilla. Una de las piedras le cae en un ojo a uno de ellos y sale corriendo. Aullando de dolor.

Aquí sí se escucha ladrar a los perros. Con más frecuencia, aullar. Este es uno de los pasatiempos preferidos de los niños en Chiepetepepec: golpear perros.

Aunque en casa de Isidro no aparenta haber un entorno violento, más que la relación con los perros, el mismo Isidro y su amigo Juan, cuentan que cada vez más se escuchan historias de mujeres que se pelean a golpes con sus esposos a causa del alcoholismo.

Los niños de la miseria descalza

Eso es lo único que intimida a Rosalva cuando camina por las calles del pueblo: “Ahí viene un loquito”, dice cuando encuentra en el camino a un hombre ebrio.

Al hablarle a Rosalva del dolor que le puede provocar a esos animales con los golpes, se queda pensativa y luego de un rato dice: “Yo casi no les pego... pero ya no lo voy a hacer”. Al siguiente día le dará una caricia a una perrita que acaba de sobrevivir a cuatro cachorros a los que amamanta a pesar de estar en los huesos, y su rostro registrará la sorpresa de quien pareciera nunca antes haberlo hecho.

La misma sorpresa le provoca a Rosalva ver que Elizabeth y Juana, con quienes no habla, le dan de comer a sus dos perros, allá, al otro lado del pueblo. Es una extrañeza ver esto en Chiepetepec. Sus padres les han inculcado no agredir a los perros, después de todo, ellos les ayudan a cuidar a sus gallinas o guajolotes de los zorros. Los ahuyentan para que no se los coman. Así que hay que tratarlos bien. Y lo hacen desde hace cuatro años, cuando dejaron de viajar a Sinaloa. Ambas trabajaron en los campos de tomate y pepino.

Elizabeth ni se acuerda, pero cuando tenía como dos años, casi la atropella un tractor en Sinaloa. Ahora tiene trece años y toda su familia ya se queda en Chiepetepec. Bueno, sus hermanos mayores viven en Nueva York desde hace un par de años y mandan dinero para ayudar a sus papás con los gastos de la casa.

Elizabeth ya debería estar en la secundaria, pero la migración no le dejó tiempo para la escuela durante mucho tiempo, así que está cursando el quinto de primaria. Juanita sí se acuerda de las duras jornadas en los campos agrícolas.

—Era de todo el día cortar pepino... Era una friega.

María Luisa López

Ahora, a sus dieciocho años, ya tiene dos hijos, de uno y dos años, cuyo padre está en Estados Unidos, “porque acá no había qué hacer, en qué trabajar”.

Otro día, mientras Isidro vuelve a trasladarse a Tlapa para ver si ya le van a dar su apoyo en el Sistema Nacional de Empleo, Rosalva camina por Chiepetepec con sus primos y otros niños vecinos. De pronto, todos corren muertos de risa hasta llegar a la puerta de una tienda. Se abalanzan sobre un huacal y comienzan a saquearlo. Cada uno se lleva naranjas y guayabas que no han comprado. El dueño de la tienda coloca en esa caja la fruta o la verdura que ya no venderá porque se está echando a perder, y deja que los niños se las lleven si quieren.

Estos pequeños se carcajean con el “obsequio”, juegan un poco con la fruta entre sus manos y luego comienzan a comerla así, sin lavar y aunque esté un poco podrida. Después de todo no hay dinero para comprar un melón, una manzana o unas peras. Esto es lo que hay para comer, y se come.

Más tarde, cuando Isidro vuelve de Tlapa, sin respuesta positiva para la entrega del apoyo económico que le permitirá viajar a Sinaloa, éste se acuerda de cuando era niño. Él no tuvo que migrar entonces. Había trabajo: se podía vender algo de la cosecha, o se hacían trabajos de limpieza en otras casas o de albañilería. Ahora ya casi nadie paga por eso.

No había que salir de la comunidad, la siembra daba más que para comer, ahora ya hasta la tierra cambió.

—*Ora* ni eso... Ya ve, el esposo de una de mis hijas hasta se tuvo que ir a Estados Unidos, pues, porque acá cada vez hay menos. Ya hasta *toy* pensando quedarme allá, en Sinaloa, pero *pos* no sé. Este es mi lugar, pero *pos* ya no somos ni de aquí ni de allá.

Isidro se queda callado y la sonrisa se aleja un buen rato.

Los niños de la miseria descalza

—Allá por lo menos sacamos *pa'frijoles* todos los días, aunque las cuentas de las tiendas de raya también son pesadas.

A Rosalva le tocó otra historia, ésta donde ella no extraña lo que deja, o eso dice. Desde que nació aprendió eso, su vida es ir y venir. Pero destaca. También le gusta un poco ser la líder, la que manda, la que dice qué hacer, aquí o allá.

Pero si se trata de despedidas, ella lo sabe. No queda otra: Vivir el hoy. Así que da la vuelta y no mira más lo que quedó atrás, ni siquiera para agitar la mano en señal de afecto. Esa es su vida: Chiepetepec-Navolato-Chiepetepec. Hoy estamos. Mañana no. No hay que aferrarse a nada ni a nadie. Ni al sucio oso de peluche que le regalaron en Navolato y con el que ahora juega en Chiepetepec. Ni al extraño que le resulta empático.

Se dice adiós y ya.

Rosalva se transforma en un adulto de expresión seca, dura, que no llora, que no pregunta, que no desea tener lo que no conoce. Eso la ayuda a sobrevivir, lo sabe casi desde que nació.

—¿Vas a regresar?

—Me pregunta Rosalva con un aire de enojo en sus palabras—.

—No lo sé. No muy pronto. Tú también te irás de viaje.

—Sí. Ya lo sé. Como siempre.

Si días atrás Rosalva era cariñosa. Ahora casi se niega a un abrazo.

Tres semanas más tarde, Rosalva se irá a Navolato con su familia. Este aire terco que se cuele por donde quiera, tal vez la recuerde, cuando toque esas últimas flores de octubre que arrancó *alláfuera* y las huellas de sus pies descalzos sobre la tierra.

Comentarios al margen. *A ellos que siguen en pie trabajando y luchando...*
Por Alberto Márquez

Son admirables los jornaleros de la sierra de Guerrero, familias enteras que dan su vida al campo para poder tener algo que comer, que viven en una situación más que precaria dentro del ámbito social, marginados, desnutridos y sin educación, y las autoridades ¿dónde están?, gracias a estas familias tenemos que comer ya que ellos trabajan el campo, les debemos de dar una calidad de vida igual o superior a la nuestra, la SEP, institución que se creo para regular la educación que es laica y publica, para todos los nacidos dentro del estado mexicano, ¿qué esta haciendo?, los niños jornaleros necesitan estudiar para salir adelante, si de por si la educación es básica para poder subsistir en un trabajo y poder vivir, ahora ellos..., seguirán si, bien dice la parte psicoanalítica que infancia es destino, desafortunadamente para estos niños no es así pero las autoridades, en vez de debatir en una reformas energéticas y de debatir si se decide subir la gasolina o de cuanto se subirán el sueldo para el siguiente año, deben de ponerse a trabajar para regular estrategias reales para poder sacar de la miseria a estas familias que viven en condiciones inhumanas.

También es importante recalcar el espíritu de pelea que tienen los jornaleros entorno a esta situación, pelean y viven (mas bien diría sobreviven, lo cual es una triste realidad) ellos que siguen en pie trabajando y luchando mostrando una fortaleza admirable aun viviendo en estas circunstancias.

El reportaje deja ver algunos de los aspectos de la vida de los niños y niñas jornaleros, cuando están en lo que los estudiosos del tema denominan zona de atracción. La vida en esas zonas de atracción transcurre en grandes galerones en donde se respira trabajo, en donde se sudan jornales.

Los niños de la miseria descalza

Una promotora que trabaja en los campos agrícolas de Sinaloa me compartía que la impotencia se desborda cuando uno llega a los campamentos agrícolas, los niños y niñas viven día a día entre la guardería y su cuarto; doce horas están “depositados” entre las paredes de la estancia infantil, llegan a las cinco o seis de la mañana y se van a las cuatro o cinco de la tarde; ahí comen y duermen; jugar, dibujar, cantar o contar cuentos son actividades que los niños y niñas están dispuestos a hacer pero solo ven televisión; así se va la vida y así viven su infancia. Sus risas se perciben poco, los llantos de los más pequeños son más fuertes y puede durar casi toda la jornada solo piden atención así como los niños ausentes frente al televisor. Su vida en el campamento no cambia mucho de la guardería, los más pequeños juegan afuera de su cuarto entre la tierra y las cuarterías, algunos lloran siguiendo los pasos de su mamá. El hacinamiento, la insalubridad y la violencia es lo cotidiano, así viven su infancia.

Ya para finalizar hacerle notar a las autoridades y a los grandes empresarios que los seres humanos no son capital que se pueda usar denigrando la integridad y modo de vida, sino que también recuerden que gracias a ellos y a nosotros como ciudadanos de este país ustedes empresarios y sector político tienen trabajo.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

A sus 19 años, Mónica Feliciano Toribio dio a luz a una bebé en el patio de su casa.

A pocas horas de haber parido, la bebé murió. Tenía lesiones en la cara, en el pómulo, en el cuero cabelludo, en tórax y cuerpo; uñas marcadas en el cuello y miembros superiores; el cráneo fracturado y una hemorragia interna. Todo indica que Mónica la golpeó hasta matarla.

Desde ese 13 de marzo del 2008, cuando sucedieron los hechos, Mónica quedó prácticamente muda. Lo primero y casi único que dijo fue que ignoraba que estuvo embarazada. Algunos vecinos dieron parte a la policía y personal del hospital acudió a la casa para rescatar a la niña pero no se pudo hacer más por ella. Hoy Mónica enfrenta un proceso por el delito de homicidio agravado, pero parece no querer defenderse; no se reconoce culpable aunque tampoco responsabiliza a nadie de lo ocurrido. Se comporta “extrañamente”, según los abogados que la vieron y pidieron que se le realice un examen psiquiátrico.

Pudo haber sido el estrés, los problemas familiares, el trabajo... Una niña menos en Ciudad Juárez. Es tan normal aquí la muerte de niños. Le pasó a esa bebé, y antes a Brandon, a Irvin, a Estrella, a Anahí, a una larga lista de niños y niñas desconocidos por los que no se exige justicia.

Joselín tenía un año y Brandon cuatro, cuando prendieron en llamas junto con la casa de cartón donde vivían y donde sus padres los dejaban encerrados mientras trabajaban como veladores en una maquiladora.

Irvin, su hermano mayor, murió calcinado. Tenía cinco años. En un tinaco metálico de 200 litros, lleno de cemento, abandonado en una choza de

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

cartón, fue encontrado el cuerpo de Airis Estrella. La última vez que la vieron con vida pasaba por una tienda de abarrotes, antes de que la raptaran, violaran y asesinaran a golpes. Estrella tenía siete años.

A Anahí la envolvieron en un colchón y le prendieron fuego. El hombre que se metió a su casa —donde ella cuidaba de su hermanita de año y medio, y de una vecina de tres mientras sus mamás trabajaban en la maquiladora— quería borrar las evidencias de su crimen: la asfixió al taponarle la boca para que no gritara mientras la violaba. Anahí tenía diez años. Los niños fueron encontrados muertos el mismo mes de 2005. Todos vivían en esta ciudad fronteriza con Estados Unidos, conocida internacionalmente por los asesinatos irresueltos de mujeres.

Los periódicos de esta ciudad con frecuencia consignan historias de niñas y niños calcinados, violados, descuartizados, asesinados, abandonados, ejecutados. Sus muertes no causan tanto impacto como las de las mujeres. Las suyas se ven normales.

Las desgracias infantiles ocurren casi siempre en colonias sin servicios, construidas lejos del centro, sobre los arenales, en esos lugares donde afincan los recién llegados de todo el país que quieren tener un lugar propio donde establecerse o que vieron frustraron su ingreso a Estados Unidos.

Esta ciudad, como ninguna otra, abre sus puertas para los migrantes y les ofrece lo que no encuentran en sus lugares de origen: trabajo. Esta es la ciudad de las maquiladoras que nunca paran; de las fábricas ensambladoras a las que a toda hora entran y salen hombres y mujeres uniformados, que se turnan todo el día y toda la noche para no dejar caer la producción. Los jóvenes que buscan oportunidades, en cuanto encuentran trabajo se establecen en esta frontera industrial, pronto conocen a otra alma sola, se casan y se reproducen en un porcentaje tan alto que a Juárez se le ha llamado “la ciudad de los niños”. No hay otra ciudad en todo el país con

un grado tan alto de infantes entre cero y catorce años de edad y que concentre, a la vez, tantas mujeres en edad reproductiva.

Producción y reproducción no cesan. Las obreras de las maquiladoras también son mamás, muchas de ellas madres solas que salen de sus casas cuando sus pequeños aún duermen y llegan cuando ya es noche y están por acostarse. La producción no puede parar, sus hijos e hijas pueden esperar...

Como Bryan. Karen Oropeza, su madre, de 18 años de edad, estuvo a punto de perderlo por lo que pareció un descuido. Mientras ella realizaba labores del hogar, Bryan –de un año y tres meses de edad– cayó en una cubeta con agua y casi se ahoga. Médicos de la Cruz Roja lo atendieron y el niño sobrevivió al accidente doméstico. Sin embargo, al revisarlo, descubrieron que Bryan no sólo tenía los golpes de la caída, también presentaba “antiguas lesiones en diferentes partes del cuerpo, por lo que se presume es un caso de maltrato infantil”.

Los médicos no se sorprendieron. Ellos consideran “común” que las madres jóvenes no pongan atención a sus chiquillos, dicen que la juventud y la inexperiencia influyen para que ocurran estos descuidos, y la desesperación provoca que se desquiten con ellos. Los especialistas no se sorprendieron al recibir el llamado para revivir a Bryan porque en esta ciudad atienden diariamente casos de accidentes infantiles con huellas del maltrato infantil. Tan sólo de 1998 al 2002, las autoridades de Desarrollo Social, contaron 3 mil 200 muertes de niños y niñas menores de diez años lo mismo asesinados que por descuido. Mueren casi dos niños por día.

Otros no mueren, pero como Bryan, sufren a diario vejaciones y maltrato. Si no es físico, es emocional. Son abandonados y dejados a su suerte todo el día, durante toda la semana. Por eso, Juárez se ha convertido en un semillero de niños que pasan sus días encerrados en casas tan pequeñas

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

donde no hay espacio para el juego o de niños libres en la calle sin adultos que los cuiden.

Entre las colonias de la periferia donde se levantan tolvaneras de arena gruesa y donde aparecen cuerpos de mujeres asesinadas, se ve a grupos de niños y niñas caminando solos. Se les ve en parques de cemento grafitteado o vagando con pandillas de adolescentes. Juegan fútbol hasta el anochecer. Pasean por la arena que sirve de calle y sin rumbo fijo. A otros se les ve mirando a la calle a través de la ventana de la casa donde los dejaron encerrados.

Cuando los pequeños se despiertan por la mañana, no encuentran a ningún adulto en casa. Ayudados por el hermano o la hermana mayor se alistan para ir al kinder o a la primaria. Regresan y pican algo de comer o se aguantan el hambre. Salen a la calle a buscar compañía. Matan el tiempo mientras esperan que regrese papá o mamá, quienes les hacen compañía sólo con la respiración de la siesta, de tan cansados que salen de las maquiladoras.

“Mi mamá está dormida”

Juanito es inquilino de uno de estos arenales convertido en Tierra de Nunca Jamás, porque en su colonia no se ven adultos en la calle. Casi todos están trabajando o durmiendo.

Mientras sus hermanos –Laura, Quico y Karla, de siete, nueve y doce años– asisten a la escuela, él queda a cargo de su abuela que lo deja en la calle cuando calcula que Karla ya salió de clases. No se fija si la nieta efectivamente llegó, la abuela igual lo deja que salga. Juanito vaga todo el día, pasea por el baldío que es punto de reunión de bandas de “cholos” que a veces se acuchillan entre sí. Mira a algunos inyectarse droga, sube y baja la resbaladilla, juega a las escondidillas en una construcción abandonada que los vecinos usan de basurero, ve pasar al loquito de la colonia que se desnuda y avienta botellazos a la menor provocación, pide que alguien

–quien sea– impulse el columpio en el que está sentado.
–Juanito, ¿cuántos años tienes?– se le pregunta un día que pasea libre en el único parque de la periférica colonia Díaz Ordaz, tratando sin éxito de colgarse de un rinoceronte metálico muy alto para su estatura.

Él mira sus deditos y levanta cuatro con duda.

–¿Dónde está tu mamá?
–Trabajando maquila.
– ¿Y tus hermanos?
–En la casa.
–Y tú, ¿qué haces en la calle?
–Nomás.
– ¿A qué horas llega tu mamá?
–A las *sete* y a la *sei*.
–¿Quién te cuida?
–Mi *mana*... mi *mana* tiene novio.
– ¿Nunca has tenido un accidente?
–Sí, se quemó mi casa *onde* vive Berta.

Aunque Juanito es uno de los niños solos de los que dan cuenta las estadísticas, sus cuatro años los ha vivido con suerte.

“Hasta ahora no ha tenido un accidente y nunca se ha pegado tan fuerte”, dice su hermana mayor, aburrida de ser una madre improvisada de medio tiempo; harta de supervisar a sus hermanos.

“Esta chiquilla se va con sus amiguillas y los deja solos”, la acusa María de la Paz Alcalá, su casera, que de vez en cuando se asoma al patio de la casa para ver qué hacen sus pequeños vecinos.

“Les hace falta una familia. A mí me dicen abuelita aunque no lo soy. Su mamá tiene que trabajar y hasta que viene les da de comer”, dice la mujer que cría una niña que una mujer drogadicta le regaló.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

Juanito pasa por el pasillo que conduce a la calle y se pierde de vista.

Las empleadas de las maquiladoras como la mamá de Juanito trabajan nueve horas y media diarias, cinco días a la semana. Caminan por los arenales para tomar el camión antes de las cinco de la mañana o lo cruzan al regresar a la media noche. En esta ciudad-frontera sólo una tercera parte de las mamás se dedica de tiempo completo a su familia. Y la mayoría de las mujeres que trabajan, laboran dos horas más que el resto de las obreras mexicanas, pues la producción de computadoras, tableros para automóviles, refrigeradores o aspiradoras nunca para.

Consiguen vivienda en zonas tan alejadas de sus centros de trabajo, que en promedio pierden tres horas del día para transportarse; tres horas que pasan a bordo de un camión, agotadas de la rutina. Tres horas que roban del cuidado de sus hijos. Tres horas en las que niños como Juanito salen a la calle a pedir que alguien impulse su columpio. Aunque uno de cada tres habitantes de Juárez es menor de dieciocho años, parece que no hay ley, presupuesto o programa que se acuerde de ellos. No hay organización que se ocupe de la infancia juarense. Las organizaciones y la prensa tampoco se acuerdan de los niños y niñas muertos en esta frontera.

Cuando oscurece Juanito sigue en la calle. No tarda en llegar Migue, un niño vicioso, que –según los vecinos-- le hace al trapo, a la mariguana, al pegarrey”. Las pocas mamás que a esa hora ya están en casa, les piden a sus hijos que se metan para que no se involucren con un chico tan problemático.

–¿Dónde está tu mamá?– se le pregunta a Juanito cuando se le ve de nuevo en el baldío, cuando el día ya oscureció.

–Dormida.

Dicho esto se encamina a su casa. Quiere que conozcamos a su mamá. Pasamos por la cochera de la casa de otra familia, hasta el fondo está el

cuarto de dos separaciones donde viven. En una habitación en penumbras está Bety Cisneros, su mami. Ella se despierta, con los ojos hinchados de sueño, asustada por la visita de los extraños. “Ora sí me quedé dormida: llegué, les di de comer y me acosté porque ayer me quedé muy noche porque no quieren dormir temprano”, dice apenada al ser sorprendida durmiendo. Se incorpora rápidamente, comienza a dar explicaciones no pedidas.

Juanito y Laura, sus hijos más pequeños, se le acurrucan cuando la ven incorporarse. No pierden tiempo para pedir su cuota diaria de ternura. Cuatro meses atrás, Bety vivía con su mamá y le dejaba durante el día a sus hijos, pero tenían tantos problemas con su madre que decidió “independizarse”. Ella los cría sola. Su esposo se fue a Estados Unidos a trabajar y nunca volvió, como les ocurrió a muchas de las mujeres de esta ciudad.

Está asustada. No sabe si esta entrevista implicará que el gobierno le quite a sus hijos por negligencia. Ella sí los ama. Se sincera y explica que no tiene otra opción que dejar a los niños al cuidado de su hija mayor. Dice que el miedo de dejarlos a su propio cuidado la acompaña desde que sale de casa, antes de las cinco de la mañana, y se le queda prendido las nueve horas que dura en la línea de producción de aspiradoras y durante el largo trayecto de regreso. Conoce de sobra las historias de niños muertos en accidentes. “Todo el tiempo pienso si estarán bien, trato de dejarles comida hecha y ya nomás para una calentada. Me preocupa la estufa, hablé mucho con ellos, les dije que no estuvieran moviéndole y que no se salgan. Pero este chiquito (y señala a Juan) se me sale mucho y no me hace caso, aunque le digo que se lo van a robar. Me voy preocupada pero tengo que trabajar, pero si no voy quién les va a dar de comer”.

No sabe cómo mejorar su vida. Tarda un rato en plantearse lo que nunca había reflexionado.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

“Me gustaría no tener que entrar tan temprano. Un poquito más tarde, como a las siete, así ya dejaría a los niños levantados. Y me gustaría salir a las tres, y que no me descontaran tanto cuando tengo que faltar porque están enfermos, porque me quitan mucho, como 250 pesos de los 630 que gano a la semana.”

Unos segundos después, agrega: “Pero eso no es posible”. Al menos, no en Ciudad Juárez.

Rehenes de sus padres y madres

“¿Cómo le pides calidad de cuidado a una mamá que duerme cuatro horas al día, que ha roto con su origen, con su red social y tiene una dinámica de trabajo muy demandante, cuando no está haciendo limpieza de la casa o las compras de la semana?”, cuestiona Lourdes Almada, directora de la organización Casas de Cuidado.

Ella no las culpa pero tampoco justifica los accidentes infantiles porque sabe que muchos de ellos son en realidad agresiones encubiertas.

Lourdes es madre de familia juarense. Se sabe afortunada porque trabaja por su cuenta y puede atender a sus hijos en el momento en que ellos lo soliciten. Conoce bien la problemática por eso dirige una organización que cuenta con 19 de Casas de Cuidado, en las que por un costo de 225 pesos semanales, una *madre cuidadora* se encarga de atender a un grupo de niños mientras su madre de sangre trabaja.

A las 4:30 de la tarde, se ve a un camión rutero lleno de obreros que se detiene frente a un local. De su interior bajan jovencitas con batas azules. Ellas se meten corriendo al local y demoran varios minutos. Ningún pasajero repela por la espera. Los camiones arrancan cuando las mujeres vuelven a subir apretando en su regazo a los bebés que dejaron a las cinco de la mañana o llevando de la mano a chiquitos que apenas caminan.

Es la hora de que los recojan de las guarderías y los lleven a casa.

La veracruzana Rosa Álvarez, en la colonia Díaz Ordaz, es una de ellas. Lleva cosido en su bata un mensaje que llevan todos los empleados de su fábrica: “trabaja con seguridad”. Ella mira contenta a su bebé, envuelto en la cobija amarilla. Lo abraza. Suspira de alivio porque está bien. La misma expresión se repite al mismo tiempo en otros asientos del mismo autobús. Pero pocas mamás se pueden dar ese lujo. En Juárez, este servicio es sólo para unos cuantos bebés.

Al año 2005, entre el IMSS, ISSTE y guarderías privadas, se atendían a cerca de siete mil niños de entre cero y cuatro años de edad, es decir poco menos del 5 por ciento de los 170 mil niños y niñas en ese rango de edad que pueblan la ciudad. Después de los cuatro años el panorama no mejora. Estos niños prácticamente no tienen dónde quedarse pues la cobertura de preescolar sólo alcanza a cubrir una tercera parte de la demanda. Lo que significa que más de 65 mil niños y niñas están sueltos durante el día en la calle o encerrados en sus casas.

Además, estos servicios se concentran en la zona norte de la ciudad, la zona histórica, que hace varios años se vació de niños y donde viven por lo general los adultos mayores. Los migrantes no se establecieron ahí, para ellos eran más baratos los suburbios. Para estas familias de migrantes con niñas y niños pequeños el traslado de al menos una hora de camino, desde las colonias donde viven hasta donde están concentradas las guarderías, dificulta que más niños puedan ser atendidos.

Y más vale que sean niños sanos dondequiera que estén, porque si se enferman, los datos son desalentadores. Existe un promedio de un médico por cada tres mil derechohabientes y 22 de los 26 hospitales de la ciudad se encuentran en la zona norte; en todo el poniente, es decir la zona de Anapra y otras colonias pobladas principalmente por migrantes, prácticamente no hay hospitales.

Pero la realidad es que los niños se enferman. Si entre semana –cuando los padres trabajan– el cuidado de los niños es complicado, los fines de semana tampoco parecen ser los días en que ellos reciben atención adecuada. Catalina Castillo, directora de la Organización Popular Independiente (OPI), que estableció una guardería afiliada al IMSS en la colonia Díaz Ordaz, a cinco minutos de Anapra, lo constata semana a semana. Al abrir la guardería, el lunes a las 4:45 de la mañana, observa a varios bebés con la misma ropa que fueron entregados el viernes anterior. Sus padres no los bañaron y muchas niñas presentan infecciones vaginales porque no les cambiaron el pañal. Eso lo ve sobretodo en las pequeñas recién ingresadas.

“El problema más común es la falta de higiene”, coincide el equipo de Catalina que, día a día, recibe a los niños y las niñas que tienen desde 45 días de nacidos hasta cuatro años de edad. La mayoría de las madres de familia que trabajan apenas tienen tiempo para atender a sus hijos en los días de descanso: hay que limpiar la casa e ir al centro a hacer las pocas compras de la semana. Como los pañales están muy caros no los cambian con la frecuencia debida. Como están cansadas de madrugar entre semana, aprovechan los sábados y domingos para dormir. Al menos, los niños y niñas de las guarderías reciben alimentos nutritivos y su salud es monitoreada permanentemente de lunes a viernes. Pero muchas madres de familia desconfían de este servicio. Sienten mayor seguridad de que sus menores estén acompañados de una abuela muchas veces cansada o de los hijos mayores.

Por ello Catalina afirma que las organizaciones sociales, como la de ella, tienen que “pepenar niños”. En la guardería de esa colonia existe capacidad para atender a 113 pequeños y, sin embargo, sólo tienen 70 inscritos. Es difícil mantener esa asistencia porque cuando las mamás van a recoger a sus hijos, agotadas del trabajo, desveladas y con la presión de todo lo que aún les falta por hacer al llegar a casa, no tienen mucha tolerancia para escuchar el estado de salud de sus hijos y las recomendaciones para mantenerlo sano.

“(Hay un momento en que) las mamás se niegan a llevarlos a la guardería porque para ellas significa un cuidado extra: nosotros les notificamos cuando sus hijos están enfermos o necesitan alguna atención especial y eso es más trabajo para ellas y por eso no acuden”, dice Catalina.

Mejor que se queden en casa, piensan muchas de las migrantes.

Fábrica de madres prematuras

Hace tiempo que la violencia ya no se da sólo al interior de los hogares juarenses, ya se instaló en las calles. Si antes esta frontera era un corredor de paso de drogas, ahora es de consumo. Si antes eran ocasionales los asesinatos, a mediados de 2008 las estadísticas habían registrado un promedio de cien personas ejecutadas al mes.

Los asesinatos se dan a cualquier hora. A las tres de la tarde frente a una gasolinera; a las doce del día en una avenida transitada, o a las cinco de la tarde, en cualquier avenida importante, ante la mirada de niños, cuando los sicarios bajan el vidrio y disparan a la vista de todos. La víctima es un cuerpo más que sumar a las listas. A veces las balas también alcanzan a matar a los niños.

Por eso muchos padres de familia optan por encerrar a sus hijos mientras ellos no están. Son niños que cuidan a otros niños, que crecen y andan solos, rodeados de una violencia que no entienden y los supera. Diana es una de estas niñas que fungen como madres sustitutas. Luce una cabellera lacia, despeinada por descuido, por el viento y el calor. A sus ocho años está a cargo de su hermana Andrea, de tres, y tiene actitudes adultas. Una de ellas es el miedo.

“Ya no me gusta estar aquí porque matan a muchas personas”, dice la pequeña adulta que, aunque habla con seguridad, es una niña asustada.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

Tiene miedos adquiridos. Miedo a hablar con los extraños. A las noticias de la televisión de lo que le pasa a otros niños. A salir a la calle sola. Sabe, por ejemplo, que si pisa la calle sin compañía se la pueden llevar los trabajadores del DIF (Desarrollo Integral de la Familia) y la alejarían de su mamá y de su abuela, y la meterían en un albergue donde transcurriría su niñez. O, al menos, eso es lo que le dice su madre para “protegerla”.

Ella no quiere pensar en eso. Habla rápido, con claridad, y utiliza palabras y miedos que se nota que los aprendió de su mamá. Como pequeña adulta toma de la mano con fuerza a su hermanita y la hace caminar deprisa sobre la calle polvorienta hasta la tienda. Diana acaba de salir de la escuela y tiene sólo unos minutos de libertad para andar unos metros fuera de casa, antes de que su madre se vaya a la maquiladora y las deje a cargo de la abuela.

Es el único momento que respirará en la calle, al aire libre, y no encerrada. Su mamá está por salir y regresará a la una de la mañana. Así, desde las dos de la tarde hasta que empieza el siguiente día, Diana y Andrea no tienen otra diversión más que ver la televisión. Disfrutan mucho de ver películas, pero también, casi sin querer, cuando cambian los canales o cuando aparecen los anuncios, les toca ver muertos transmitidos en vivo y en directo, exhibidos por los noticieros a pocos minutos de haber sido asesinados. Las dos nenas que deberían ver caricaturas escuchan los escabrosos detalles que los locutores dan sobre las muertes. Por sus ojos se cruzan encapuchados, descabezados, secuestrados, enteipados, ejecutados, mutilados, torturados. Toda la gama de asesinatos.

Y estas imágenes se les cruzan casi todos los días en la tele, porque Juárez también es líder nacional en homicidios. Las ejecuciones, como las maquilas, nunca paran. Y, a veces, los muertos son niños y niñas como Bryan, Diana o Andrea. Ellas están relativamente protegidas. Su abuela materna, vive con ellas y en teoría se encarga de su cuidado aunque en la realidad se duerme toda la tarde, tranquila, como si ya no hubiera peligro

porque ha cerrado la puerta con llave. Ya nadie sale, ni entra. Sólo las noticias.

Afuera, un retén militar formado por una decena de soldados con ametralladoras enormes, que les cuelgan del hombro y llegan hasta un poco arriba de las rodillas, patrullan la zona. Ellas viven en la colonia Anapra, al norponiente de la ciudad, colindante con el Río Bravo, que ha ganado fama por su violencia doméstica, sus pandillas de narcomenudistas, su pobreza, sus calles de tierra desiertas y aplanadas a fuerza sobre las dunas, y los arenales en donde de vez en cuando aparecen mujeres muertas.

La colonia se formó en la década de los setentas. Aunque el suburbio se sobrepobló rápido de migrantes sólo hasta hace una década empezó a ser tomada en cuenta dentro de los planes urbanos del municipio. Algunas zonas están llenas de pequeñas viviendas de tabique gris, cartón o lámina, que contrastan con otras áreas, no menos pobres, en donde las casas son de tipo “americano”, con jardín al frente y patio atrás, aunque ambos son espacios secos en donde, por más que se ha querido hacer crecer el pasto, no se dan más que plantas amarillentas. Apenas la mitad de los habitantes de esa zona cuenta con agua, luz y drenaje y mejor se olvidan de las emergencias, porque sólo un 17% de ellos tiene teléfono en casa.

En esta zona carenciada y poco amigable para las plantas viven cerca del 30 por ciento de todos los niños y niñas de Juárez, de entre cero y once años de edad, es decir, 103 mil 632; en su mayoría hijos e hijas de migrantes.

Diana y Andrea son oriundas de Anapara pero sus padres no. Su mamá es de Puebla y su papá era de Veracruz. Al hablar de papá, Diana desvía un poco los ojos y pierde seguridad.

Con la cabeza agachada, dice que no sabe cómo ni cuándo murió, pero sí lo recuerda. Más que a él, recuerda su tierra, y al mencionarlo vuelve a subir el volumen de su voz animada con el recuerdo de la playa y de las vacaciones en la casa paterna cerca del mar. Veracruz no es hostil como Juárez.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

Si Diana luce descuidada, Andrea tiene los ojos hinchados de tanto dormir. Lleva unos shorts por toda vestimenta, nada más, dice que por el calor. Duerme todo el día porque se aburre. No la llevan a la escuela, así que casi todo el día está en casa, en las mañanas con su mamá y en las tardes con su hermana y su abuela.

Sale del encierro sólo cuando acompaña a su hermana mayor a la tienda y las veces que cruza la calle para ir a casa de sus tíos. Andrea es la que más razones tiene para quejarse de su vida en este desierto fronterizo. A las 2 de la tarde Andrea luce adormilada. Parece despertar para decir un “no” tajante cuando se le pregunta si le gusta Juárez. El mismo no rotundo aparece cuando se le pregunta si le gustaría ir a la escuela. Diana se aburre cuando escucha los comentarios de Andrea sobre Juárez. Mira al suelo, de reojo, observa a los militares una cuadra más abajo y espera a que se reanude la ida a la tienda. Entonces vuelve a tomar con fuerza la mano de su hermana, como mamá adulta que lleva a su hija a la tienda. Al rato volverá al encierro.

“Los niños ya no tienen referencia de calle. ¿Qué hubiera sido de mi madre con todos los hijos adentro de casa? Es un encierro que provoca también la ruptura de redes sociales que los niños y las niñas de antes formaban casi de manera natural: el aprendizaje en la calle, convivir, resolver problemas con otros niños”, dice la experta Lourdes Almada.

Ese hombre con armas que nos cuida

Christian tiene siete años y es de la generación de niños que no crecieron en la calle jugando. Vive en la misma cuadra que Diana y Andrea. Se conforma con pararse en el patio de su casa y observar a los militares que rondan por ahí, que protagonizan balaceras, que instalan retenes, que pasean en imponentes camiones militares, que se anuncian con sus metralletas en varios pósters colgados por toda la ciudad.

Le gusta verlos de verde, le llaman la atención sus cascos y se imagina, como ha visto en la televisión, que tienen muchas pistolas y bombas. Está emocionado de tenerlos cerca y poder espiarlos a lo lejos. Asegura que cuando él sea grande lo que más le gustaría es ser uno de ellos. “Así puedo matar policías”, dice emocionado.

Christian coincidentemente está rapado, lleva un corte tipo militar y una playera naranja con un estampado de una caricatura de Frankenstein. Es un niño alto y delgado que, mientras se trepa al barandal de madera para observar mejor a sus héroes, dice que lo que más le gusta de la escuela es “fastidiar” a sus compañeros. Él nació en Juárez pero le gusta más la tierra de su padre, Durango, porque ahí sí hay parques a donde jugar y tiene permiso para hacerlo.

En Juárez no. Bety Cortés, su mamá, corre asustada en cuanto nota que alguien se acerca a su hijo. Tiene terror de que se lo roben o que lo atropelle algún camión de ruta. La señora nació en Acapulco y hace 13 años decidió mudarse a Juárez en busca de trabajo y se llevó consigo a su madre. La joven de tez morena y ojos claros encontró empleo en una maquiladora y también ahí conoció a su marido. Son tres sus hijos, Christian es el mayor y el menor apenas nació hace un año.

La maternidad la hizo renunciar a su trabajo, no el embarazo, sino el miedo de los que pueda ocurrirles a sus hijos en esta ciudad. Aunque los niños se quedaban a cargo de la abuela eso ya no fue suficiente para calmar su angustia. Prefiere cuidarlos de cerca, aunque en su familia haya un ingreso menos y tengan que sobrevivir sólo con el sueldo del marido.

Beatriz nunca ha visto que roben o secuestren a nadie en el vecindario pero el temor por sus hijos no es gratuito. Juárez siempre ha sido percibida como una ciudad peligrosa y 2008 ha sido particularmente un año difícil. En este lugar la violencia ha revertido las estadísticas. Aquí la gente dejó

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

de morir de causas naturales y los ancianos no son los protagonistas de los entierros; ahora son los jóvenes. El homicidio apunta a convertirse en la primera causa de mortalidad, por encima incluso de las enfermedades crónicas degenerativas. En esta ciudad son los padres los que entierran a sus hijos y no viceversa.

Según la Red por los Derechos de la Infancia en México, el Estado de Chihuahua ocupa el octavo lugar en homicidios de niños de cero a cuatro años. En algunas estadísticas Juárez aparece como el primer lugar nacional en infanticidios. Por eso, tres cuartas partes de los juarenses se sienten inseguros de vivir en la ciudad. Las más temerosas son las mujeres. En una encuesta reciente, apenas un 16 por ciento de ellas dijo no sentir temor. El resto sí. Es miedo de que, por ejemplo, al estar los niños en la calle los secuestren y los tomen como “escudos” para que delincuentes perseguidos por sicarios se protejan de las balas.

Así ocurrió en junio de 2008 a la niña de doce años, Alexia Belem Moreno Meléndez. Mientras jugaba con otras dos amigas en la calle, dos hombres a bordo de una camioneta abrieron la puerta del auto y subieron a las menores a fuerza. Ellos eran perseguidos por una camioneta de sicarios que querían asesinarlos. En la huida, los secuestradores chocaron y sus enemigos continuaron con la balacera que alcanzó a Alexia y la mató. Las otras dos niñas resultaron heridas. Fueron usadas como escudos.

Otro caso fue el de Mirna Yerenia Muñoz Marín, de diez años de vida, quien en enero de 2008 fue asesinada dentro de su casa cuando su mamá cuidaba fuera de la casa a un enfermo y su padrastro estaba en el trabajo. Cuando la pareja llegó en la noche y abrió la puerta, descubrió a la niña muerta sobre la cama, desnuda y con heridas en el cuerpo. Una de las ventanas estaba rota. Las autoridades consideraron que la intención de él o los asesinos en un principio se trataba simplemente de un robo hasta que encontraron a la niña sola.

También fue sonado el caso del estadounidense que cruzaba la frontera para violar niños callejeros. Lo hacía en serie. Les pagaba unas monedas. Quizá por eso, Diana, Andrea y Christian no salen a la calle, mejor quedarse en casa aunque, a veces, ni ahí sea seguro.

Encerrados entre paredes

Pero quedarse en casa implica otro problema. En las unidades habitacionales que surgieron como plaga, significa vivir el encierro en casas tan pequeñas como las de las muñecas. Tras sus paredes crece una generación de niños y niñas que pasan el día enchufados a la televisión, que no juegan en los parques inseguros donde tampoco hay otros niños.

Arturo es uno de ellos. Es un niño de cuatro años más acostumbrado a la decoración de la casa que al aire libre. Él se está quieto jugando con los videojuegos que más le gustan. Su preferido es el Mario Bros.

Su mamá, Beatriz Gayosso, era una mujer que cuando llegó a Juárez trabajaba, pero el miedo a dejar solos a sus hijos la hizo renunciar y dedicarse al hogar. Las veces que sale a la calle se entera de lo que ocurre en la colonia: “ya apareció un muerto en el canal... violaron a una niña en la cuadra siguiente... a la casa de al lado, la desvalijaron... robaron la farmacia”.

Beatriz nunca se hizo a la idea de arraigarse en esta tierra. Siempre pensó en mudarse y todo el tiempo extraña Puebla, su tierra natal. Vio postergados sus planes de abandonar Juárez cuando su esposo se dedicó a la ampliación de la casa. Tampoco tuvo opción al momento de venir a esta ciudad: su esposo salió de Puebla en búsqueda de trabajo y un día le llamó desde Juárez avisándole que no regresaría. Ella decidió alcanzarlo con el mayor de sus hijos y ya instalada tuvo a su segundo hijo, Arturo. La familia de Arturo se estableció en Riberas del Bravo, una colonia donde hay algunas canchas de basketball sostenidas por postes grafitados y unos cinco árboles que

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

dan la ilusión de área verde. Arturo nunca juega ahí. Beatriz es una de las mamás que se niega a llevar a su hijo a esos terrenos baldíos que simulan ser parques, por miedo a las bandas de chavos que ahí se juntan.

Su madre da la impresión de que vive preocupada. Aunque está muy joven ya luce un rostro demacrado. Sonríe poco. Ella no tuvo tanto problema para cuidar a su hijo mayor ya que con su marido se turnaba para llevarlo a la escuela y recogerlo, así que el pequeño nunca estaba solo. Pero con Arturo las cosas no pudieron ser así, y se vieron en la necesidad de meterlo a una guardería en las tres horas en que los horarios de trabajo de ella y su pareja coincidían. Arturo parece no darse cuenta de la tensión en la que vive su madre. Desempleada, dedicada al hogar. Aprovecha cuando ella platica para corretear por el patio y jugar con algún carrito de plástico que anda tirado por ahí, una llanta de carro ya sin rin o una cubeta.

En la década de los noventa, miles de migrantes como el papá de Arturo llegaron a Juárez para emplearse en las maquiladoras y se crearon decenas de unidades habitacionales del INFONAVIT con el objetivo de dar casa a los nuevos trabajadores.

Riberas del Bravo está ubicada al suroriente de la ciudad, a un costado de un canal de aguas negras que en época de calor desprende un olor pestilente que dificulta la respiración y si llueve, en ocasiones se desborda.

El gobierno construyó por etapas esta unidad donde todas las casas se hicieron en serie, como en las maquiladoras. Las hileras, en fila, se hicieron iguales: de dos habitaciones que se recorren con sólo dar siete pasos. La primera, es un espacio que hace las veces de cocina, sala y comedor; la segunda es una recámara. También hay un baño. Como caja de fósforos.

El promedio de habitantes por vivienda es de un mínimo de cuatro personas. Los niños y los padres se turnan a veces para ocupar la cocina-sala-comedor como dormitorio y quienes han ahorrado pueden darse el lujo de construir cuartos extras sacrificando parte del terreno destinado al patio.

Aunque su casa es propia, Beatriz no se siente feliz tampoco adentro de la casa. “El espacio es pequeño y sería enfermizo tener a los hijos todo el tiempo adentro porque eso ocasiona problemas familiares”, dice como resignada. La mayoría de los niños de estas Riberas se aburren de estar en casa, se desesperan de crecer encerrados en estas casas-jaula donde es imposible correr sin chocar con un mueble. La relación de sus papás también se deteriora porque esas construcciones no permiten la intimidad. No hay suficientes cuartos para que las parejas duerman solos y todo ruido se escucha entre las paredes. Los niños siempre están presentes las pocas horas en las que los adultos coinciden en casa.

A Arturo esta estrechez parece que no le afecta. El se queda quieto donde pongan la televisión, manipulando unos controles, y de vez en cuando interrumpe la triste plática de su madre para mostrarle sonriente sus hallazgos: un animalito, la forma en que lanza un disco de plástico o el agua que riega el piso. Y hasta ahí se acabó el juego, cuando Beatriz le ordena que cierre la llave: el niño acaba de descubrir cómo se abre.

En esas casitas de cuento, puede vivir más de una familia. El marido de Beatriz, por ejemplo, llegó a Juárez porque uno de sus hermanos ya vivía ahí.

El 80% de los migrantes que llegan a Juárez no están solos. Se animan a buscar trabajo en la ciudad porque ya tienen un conocido o familiar que les avisa cuando hay empleo en las maquiladoras. Así se van extendiendo las familias. Llegan a casa del familiar que les dio el “tip” y ahí viven hacinados hasta que consiguen una casa propia.

En esta colonia construyeron los padres de las pequeñas Citlali y de Anete, una pareja de veracruzanos que hace 10 años llegó a Juárez cansada de que el jornal que ganaba en la zafra no alcanzaba para nada. Aunque ya tenían una hija, por un tiempo vivieron con otra familia. Después nacieron las dos chiquitas. Anete, la más chica, duerme con sus padres. Citlali, la de siete años, comparte con su hermana que casi le dobla la edad el cuarto extra que construyeron cuando la mayor crecía y se hizo evidente que necesitaba espacio propio.

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

Emigdia renunció recientemente a su trabajo como guardia, por la inseguridad que se respira en el ambiente y porque su hija mayor ya entró a la secundaria y ahora sí, no hay quien cuide a las dos pequeñas. Citlali es una niña desenvuelta que, ahora bajo la vigilancia de su mamá, se divierte jugando con su hermana menor y sus vecinos a “la-traes”, al lobo y luego platica con sus amigas o visita a sus tíos quienes viven a pocos minutos de su casa. Como en la colonia hay muchos veracruzanos, Emigdia tiene más confianza de que sus hijas salgan a la calle. Los paisanos suplen a la familia que quedó lejos. Se convierten en una familia postiza. Sentada sobre la banqueta, que entre losetas y losetas permite un poco de crecimiento de pasto, Citlali afirma que a ella sí le gusta Juárez porque dice que la gente es bonita. Como descubre flores y animalitos en el pasto ella dice que con eso le basta, que no necesita de ningún parque.

Lo que nadie se explica es por qué no se construyen espacios para los niños, si son mayoría en esta ciudad. Juárez cuenta con algunos espacios verdes, pero éstos, por lo general, no están al alcance de las familias de migrantes que viven en las zonas marginadas. Además, están lejos. Generalmente en las zonas pobladas por adultos.

Está por ejemplo el parque “El Chamizal” con sus más de 200 hectáreas verdes, al que es casi imposible llegar sin carro, sin dinero y sin energías. Si una familia, como la de Emigdia, quiere ir en transporte público requiere al menos 100 pesos sólo en transporte y para llegar demorará dos horas en varios autobuses. “¿Si ganas 500 pesos a la semana, qué haces?”, reflexiona Lourdes Almada. “La vida gira en torno de la maquila, no hay tiempo para nada más. Encima, la ciudad tiene poca infraestructura cultural y deportiva. En las zonas que están creciendo no dejaron espacios recreativos”.

No hay presupuesto para la infancia de Juárez. No hay proyecto de presente ni de futuro. Aunque la ciudad genera riquezas, retribuye con impuestos y contribuye casi con la mitad de la economía de todo el estado, ni el

gobierno local ni el federal, le regresan dinero en la misma proporción. Lo que regresa no se invierte en las zonas que están creciendo, donde viven los trabajadores que sostienen la producción y sus familias.

No importa que en esta ciudad, la población económicamente activa sea mayor que el promedio nacional por casi 10 puntos, ni que las mujeres trabajen las jornadas más largas de todo el país por salarios que no rebasan los tres mínimos. Aquí, sólo aumenta el estrés y disminuye la salud mental y el tiempo de cuidado a los hijos.

Los niños juarenses tienen negado el derecho a divertirse. Tienen prohibido salir a las calles, carecen de parques dónde correr o tienen que cuidarse entre ellos mientras los papás trabajan. Por eso, para muchos papás la televisión y los videojuegos parece ser la salvación. De acuerdo con estudios locales que refiere la directora de Casas de Cuidado, los niños en Juárez dedican entre 5 y 8 horas diarias a ver una pantalla. Los proyectos de esparcimiento para niños y niñas son casi un milagro.

La fuga de las paternidades precoces

En una de las pocas calles pavimentadas de la colonia Díaz Ordaz hay uno de estos casos raros: es un centro cultural para niños que pretende ser un espacio para que aprendan a utilizar las computadoras y tomen otros cursos.

En el patio cercado por una vieja malla de alambre hay una resbaladilla y otros juegos mecánicos entre la hierba seca. Todas las bancas que servirán para los cursos se encuentran amontonadas a la entrada del salón y las computadoras no están conectadas. Entre el revoltijo de bancas, juegan los primos Jonathan y Alexis, de seis y ocho años respectivamente, todavía vestidos con el uniforme escolar.

Este espacio -construido por la Organización Popular Independiente (OPI)- es el escondrijo ideal de este par de traviesos para cuando “escapan”

Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos

de la abuela, de sus primas y hermanas. Aquí se sienten liberados de la responsabilidad de ser niños de otros primos. La Díaz Ordaz es una colonia, cercana a Anapra, donde las casas se construyen con tabique y lámina sobre barrancas y polvareda. Era como muchas colonias del norponiente hasta que sus habitantes se cansaron de esperar inversión gubernamental y se organizaron para pavimentar calles.

Alexis es hijo de padres migrantes. Es un tímido niño que sólo siente confianza para hablar cuando su primo menor, más desinhibido, empieza a responder por él. Alexis prefiere dar su versión e interrumpe sonriente y tranquilo al inquieto Jonathan.

Jonathan, es juarense y con padres nacidos en Juárez. Tal vez por eso se muestra más seguro que su primo mayor. Se le nota lo travieso. Platica mientras pasa de una banca a otra e interrumpe a su primo. Su carcajada es franca, sus ojos redondos y muy brillantes. Vive atrás del centro cultural. Él no tiene que hacer grandes recorridos y guarda esas energías para el juego. Él es otro de los niños que quiere ser soldado. A él lo que le atrae más son las pistolas. A Alexis le atrae apagar fuegos como bombero. A eso juegan en la calle, a soldados y bomberos. Mientras sus papás trabajan su abuela se encarga de cuidarlos a ellos y a otros seis nietos –una de ellas es Karen, la hermana de Alexis, de cuatro años.

Pero en vez de estar guardados en casa, viendo televisión, vagan por las calles de la Díaz Ordaz y se asoman al centro cultural a medio construir. Se meten a la casa sólo si ven a “los chavillos”, como les dicen a las bandas de adolescentes que se forman en esa zona y que a veces se quedan en las esquinas del centro cultural. En cuanto los detectan suspenden el juego y regresan a casa de la abuela, a soñar que cruzan hacia Estados Unidos. Les gusta la calle aunque saben que de sus peligros. Uno de ellos son los más de mil “picaderos” a los que acuden los adictos a inyectarse droga. Aunque supuestamente están ubicados en lugares recónditos, debajo de puentes o

en lotes baldíos, algunos están a algunos metros de las escuelas primarias. Juárez ocupa el primer lugar de alumnos de primaria iniciados en la droga. El promedio de edad de inicio en este tipo de adicciones es a los doce años. Sin embargo, el reporte “La situación de la infancia de Juárez” afirma que el consumo ha disminuido a edades de hasta ocho o diez años. La heroína y la cocaína se han popularizado.

Alexis luce desvelado. Se levanta muy temprano para poder salir a las 6 de la mañana, va a la escuela, cruza la ciudad hasta la casa de la abuela, en cuanto puede se fuga de su vigilancia y sale a la calle, regresa antes de que sus papás lo recojan y emprende el viaje de vuelta a Riberas del Bravo ya en la noche. La fuga es probablemente lo más emocionante. Tiene primos más grandes que él, de hasta catorce años, que se esfuman con habilidad de la casa de la abuela. Cuando esto sucede ella, en automático, delega la responsabilidad del cuidado de los primos más pequeños en Alexis y Jonathan. Más con Alexis, a quien sermonea con que es el mayor y tiene un compromiso directo con su hermana Karen.

De cualquier modo él se escapa y corre junto con Jonathan hacia el centro cultural inconcluso donde tienen oportunidad de ver a otros niños que curioso por ahí. Al escaparse, Alexis y Jonathan reivindican su derecho a ser niños. Se rebelan y huyen de la responsabilidad de convertirse en papás prematuros de sus primos y hermanos menores. Ellos de por sí son también niños.

Se escapan hasta que llega la noche y los recogen sus respectivos padres. Cada uno va para su casa, a dormir. Ven a papá y a mamá en el trayecto. Disfrutan los pocos minutos que les deja libre el trabajo. Al día siguiente madrugarán para ir a la escuela, sus papás los recogerán y los dejarán encargados con la abuela, se escapan y evadirán la trampa de televisión, las noticias macabras, la falta de parques, el encierro en las casas miniatura, los peligros callejeros, la obligación de convertirse en papás de los más chiquitos.

Comentarios al margen. *Ciudad Juárez: la maquiladora que produce niños solos. Un desafío para la gran política.*
Por Rafael Miranda

El artículo de Diana Pérez y Marcela Turati tiene el merito de dar voz a aquellos cuya palabra no se escucha. Es por esto que él nos habla del fracaso de la gran política. Esa gran política hoy caída en descrédito como efecto de las empresas del S. xx y sus terroríficos desenlaces. Gran política que, justamente, nada tiene que ver con lo que hacen los políticos y mucho con aquello que la gente común emprende para interrogarse sobre las propias instituciones y transformarlas. Este testimonio recorre la etnografía del repliegue contemporáneo en la esfera privada. Privatización de la vida como efecto de la invasión masiva del espacio público, por los intereses particulares. El espacio público -la comunidad política que forma a los ciudadanos, nos dice Castoriadis-, es hoy el terreno en donde gobierna la mercadotecnia, también la que utilizan, cada vez más, las comunidades de fe o identitaria y esos remedos de democracia, que son las campañas para el voto. La invasión y el estrechamiento del espacio público que nos muestra D. T. Pérez, llama la atención respecto a la crispación de los procesos identificatorios de quienes intervienen en ese ámbito. Parafraseando a Taguieff, los soldados del Bien vendrían a remplazar a los militantes de lo mejor. Ese mercadeo supone como dada una premisa sobre la cual quisiera insistir a continuación.

El actual panorama del compromiso social ha normalizado que los especialistas en temas de migración, nunca hayan migrado; que las autoridades en temas de pobreza hayan vivido en el bienestar; que el experto en el tema de los migrantes globales, cuando uno de éstos se presenta a tocar a la puerta, no tenga nada que decirle. Una rareza, que subsiste bajo el paraguas de esa inspiradora abstracción de Mary Robinson que es “la sociedad de los derechos humanos”. Deber ser alcanzable solo gracias a una ética, de origen poco menos que divino, suspendida en el aire y sin historia.

Al dar la palabra a aquellos cuya voz no se escucha se rompe con esa deriva. Los que hablan a través del artículo son sujetos complejos, exentos de angelismo alguno. No son víctimas, son sobrevivientes. En su alteridad y a contracorriente de la usanza que profesa “ama a tu prójimo”, esos sujetos nos ponen ante la contundencia de la interrogante: ¿amar? ¿a quiénes entre el prójimo? Él nos habla igualmente de la ilusión constitucional, que se esconde detrás del frenesí por las Resoluciones, en los pasillos de las instancias ginebrinas. De ese activismo entre los representantes de los gobiernos que, en detrimento del estado de derecho que va de la mano con la democracia, apuestan al eterno paliativo del simple estado de ley.

Las historias de vida que el artículo recrea, rompen igualmente con esa deriva, al presentarnos sin mediación la palabra de los niños y niñas migrantes, que no tienen donde jugar, que pasan su infancia delante de una televisión. Niños migrantes que - quizás como sus padres- están fascinados, no por el abeas corpus, sino por el consumo y los gadgets. Esos niños que están deseosos de volverse soldados, porque “esos si tienen muchas pistolas” o de ser bomberos. Ellas nos hablan de otro fracaso de la gran política: las ciudades dormitorio. Ellas cuentan del embrutecimiento en la línea de montaje; de las industrias maquiladoras; de la naturalidad con que esas ciudades se convierten en los escenarios para la violencia común y de género y para el narcomenudeo. Los testimonios nos interrogan, insisto, respecto a la premisa que subyace al actual compromiso de la llamada sociedad civil. Rousseau señala que buscar resolver los problemas de los otros que están lejos, es la mejor manera de dar la espalda a los propios problemas. En esa dirección la acción social en el mundo de hoy, ha hecho posible reciclar la consigna -cuya venerable ancianidad no es desdeñable- de “salvar a la humanidad de su propia locura”. Me refiero a la filantropía en versión moderna que supone la aceptación, tacita o explícita, de que “la humanidad” se pueda “observar desde fuera y salvarla”. Retirarse de la ciudad y pretender dictarle sus leyes, es el acta de defunción de la primera democracia balbuceante. Ese acto, por el que los filósofos debían gobernar

a la cité desde su periferia, va a inspirar en lo sucesivo todas las formas de voluntad de dominio.

El reportaje librando el optimismo naif como hicieran las encuestas de Zola, nos hablan de la posibilidad de que, “para proteger a los vulnerables”, no haya necesidad de esos “remedios” que son los recintos cerrados. Ellos dan cuenta que es posible que, en los resquicios de los espacios urbanos deshumanizados y en los anhelos -a penas verbalizados-, de los niños que en ellos habitan, emerja una sociedad distinta. Dan muestra de que es posible que Citlali, Mónica, Anahi, Juanito y los mayores puedan salir a la calle sin miedo. Nos dicen que es posible que quienes se encargan de los menores no sean siempre los mismos, como en las Casas de Cuidado. De que es posible que la sociedad -como promete la iniciativa de la OPI-, desplace de su centro a la economía y a los intereses particulares; que recupere sus instancias intermedias y aprenda a autolimitarse. Que la sociedad deje de negarse como tal sociedad, reinventando la empatía por el bien común y afirmándose como comunidad política. Que es posible incluso concebir el hecho de migrar como algo más complejo que un acto reflejo que alimenta la estadística y que es posible que dicho acto no necesite forzosamente de nuestra intervención “desinteresada”.

Nos recuerda finalmente que es posible que la educación del ciudadano por la cité, su formación como sujeto autónomo, haga superfluo que las leyes que nosotros nos hemos dado -y que en esa medida nos hacen libres-, tengan que estar escritas para ser efectivas. Esos testimonios nos hablan felizmente de la posibilidad de que aquellos que dan la palabra, de que aquellos que hablan “en nombre de”, dejemos de ser imprescindibles, para que la voz de todos se escuche en la deliberación. Es en este sentido que el artículo en cuestión quiebra una deriva, revitaliza la gran política y en ese orden trabaja por la sociedad autónoma en proyecto.

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

Son los niños invisibles de la ciudad. Aparecen y desaparecen de las esquinas sin llamar la atención: son los niños indígenas migrantes que hacen de las aceras sus campos de juego desde la primera infancia. Muchos no asisten a la escuela, porque la pobreza no se los permite. Lo suyo es el trabajo. Para eso vinieron a la ciudad. Para dejar atrás una vida peor que la que enfrentan en esta urbe, que como muchas otras ciudades en nuestro país, los ignora y excluye porque son indios y son diferentes.

Sobre un rebozo azul extendido en un cartón está sentado Manuel. Una de sus manos sostiene una galleta y la otra juega con el popote de un vaso de refresco de una marca de comida rápida que detiene entre sus piernas. De vez en cuando manotea, se entretiene con las migas que saltan a su pantalón y vuelve a su galleta. Mira hacia todos lados. A veces levanta la cara, curioso, para ver pasar faldas y pantalones en paso acelerado. Nadie se detiene. Ni lo miran. Tan acostumbrados están los ojos de la ciudad a niños como él, que se vuelven invisibles. Al cabo, aparecen y desaparecen por toda la ciudad. Van y vienen de la mano de sus padres. O sueltos en calles y avenidas donde hacen del trabajo un juego o del juego un trabajo.

Los más pequeños, como Manuel, permanecen horas sentados en las aceras o en alguna llaga verde de pasto hirsuto de la ciudad. Allí pasan los días de su niñez hasta levantarse por sí solos y seguir los pasos de su madre entre los autos, con una cajita de dulces, chicles, juguetes o artesanía barata entre sus manos, o cazando una moneda. Si son hombres, muy pronto serán las manos que construyen esta urbe, como sus padres. Si son mujeres, quizá se conviertan en sombras silenciosas que limpian una casa, como su

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

madre. Qué más futuro hay para ellos que trabajar. A eso vinieron. Para eso dejaron su tierra, su casa, su campo, su comunidad.

A los primeros pasos aprenderán que esta ciudad se gana a fuerza de trabajo: en el comercio ambulante, los mercados, fondas y comercios de colonias populares, donde el trabajo infantil se esconde en los rincones, tras los mostradores, en el traspatio y las bodegas. Sin los privilegios de su edad, cumplen jornadas de adulto. A veces por unos pesos, por la comida o la propina del día.

Jesús es uno de ellos. Tiene 11 años y todos los días recorre los pasillos de La Merced en busca de bultos que cargar, cajas que acomodar y bolsas que llevar. Es casi mediodía y Jesús ya lleva casi seis horas de trabajo y 45 pesos en la bolsa. No le gusta trabajar. Mucho menos levantarse temprano y salir al frío. Sus manos tienen grietas, callos, machucones. Habla apresurado mientras come una torta. De pierna con mucho queso, por favor. Ya lo conocen en el puesto. Siempre pide lo mismo.

“¿Desayunas, Jesús, a qué hora te levantas, vas a la escuela?” Sí, sí desayuna. Café y pan, a veces leche. Se levanta todavía de noche, con sus papás. “A veces me quedo más en la cama”. Pero no siempre. No puede. Junto con su padre y dos de sus hermanos llega a La Merced antes de abrir los negocios y al arrancar el trajín de las bodegas. A veces carga, lleva mercancía en el diablito o ayuda a lavar las cajas de las camionetas y camiones. Tiene buenos y malos días. Hoy no es uno bueno. “A veces saco hasta 100 pesos”.

Siempre que no vaya a la escuela, porque si va, pues tiene menos oportunidad de trabajar. “Me tengo que ir antes para ponerme el uniforme”. Ahora mismo ya es tarde para él, pero no tiene ganas de ir. Se entretiene platicando, hablando de los juguetes que le gustan, de las caricaturas que lo dejan ver en una bodega de dulces adonde de vez en cuando se escapa para ver televisión. “En mi casa también tengo, pero casi no vemos caricaturas”.

También tiene amigos. Muchos. Otros niños que, como él, comparten horas de trabajo en el mercado.

Jesús es de Oaxaca. Dice que llegó chiquito. “Ni me acuerdo”. Pero hace poco fue a visitar a su abuela, a un pueblito “bien lejos”. No sabe el nombre ni intenta recordarlo. “¿Te gustó ir?” No. A él le gusta la ciudad. No el campo. Aquí vive con sus padres y tres hermanos, todos hombres, y dos más chicos que él. Juntos rentan una “casa”, a espaldas del mercado de Sonora. Los cuatro hijos duermen en una litera, dos arriba y dos abajo. Y al lado, sus padres, en otra cama “chiquita”. Tienen una estufa que, por sus palabras, más parece una parrilla. También una mesa y un sillón, en el otro cuarto, donde está la tele. Hay un baño afuera y un patio con los tanques de gas. Su padre, además de ser cargador en La Merced, también cuida autos por las noches en los bares de la zona. Su madre vende y sus hermanos, todos, trabajan. Menos el más chiquito, que tiene como dos años. Él siempre anda con su madre.

“¿Y no te gusta la escuela?” El meneo de su cabeza lo dice todo. Su silencio zanja el tema. “Ya me voy...” ¿No te da miedo andar solo? No.

Esos niños se saben cuidar bien y son bien abusados, dice el hombre que prepara las tortas. “Él dice que su papá trabaja, pero no es cierto. Búsquelo, ha de andar en la fonda de allá delante, tomando... Nomás para eso tienen hijos, para que les mantengan el vicio... pobres chamacos”.

Creecer en tierra de nadie

A diferencia de los niños de la calle, los hijos de indígenas migrantes descubren las calles de la mano de sus padres. Trabajan en familia. “Es parte de su formación, están acostumbrados, y lo harían igual en el campo. Para sus padres, es importante enseñarlos a contribuir con el ingreso de la familia desde pequeños, porque no tienen de otra, la verdad”, dice

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

Alejandro López, antropólogo, responsable de las políticas de atención a indígenas en el gobierno de López Obrador y ahora parte del Consejo de Evaluación de Desarrollo Social del Distrito Federal.

Pocos, muy pocos piden limosna y ya lo demostró un estudio elaborado por UNICEF, el DIF y gobierno del Distrito Federal: sólo uno de cada diez niños y niñas indígenas pide dinero a cambio de nada. Mucho menos los recién llegados. Quizá aquellos que ya están urbanizados, que ya aprendieron ciertas mañas. Pero la mayoría, trabaja. “El problema es que los capitalinos no vemos que un niño que vende en las calles, que hace de payasito o limpia parabrisas está trabajando, cuando debería estar estudiando o jugando”, dice Alejandro López.

Como ya nos acostumbramos a ellos, ni siquiera los vemos. Mucho menos si viven y trabajan en las delegaciones periféricas como Iztapalapa, Gustavo A. Madero, Tláhuac y Álvaro Obregón, que en conjunto concentran poco más de la mitad de la población indígena migrante de la ciudad de México, que suma casi a 120 mil personas. En esas demarcaciones la pobreza es tenaza que ahoga y la delincuencia trampa que acecha.

Como en el barrio de San Miguel Tláhuac, en la delegación del mismo nombre, a espaldas de las colonias Niños Héroe y María Isabel, que tiene por vista los flancos mordidos de la Sierra de Santa Catarina. De nacimiento irregular, esta zona es destino de familias migrantes en busca de un pedazo de tierra. Por su condición, son presa de especuladores de terrenos que venden predios de manera irregular y los enganchan con deudas a perpetuidad. Entre casas a medio construir, bajo terrenos movedizos, juegan niños de panzas regordetas y perros de raza azarosa.

Niñas que hacen las veces de amas de casa, que lavan, van al mercado, preparan comida y cuidan a sus hermanos. Muchachitos en cuyos rostros se confunda la infancia y la adolescencia, metidos en locales de juegos

electrónicos o fumando en las esquinas. En esta zona se confunde lo urbano y lo rural. Caminan por las calles de polvo y grava los tenis y los huaraches. Los rebozos y las chamarras. Hay miradas de desprecio y desconfianza. Bromas insolentes de adolescentes envalentonados.

Allí vive Emmanuel, en una casa de cartón, asbesto y lámina colocada al margen de una calle sin nombre. Tiene seis años y viene de la mano de su hermanita mayor, una *jovencita* de doce, que hace las veces de mamá, mientras sus padres trabajan. Los dos vienen de la escuela, en uniformes rasguñados por el uso y zapatos cubiertos de polvo.

Una voz los llama. Se detienen. Vuelven la cabeza y aceleran el paso. En casa los espera la abuela, doña Graciela. Que les da permiso para cruzar palabra. La niña se llama Rocío. Ella ayuda a la abuela en casa, con los quehaceres y la comida. Sábado y domingo acompaña a su mamá al puesto donde se vende, allá por la avenida Ermita Iztapalapa.

Emmanuel no quiere plática. Él aprovecha la conversación para escapar a un terreno baldío que es parque para ellos.

Doña Graciela cuenta que hace ocho años llegaron a la ciudad desde Oaxaca. Son zapotecos, gente de tierra que ya no pudo sacarle nada al campo. Acá al menos hay trabajo, comida para los chiquillos, dice. Su hija vende y el esposo de su hija es albañil. La van pasando, pero con eso es suficiente. Su única preocupación es pagar el terreno donde algún día levantarán una casa. De la deuda ella no sabe nada. “Nomás que apenas nos alcanza pa’ vivir”.

Cuida mucho a los niños porque la suya es colonia de maleantes. Teme sobre todo por la niña. Ya ve que no faltan los hombres malos y ella está chiquita. La abuela habla zapoteco, pero Emmanuel y Graciela ya no. No les gusta. Ella sí extraña su pueblo, la niña ni se acuerda de de dónde vino. Qué más. Si ahora pertenecen a esta ciudad.

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

Los ojos de la ciudad no alcanzan a ver la vida de Emmanuel y Rocío. Poco sabemos de los niños y niñas que deambulan por la periferia, en zonas de más alto riesgo social y peores grados de marginación, como el área conurbada de la ciudad de México: tierra de nadie en materia de política social para los indígenas migrantes, admite Alejandro López.

No obstante allí se registra el mayor crecimiento de estos grupos, así como en las delegaciones rurales del DF, donde se asientan cada día más indígenas provenientes de todo el país.

En Xochimilco, por ejemplo, de la migración de grupos indígenas de Veracruz, Puebla y Guerrero nacieron comunidades como Las Malvinas y San Isidro Labrador, ya urbanizadas y con fiesta propia. Un santo y una iglesia son suficientes para el arraigo y el sentido de pertenencia.

“Es un fenómeno relativamente reciente, pues en el centro ya no hay predios qué ocupar, como lo hacían en el pasado los grupos migrantes. Mucho de aquellos, los primeros en asentarse, ya incluso tienen casa construida por los programas de vivienda. Ahora, en cambio, los recién llegados se trasladan hacia la periferia, la zona conurbada y las delegaciones rurales, donde se hallan mejor adaptados aún cuando provengan de distintos lugares. A final de cuentas, su organización social es muy parecida y conviven mejor en los pueblos originarios del DF, que aquellos que no son indígenas”, relata Alejandro López.

El juego de la supervivencia

Manuel está llorando. De un salto llega hasta él una pequeña que trata de consolarlo acariciando sus mejillas, rotas por la resequedad de una infancia al aire libre. La niña se llama Evelia y tiene ocho años, dice. No va a la escuela porque no hay quien cuide de ella. Su madre prefiere llevarla consigo a su jornada de venta por las calles que rodean el Metro Insurgentes, mientras lleva en la espalda a un bebé.

Evelia no es hermana de Manuel, pero dice que lo quiere. Todos los días se encuentran allí y a veces juega con él, cuando se aburre de andar entre puestos y autos. Su madre se inquieta al verla hablar con gente extraña, se acerca y escucha la conversación. Algo le dice en su lengua y la niña contesta. Los oídos ajenos no entienden.

-¿Qué dice tu mamá?- Evelia se ríe.

La madre habla un español monosílabo, bajito. No quiere decir su nombre ni su procedencia. Desconfía y con razón. A pesar de que en el Distrito Federal viven más indígenas que en cualquier otra ciudad de Latinoamérica, ha ganado mala fama por el racismo y la discriminación contra sus indios. Y ellos lo saben, lo viven cada día en las calles, en el rudo trato con los otros, que se burlan de ellos, abusan o los ignoran.

Pero en este diálogo la ignorancia está del otro lado. La madre de Evelia, al menos, entiende el español. Pero el oído ajeno ni siquiera es capaz de identificar las palabras que intercambian ella y su hija. La incompreensión obliga el silencio, entre los ruidos de autos y la música que retumba de los puestos de discos piratas.

-¿Me va a dar dinero?-, pregunta Evelia. Un chocolate la conforma.

La madre da vuelta y sigue en los suyos.

Evelia no sabe dónde vive, ni de dónde viene, y tampoco sabe qué lengua habla. No viste como indígena: usa unos pantaloncitos verdes, una blusita blanca y un suéter azul. Sus zapatos son de plástico y no lleva calcetas. Lleva una bolsita colgada al cuello en la que guarda algún dulce y unas monedas.

-¿Tienes juguetes, Evelia?- Para decir que sí, asiente con su cabeza.

-¿Qué juguetes tienes?- Levanta los hombros y sale disparada hacia donde está su madre.

Bajo sospecha

A la madre de Evelia debieron prevenirla de los “mestizos” de la ciudad, de los riesgos que los niños corren en esta urbe que los acecha con violencia, drogas, alcoholismo y prostitución. O los hace víctimas de la intolerancia y el racismo. Allí están los informes de la Comisión de Derechos Humanos del DF, que dan cuenta de los abusos y la violación de derechos de los niños indígenas migrantes.

Como ocurrió con Ramiro, Margarita y Virginia, hermanos los 3, de siete, cinco y cuatro años, originarios de San Simón Zahuatlán, Oaxaca, quienes fueron trasladados a un albergue porque una mujer acusó a sus padres de explotación infantil.

Guillermo González y Angelina del Carmen habían salido a la calle a trabajar con sus hijos. Ellos pedían limosna con Virginia en el regazo, mientras Ramiro y Margarita vendían chicles en un crucero de la colonia Polanco, en la delegación Miguel Hidalgo. Una mujer, vecina de la zona, llamó a la policía y aseguró que la pequeña Virginia estaba drogada. Sin explicaciones de por medio, los uniformados subieron a toda la familia a la patrulla y la trasladaron a una agencia del Ministerio Público, donde apenas entendieron, con su escaso español, que estaban acusados de explotación, corrupción de menores y de inducir a los niños a la mendicidad.

Los pequeños fueron llevados a un albergue del DIF, donde les practicaron exámenes para verificar su estado emocional y de salud, luego de que sus padres no pudieron comprobar la paternidad por la falta de documentos. A la hora de las declaraciones ministeriales, nadie pudo sostener la acusación contra los padres de Ramiro, Evangelina y Margarita. Uno de los policías argumentó que sólo había respondido al llamado de la vecina y, por lo tanto, no le constaban que Guillermo o Angelina hubieran cometido algún delito.

La mujer que los denunció, a su vez, dijo que llamó a la policía porque vio a un “hombre indígena mal vestido recostado en el suelo, en la calle de Ejército Nacional, y una niña pequeña le estiró la mano solicitándole limosna”. Entonces le reclamó a Guillermo que “usara” a sus hijo y él, según la declaración ministerial, le respondió que no le importaba, que era su hija y que podía hacer con ella lo que quisiera. Después de 24 horas, Guillermo y Angelina fueron liberados por no haber elementos en su contra, pero retuvieron a sus tres hijos hasta comprobar su paternidad. Los dos tuvieron que viajar a Oaxaca para obtener las actas de nacimiento.

Una psicóloga de la agencia del Ministerio Público entrevistó a los niños y en su reporte asentó: “Los tres menores presentan malas condiciones de aliño y limpieza, se encuentran aparentemente íntegros y bien conformados físicamente, durante la entrevista cooperan poco debido a que regularmente hablan el ‘dialecto’ mixteco... en el área social tienden a ser sumamente introvertidos, son poco comunicativos y sólo se relacionan entre ellos... emotivamente se presentan llorando”. El peritaje médico informó que los tres estaban sanos y no presentaban desnutrición. La trabajadora social asentó en su informe que los padres de los menores “vinieron a México a trabajar porque en su pueblo ya no siembran, se pusieron a vender chicles y dulces en la calle, ayudando ellos por la tarde, ya que van a la escuela... sus padres no los golpean... desean estar con sus padres porque ellos los quieren y no los tratan mal... su ámbito familiar al parecer es funcional y estructurado... manifiestan en forma continua: queremos papás nosotros”.

De poco valieron los balbuceos de los pequeños, los reportes médicos y las observaciones. Al final, la trabajadora social sugirió: “Si no existe inconveniente alguno, de no haber familiar alterno que contribuya con su apoyo moral y económico para los menores, sean ingresados al albergue temporal de esta procuraduría hasta que se resuelva su situación jurídica”. La Comisión de Derechos Humanos del DF intervino y documentó este

caso. Después de realizar diversas gestiones y comprobar que se violaron los derechos humanos de los niños, logró que los tres volvieran con sus padres, luego de 14 días en el albergue.

Exclusión, hasta en la escuela

De nuevo en las calles de la Zona Rosa están Evelia y su madre, que esta vez sí hablará de su familia. Poco, en voz bajita, a veces mirando hacia otro lado. Incómoda, la verdad. Llegó de Hidalgo, con su esposo y Evelia hace como un año. Aquí nació el pequeño de siete meses que lleva sobre sus espaldas y todavía no tiene nombre o no quiere decirlo. Son de una comunidad del municipio de Ixmiquilpan, en el Valle del Mezquital, y hablan otomí (hñahñu, aclarará un experto).

Viven en la delegación Gustavo A. Madero, en un predio que comparten con otras familias de su región que han llegado antes o después que ellos. “Es por la Villa” y no dice más.

Evelia no pierde detalle de la conversación. Pero cuando se dirige a su madre lo hace en su lengua, la que seguramente perderá al paso de los años, cuando vaya a una escuela o siga su vida en la ciudad, porque su madre dice que “allá”, a su comunidad, no vuelven. “¿Y vas a mandar a Evelia a la escuela?”
Silencio.

Al escuchar la pregunta, Evelia saca la cabeza de entre las faldas de su mamá y levanta la mirada. Tampoco dice nada. Desde ahora aprende a callar. En su cultura, en su comunidad, la voz de las mujeres poco cuenta. Y la de los niños y las niñas, menos.

Por eso la decisión de que vaya a una escuela dependerá, quizá, de la voluntad de su padre, pues entre las comunidades otomíes asentadas en la ciudad, que proceden de distintos estados, prevalece más que en otras el sometimiento de mujeres y niños.

No es que sean las únicas, pero son en las que más se nota, dice Alejandro López. En hñahñu y triquis, que incluso mantienen viva la costumbre que permite a los hombres la poligamia. “Alguna vez nos topamos con un hombre triqui que andaba preguntando cómo dar a sus hijos en adopción, porque ya se quería casar con otra”.

Tal vez Evelia tenga suerte si cumplen con su trabajo las autoridades de la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad del gobierno del Distrito Federal, de la que depende la Dirección General de Equidad para los Pueblos y Comunidades Étnicas. O las secretarías de Educación Pública y Desarrollo Social del gobierno federal. O el DIF o cualquier otra dependencia cuya obligación es hacer cumplir los derechos de niños como Evelia, que son pobres, son indígenas y son migrantes.

En cualquiera de los casos, la oportunidad de Evelia de llegar a un aula seguramente deberá aplazarse algunos años. Si acaso, podrá estudiar mientras cuida a su hermanito más pequeño y se encarga de labores del hogar o colabora con el ingreso familiar, que es prioridad para las familias migrantes. Difícilmente llegará a la secundaria y mucho menos pensará en una educación superior.

Pero la suya no es historia única. Los niños indígenas de la ciudad, migrantes de ahora o de antes, son tarea pendiente del sistema educativo que no ha podido resolver las necesidades y dilemas de su identidad cultural y lingüística, de su condición social y de la discriminación y el racismo que los acecha.

Las autoridades ni siquiera cuentan con datos exactos sobre el número de niños que hablan lengua indígena en las escuelas públicas. El censo escolar de 2002 arrojó una cifra que ilustra su invisibilidad en las escuelas del Distrito Federal. Las autoridades detectaron apenas mil 324 alumnos de procedencia indígena, cuando se calcula que hay al menos 71 mil niños y niñas menores de quince años de familias indígenas migrantes, y por lo menos 7 mil que hablan su lengua.

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

A unos no los ven y otros ni siquiera están. La Asamblea de Migrantes Indígenas del DF calcula que hay 4 mil 500 niños y niñas indígenas, de entre seis y doce años, que no estudian porque no hablan español o desertan a causa de la exclusión y discriminación. Las misma Secretaría de Educación Pública documenta que la deserción y la repetición de año escolar entre los niños indígenas, migrantes o no, es más alta que las medias nacionales y de la ciudad. Por ello, apenas una tercera parte de los menores indígenas que ingresan a la escuela concluye el sexto año de primaria. Y son ellos quienes concentran la tasa de analfabetismo más alta de la ciudad: 13 por ciento frente a 3 por ciento de la población no indígena. Estas cifras son conocidas. Hay estudios, investigaciones, informes que llaman la atención de las autoridades para revertir la exclusión de los niños y niñas indígenas en el sistema educativo.

De acuerdo con el estudio “Las exclusiones de la educación básica y media superior en el Distrito Federal”, de los 7 mil pequeños hablantes de lengua indígena, casi 900 no recibía educación escolar en 2005. En ese año, uno de cada ocho niños indígenas de entre cinco y catorce años no asistía a la escuela. No obstante, en el grupo de cinco a nueve años la cifra es superior a 8 por ciento, mientras en el de 10 a 14 años el rezago crece a 17.6 por ciento. Esto significa que los indígenas de cinco a nueve años tienen tres veces más probabilidades de quedar fuera del sistema educativo que quienes no hablan lenguas originarias; en el grupo de 10 a 14 años la posibilidad de exclusión es 5.5 veces mayor. El estudio recomendó buscar soluciones originales para abatir el rezago, pero tal parece que poco o nada se ha logrado.

Si de las estadísticas dependiera su futuro, Evelia tendría muy pocas posibilidades de completar sus estudios, y menos expectativas habrá de que conserve su lengua, porque los intentos de educación bilingüe en el Distrito Federal —y en otras ciudades del país— no avanzan, a pesar de las promesas gubernamentales.

El silencio de las voces indígenas

Las voces de las lenguas indígenas se mezclan entre los ruidos y rumores de la ciudad de México. En algún cruce, en alguna esquina, a la salida del Metro o en sus vagones, saltan las frases, las palabras. No las reconocemos y preferimos ignorarlas. Volver la vista hacia otro lado. ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? Nadie lo sabe y a nadie le importa. Son indios. De cualquier estado. Qué más da.

A ojos de la ignorancia, sus rostros, sus ropas y su idioma parecen iguales. Diferentes al resto. No hay quien los mire de frente, quien les extienda una sonrisa al cruzarse con ellos. Su pobreza altera, confronta. Sus niños molestan.

“No me gusta la lástima”, dice una mujer a su acompañante, ante una mano pequeñita y tímida que pide una moneda, mientras la mira sin entender su desprecio.

Qué más puede él a sus escasos ocho años para ayudar al padre que reparte unas hojas, escritas a máquina y con faltas de ortografía, en las que algo explica de despojo de tierras, de un conflicto agrario en Michoacán, de familias sin sustento.

El padre se llama Adelino y el pequeño es José. Es el menor de seis hermanos que se quedaron con su madre para cuidar su tierra en San Francisco Ichan, una comunidad de la meseta purépecha, donde hay violencia y enfrentamientos. Vinieron a la ciudad para arreglar asuntos de tierra en la Procuraduría Agraria y hacerse de un poco de dinero para la cosecha del próximo año. No tienen mucho: unas gallinas, un puerco y un pedacito de tierra donde siembran maíz para el autoconsumo.

Adelino y su hijo llevan tres semanas en la ciudad. No conocen a nadie.

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

A veces duermen en la calle y otras veces en la Central de Camiones del Norte, donde aprovechan para usar el baño y lavarse. No saben cuánto tiempo permanecerán en la ciudad, porque los trámites de tierra, aquí tardan, y mejor aprovechan para juntar algo que les ayude a sembrar y mantener a los animales.

-Está muy pobre por allá- Dice el hombre, de 56 años, que todos los días camina calles que no conoce al lado de su pequeño.

-¿Porqué lo trajo?-

-Para que me acompañe- Dice.

Con su cobija a cuestas, una torta que administran como desayuno y comida, se sientan un rato afuera del Metro Hidalgo. Hace frío y el pequeño José no lleva más que un suéter sobre una playerita del hombre araña.

Es tímido, callado y no se despega del brazo de su padre, que más parece su abuelo. No sabe bien cuánto tiempo más estarán aquí, pero seguro que vuelven a tu tierra. Si sólo necesitan unos papeles que, les dijeron, estaban acá, y los necesitan para asegurarse la propiedad de su parcela.

A José, seguro, no le gusta nada la ciudad. No es necesario que lo diga. En su carita se le nota. Al cabo en su casa lo esperan sus gallinas, sus hermanos y su madre. Allá va a la escuela y tiene amigos. Pero a lo mejor, un día, tendrá que volver esta ciudad para buscarse un trabajo si su padre no resuelve su tenencia de tierra y la pobreza avanza más en su comunidad.

“Muchos se van. Yo no quiero. Pero él a lo mejor sí”, dice Adelino, mientras acaricia su cabeza, bajo un sol que es de otoño aunque parece invierno.

La ciudad de México ha sido destino principal de la migración interna en el país, desde su misma fundación. La Triple Alianza marcó su futuro multicultural y diverso.

A la capital del país arriban cada día 48 indígenas, en promedio. Al menos ocho son niños y niñas. Suman aproximadamente 7 mil 400 al año, según

las estadísticas del Consejo Nacional de Población (Conapo). Llegan de todas partes y casi siempre en familia, buscando supervivencia y acomodo en una ciudad que reniega de su multiculturalidad y vuelve la cara al mirarse en el espejo de su presente indígena.

“Es una ciudad muy racista, lo sabemos, y por eso ignoramos que aquí, en todas las delegaciones, hay comunidades de indígenas migrantes, cada una con sus características y sus particularidades”, dice Alejandro López. Los indígenas migrantes aportan a la ciudad sus costumbre y sus lenguas, que preservan los adultos y poco a poco van perdiendo los jóvenes y los más pequeños para evitar la discriminación, la exclusión y la burla, porque esta capital no ha caído en cuenta de la riqueza cultural que significa ser asiento de 55 de las 62 lenguas indígenas que se hablan en el país. Esto la convierte en la ciudad cultural y lingüísticamente más diversa, sólo por debajo de Nueva York.

Hubo intentos de promover la educación bilingüe para los pequeños indígenas de la ciudad –migrantes y de los pueblos originarios–, con el fin de preservar su lengua. Los resultados, sin embargo, dejaron mucho que desear, como consta en la investigación “Niños indígenas en escuelas urbanas: los casos de las ciudades de Guadalajara, México y Monterrey”, que llevaron a cabo Regina Martínez Casas y Severin Durán, ambas del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), así como Emiko Saldívar, de la Universidad Iberoamericana.

“El proyecto intercultural bilingüe no ha funcionado principalmente por la abierta resistencia de los maestros a la presencia de los profesores bilingües”, afirma la Emiko Saldívar. Responsable de la investigación en la Ciudad de México, Saldívar documentó las prácticas de exclusión y discriminación de los maestros en las aulas. Se concentró en escuelas de la colonia Roma, a donde asisten niños de origen otomí cuyas familias provienen de Querétaro, la mayoría Santiago Mexquititlán en Amealco de

Bonfil y algunos otros de otras comunidades del mismo municipio. Son aproximadamente 320 adultos y 480 niños y niñas que viven distribuidos en seis predios. La mayoría de los pequeños de esta zona nació en la ciudad y muy poco son migrantes, pues hace más de dos décadas que su comunidad se asentó en distintos predios de esta zona de la capital. No obstante lo anterior, siguen pesando sobre ellos los prejuicios de su origen. Identificados con el comercio ambulante y la elaboración de artesanías, la investigación de Saldívar detectó que los maestros tienden a destacar de sus alumnos otomíes su capacidad para las manualidades y para hacer cuentas, y celebraban como un logro escolar despojarlos de costumbres lingüísticas y actitudes que identifican con “la falta de educación” de los indígenas—como responder ‘qué’, en lugar de ‘mande’ cuando los llaman—.

La investigadora también se percató de la predisposición de los maestros a separar a los pequeños otomíes que no mostraban “avances” en el uso del lenguaje, y “premiar” a los más avezados integrándolos con niños no indígenas.

En esta escuela, en 2003, el entonces presidente Vicente Fox puso en marcha un programa de educación indígena bilingüe para la ciudad, que atendería a los 200 mil niños de origen indígena que viven en la ciudad (esta cifra incluye a los pueblos originarios y de las comunidades migrantes). En una primera etapa, la Coordinación General de Educación Intercultural Bilingüe, dependiente de la SEP, trabajó el proyecto en 76 escuelas (20 de preescolar y 56 de educación primaria) y para 2005 lo extendió a mil 800. “Irónicamente, el aumento en la cobertura del programa, fue acompañado con la reducción del presupuesto de la coordinación, por lo que se abandonó el trabajo de seguimiento a las escuelas y se buscaron otras formas de promover el programa. Actualmente el trabajo para promover la interculturalidad en el aula recae en el uso de una serie de videos titulados ‘Ventana a mi comunidad’”, escribe Emiko Saldívar. Si bien estos videos, dice la investigadora, son una propuesta interesante y

tienen una función importante como apoyo didáctico, muestran una serie de limitaciones: “Todos los casos se encuentran desarrollados en zonas rurales, reproduciendo la imagen del indígena rural aislado del resto del entorno nacional”, apunta Saldívar.

Además, en 2006 la CGEIB sólo entregó 2 mil paquetes, de los cuales mil se quedaron en manos de las autoridades de la SEP y el resto fue distribuido en las escuelas, lo que dejó sin material didáctico a 800 planteles.

No es menor el costo del fracaso de este programa en la ciudad, donde se concentra la mayor población indígena de toda América Latina, desde los grupos que ya suman tres o más generaciones, como mazahuas, triquis, otomíes, zapotecas, mixtecos o purépechas. O aquellos de primera generación, como chinantecos, tzotziles, tzeltales, choles y yaquis, entre otros.

Niños de maíz y asfalto

Evelia sonrío cuando se encuentra de nuevo con el rostro conocido. Se acerca por su chocolate. Su madre saluda de lejos, parada en una esquina donde espera el rojo del semáforo para emprender la venta entre los autos. Hoy dirá su nombre: Martina. Su edad: 24 años.

-¿Te gusta la ciudad, Martina?- No, no le gusta. Pero no dice más.

Ahora sonrío y escucha a Evelia pedir un dulce. Casi lo arranca de la cajita que su madre le retira. -¿Qué te gusta comer, Evelia?- Abre la boca. Esta vacía.

Evelia es delgadita, morena, risueña, de pelo negro y largo, que lleva amarrado en cola de caballo. Hoy lleva pantalón de tela rosa y la misma blusita blanca que los días anteriores. No parece enferma ni desnutrida. Será porque a sus ocho años todavía guarda la energía de la leche materna que

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

debió consumir en su infancia, como la mayoría de los niños del campo. En el rostro de Martina, en cambio, se mezclan rasgos de soledad, enfermedad y cansancio. Si la suerte no cambia para ellas, seguramente Evelia se parecerá más a su madre al correr de los años.

-¿Qué te gusta comer, Evelia?- Mientras devora un sándwich y su madre otro, entre bocados responde: “sopa, frijoles, pan”.

-¿Y tortilla?- Asienta.

Su madre sólo la mira, con el bebé en el regazo, sentadas las dos en una mesita de alguna tienda de ocasión.

En la calle Evelia difícilmente probará otra sopa que no sea instantánea y seguramente completará la dieta con los restos de alguna hamburguesa que alguien pondrá en sus manos para evadirla.

La comida chatarra es la dieta básica de los niños que, como Evelia, pasan el día en la calle. No importa si son indígenas migrantes o no. Mientras sean pobres... Y Evelia lo es.

Seguramente en su comunidad las cosas eran peores. Viene de una región de tierra seca y aguas contaminadas provenientes de la zona metropolitana de la ciudad de México. De alta marginación y migración hacia Estados Unidos, su comunidad ha visto morir su tierra y sus tradiciones por el embate de la urbanización. Hay razones para que estén aquí. Ellas no lo dicen, pero las encuestas lo advierten: los indígenas migrantes piensan, en su mayoría, que se vive mejor en la ciudad que en el campo. Que aquí les va mejor en economía, educación, salud, vivienda y hasta justicia. Sólo en materia de medio ambiente y seguridad perciben que es mejor la vida en sus comunidades, de acuerdo con el estudio “Perfiles de los indígenas en la Ciudad de México”, elaborado en el año 2000.

Lo cierto es que no la pasan bien. No sólo los recién llegados, sino aun aquellos que llevan años viviendo en la ciudad, que se han establecido y forman grupos bien organizados, como los triquis y mazahuas del Centro Histórico. O los otomíes provenientes de Querétaro, asentados en la colonia Roma. Ellos dejaron lo peor de la pobreza atrás. Algunos ya tienen casa –pequeños departamentos de menos de 50 o 60 metros cuadrado– y reciben apoyos gubernamentales. Han intentado guardar sus costumbres y su cultura y pedir el diseño de sus departamentos de acuerdo con sus formas de convivencia.

“Prefieren una cocina más grande, que cuartos o estancia, y espacios comunitarios”, explica Alejandro López.

Precisamente, un conjunto habitacional para otomíes de la colonia Roma, ubicado en el número 125 de la calle Guanajuato, ganó el concurso nacional de vivienda 2004 por la novedosa propuesta de espacio, adecuada a sus costumbres. Estos grupos, que van en su segunda y tercera generación, ya hicieron suya la ciudad. A veces a costa de su identidad: los jóvenes ya no hablan la lengua de sus padres y abuelos para evitar la discriminación, y algunos hasta les molesta que los identifiquen como tales. Ya se ve que no bastan los apoyos gubernamentales y una vivienda digna para promover su inclusión social.

Allí mismo, en la colonia Roma, algunos vecinos incluso promovieron una campaña de rechazo para impedir la entrega del predio a las 47 familias otomíes, que siguen con la desventaja a costas porque ahora ellos y sus hijos enfrentan otros riesgos: el alcoholismo y las drogas, los hombres; la prostitución, los embarazos adolescentes y la violencia intrafamiliar, las mujeres. Exclusión social y desempleo, todos. Porque siguen siendo indígenas, aun en ropas urbanas, y pagan siempre el costo de su origen. De allí la necesidad de apoyo a los niños y las niñas otomíes de la colonia Roma,

donde operan organizaciones civiles como el Centro Interdisciplinario para el Desarrollo Social (Cides), que atiende a 80 pequeños a quienes ofrece actividades que los ayudan en su desarrollo físico, emocional e intelectual. Los expertos observan que los niños de las familias indígenas migrantes, escolarizados o no, tienen dificultades para desarrollar capacidades como la motricidad fina, que no estimulan en sus hogares. En cambio, adquieren otras habilidades como el manejo de dinero y se desenvuelven con facilidad en las calles, acostumbrados a trabajar entre los autos.

Al Cides acuden Ana Luisa y Evelin, de seis y siete años, quienes juegan, dibujan y hablan de sus comunidades. Evelin nació en Amealco, Querétaro, y todavía recuerda su trato con los animales. Allá en su pueblo había borregos, vacas y caballos, dice. Ana Luisa, en cambio, ya nació en el DF, y de los animales sólo atina a decir: “Los que había en el pueblo de mi mamá, se murieron”.

Ana Luisa no conoce la tierra de sus padres, pero está segura de que prefiere el campo que la ciudad. No le gusta el lugar donde vive, porque no hay espacio para jugar y no la dejan salir a la calle. Le gusta comer chilaquiles, jugar con sus muñecas (*Barbies* de piel blanca, altas y delgadas, como ella no es) y dibujar. Sobre su papel en blanco, sus trazos de niña retratan su casa como un lugar chiquito, escondido detrás de un enorme muro, donde no hay árboles ni flores. Allí vive con cuatro hermanos, su mamá y un padre del que nunca habla. Ella tampoco aparece.

—¿Por qué no te dibujas?— “No me gusta. Mi falda no es bonita”, responde.

A Evelin sí le gusta la ciudad de México porque es grande. Sólo se asusta el motor de los automóviles y las sirenas de las ambulancias. A diferencia de Ana Luisa, a ella sí le gusta el lugar donde vive, porque afuera hay una maceta de la que a veces corta algunas flores para su mamá. En la escuela disfruta hacer sumas y restas, porque dice que así ayuda a su mamá a vender.

Mientras Ana Luisa dibuja apartada del resto de los niños, Evelin se une al grupo para llenar de colores un enorme cartel del planeta Tierra. Giovanni, otro de los niños que acude al centro, prefiere la computadora. Tiene seis años y asegura que un día inventará su propia máquina para jugar futbol.

Él disfruta el deporte y jugar con sus carritos en la calle. Aunque por llegar a veces tarde, ya al anochecer, se gana el regaño de sus padres.

Alicia Vargas es la directora del centro al que acuden por las mañanas Ana Luisa, Evelin y Giovanni, antes de ir a la escuela en la tarde. Ha trabajado con migrantes indígenas desde hace dos décadas y dice que cuando comenzó guardaba la convicción de que eran familias bien integradas, que sólo requerían salir de la pobreza y la exclusión. “Pero después me di cuenta de que reproducen conductas como la violencia y la discriminación, expulsan a sus niños a la calle y predomina el consumo de alcohol y drogas”. Asegura que hay niños de cuatro y cinco años que ya la consumen y, lo peor, la consiguen de manos de sus propios familiares o vecinos, o en las calles de la Zona Rosa, sobre todo, donde la mayoría trabaja.

Lejos de la vista de sus padres, hace un año dos jóvenes otomíes fueron prácticamente secuestrados por personal de una organización católica que lleva un centro de desintoxicación en Chalco, estado de México. Dicen una camioneta frenó frente a ellos, bajaron unos hombres, les colocaron una bolsa negra en la cabeza y los subieron al vehículo por la fuerza. Días después, otro joven desapareció.

Alicia Vargas intentó presentar una denuncia contra el lugar, pero los padres de los jóvenes se negaron al darse cuenta de que sus hijos ya no consumían drogas. Luego, otro adolescente fue internado y dos más se acercaron al centro para participar en pláticas. Uno volvió a las drogas.

La prostitución también es sombra que acecha a las mujeres jóvenes indígenas, expuestas al engaño y la manipulación de lenones que las enganchan en las calles ofreciéndoles un trabajo en algún tugurio o, de plano, amenazándolas. Ocurrió con dos adolescentes otomíes que trabajaban en las calles de la Zona Rosa. Allí, el vigilante de un estacionamiento las obligó a prostituirse para “pagar” los daños que supuestamente habían causado a unos autos. Por las noches, el hombre reunía a las jovencitas en el estacionamiento y llevaba hasta ellas a “los clientes”, a quienes les permitía golpearlas y someterlas a todo tipo de abusos. Las familias sólo supieron lo que ocurría al descubrir en el cuerpo de una de ellas los golpes y las mordidas.

Un cachito de tierra

A pesar de sus problemas, esos grupos son los más visibles y organizado, ya tienen muchos años viviendo en la ciudad –van en su tercer a o cuarta generación en la capital– y están totalmente urbanizados, aunque algunos todavía mantienen sus tradiciones.

Como los migrantes oaxaqueños de San Miguel Teotongo y otras colonias de la Sierra de Santa Catarina, en Iztapalapa, la delegación donde viven más indígenas (30 mil) en el DF. Lo mismo los mazahuas y triquis del centro de la ciudad, que en la mayoría de los casos tienen viviendas nuevas dentro y fuera de la delegación Cuauhtémoc y algunos incluso conservan los predios que ocupaban para guardar sus mercancías de venta. Estos grupos ya están muy institucionalizados, dice Alejandro López, ya aprendieron el manejo de las instituciones y también a “lucrar” políticamente con su identidad. Saben cómo demandar atención, pero son siempre los mismos. Eso ha generado, admite, grupos sobreatendidos, mientras otros permanecen invisibles. Hay indígenas de más de cincuenta grupos lingüísticos distintos en la ciudad y siempre la atención se centra en los mismos.

Por eso destaca el caso de la población indígena migrante asentada en la zona rural del DF, la que más ha crecido en los últimos años, porque allí han encontrado un espacio más adecuado para las capacidades laborales que desarrollaron en sus lugares de origen. “Se han incorporado como jornaleros a las zonas productoras de flores en Xochimilco y nopal en Milpa Alta, principalmente, pero también en Tláhuac y Tlalpan”, dice.

Milpa Alta, es el mejor ejemplo de crecimiento poblacional de indígenas migrantes en zonas rurales de la capital. Allí, en el año 2000 se hablaban 14 lenguas indígenas. Para el conteo de 2005 se reportaron 28 lenguas indígenas. Esto es, se duplicó la presencia de grupos migrantes de los estados de la República.

Allí, en Milpa Alta, vive Mateo, un niño de cuatro años que corretea entre guajolotes y pollos, mientras espera que su hermano Porfirio, de diez años, vuelva de la escuela para jugar con él. Pero Porfirio no puede. Desde que llegaron a la ciudad con sus padres, procedentes de Oaxaca, el más grande de los hermanos divide su día entre la escuela y el trabajo. Lo mismo ayuda a la crianza de los guajolotes y pollos, que carga baldes de agua desde el pozo más cercano a su casa, a media hora de camino.

Mateo y Porfirio viven, junto con sus padres y un tío, en una pequeña casa de lámina y cartón, prestada, que asoma hacia la carretera a Oaxtepec, en la calle Buenavista del Paraje la Mora. Es una zona de alta marginación. La más pobre, según el Consejo Nacional de Población (Conapo).

Esa pequeña vivienda, los hermanos comparten un cuartito de tres metros cuadrados. Debió ser duro su tránsito de Oaxaca a la ciudad, porque allá su padre, Marcos, era maestro. Pero el conflicto magisterial lo dejó sin trabajo y trajo a casa deudas. Por eso emigró al Distrito Federal. “Estaba desesperado y un primo me dijo que aquí había trabajo. No quise dejar a mi familia y los traje a todos”, dice el hombre.

Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México

A Marcos le pagan por cuidar la casa en que viven y trabajar la tierra. Pero no son buenos tiempos para la siembra. Hace frío, la cosecha de nopal se resiente y los apoyos de la delegación no alcanzan. Apenas puede con los ocho o diez pesos que gana por costal de nopal a la semana y por eso tiene que criar pollos y guajolotes y juntar latas de refresco para vender.

Con el frío, Mateo enfermó. Una gripa que tendrá que pasar sola, porque en casa no hay dinero para médicos.

Para los niños como Mateo no hay muchas opciones de atención. Quizá los servicios gratuitos de la red de hospitales del gobierno capitalino o las clínicas de la fundación Best, donde la consulta cuesta 15 pesos, más las medicinas. Y si no hay dinero para atender su salud, mucho menos para escuela. El kínder no es prioridad y la familia ha decidido dejarlo en casa. A la hora de la primaria, ya se verá.

Ahora apremia la necesidad económica, como sucede con Martina, la madre de Evelia, que en voz bajita y en su lengua, algo le dice a su hija. Evelia se ríe, como siempre y traduce sin saberlo: “¿Tú también eres india?”

Comentario al margen. *Niños migrantes urbanos*

Por Emilio Álvarez Icaza

La infancia en México sigue siendo hoy día para muchos de nuestros de nuestros niños y niñas, sinónimo de explotación, exclusión, discriminación, abandono y maltrato. Las oportunidades y el ejercicio de sus derechos humanos ha sido severamente vulnerado, muestra de ello son los testimonios “*Ciudad Juárez: la maquiladora que producen niños solos*” y “*Niños de maíz y asfalto... infancia indígena migrante en la Ciudad de México*”.

Las historias son tan desgarradoras y deprimentes. Me llena de indignación saber que para muchos de nuestros niños y niñas su infancia transcurre entre cuatro paredes de lámina o cartón minúsculas, donde su niñez la ven pasar a través de la ventana, soñando con un mudo irreal que les muestra el televisor, una vida que en muchos de los casos está lejos de su alcance, una realidad que los bofetea al separarlos de sus padres quienes sumidos en la pobreza deben trabajar todo el día para poder subsistir, para darles lo mínimo indispensable.

Sin embargo, muchos de esos padres, al igual que ellos son niños, que por el hecho de ser padres a muy temprana edad han adquirido otros roles, compromisos de adultos, que se ven en la necesidad de trabajar jornadas de sol a sol (en el caso de Ciudad Juárez), en las fabricas y en las maquilas por sueldos raquíuticos, o en otros caso, se ven en la necesidad de vender dulces en las esquinas o pedir limosna, todo para poder vivir día a día. Son padres tratando de hacer lo que consideran mejor para ellos y sus hijos, tratando simplemente de subsistir.

Resulta patético que ante estos hechos, nuestra sociedad se mantenga ajena, pasmada, indiferente. Leer estos testimonios, me hicieron recordar por un momento que no estamos tan alejados de lo que escribió José Saramago

en su novela: “Ensayo sobre la ceguera”, estamos ante una degradación del ser humano, cegados por la ambición, el egoísmo, la envidia, la cobardía, entre otros muchos sentimientos, es una novela aterradora y conmovedora, tal y como se nos presenta la realidad misma.

Historias como la de Mónica Feliciano, Juanito, Andrea y otros tantos que se encuentran en el anonimato, cuyas voces no escuchamos, cuyos rostros no conocemos, no deben continuar. Resulta increíble creer que existen niñas y niños sometidos a una violencia brutal e inaceptable, cometida en la mayoría de los casos por las mismas personas encargadas de su seguridad y bienestar.

Por ello, hoy debemos empeñarnos en levantar la voz, no por quienes constituyen el futuro, sino por quienes viven y padecen el presente.

A diferencia de los pueblos originarios, que de cierta manera han ganado una aceptación en la Ciudad de México, las comunidades de indígenas residentes, sus prácticas colectivas y sus formas de comunalidad resultan extrañas o incluso son rechazadas por gran parte de la población y de servidores públicos del gobierno del Distrito Federal. Ello se debe en gran medida al desconocimiento que sobre ellos se tiene (...) para frenar esta discriminación e impulsar el respeto a la diferencia expresada colectivamente, se puede comenzar a trabajar desde el nivel de las conductas particulares. Empero, una transformación de fondo implica cambiar paradigmas y concepciones arraigadas sólidamente en la manera de percibir la ciudad y de regular la diversidad. En virtud de lo anterior, en este informe se recomienda seguir tres ejes fundamentales: 1) una percepción diferente sobre la historia y composición pluriétnica de la ciudad, 2) un reconocimiento de la aparición de un nuevo sujeto colectivo de derecho: la comunidad indígena residente urbana, con personalidad jurídica y derecho a la autonomía; y 3) un marco legal que permita extender los derechos indígenas reconocidos para adecuarlos a los parámetros internacionales en la materia, con ello se permitirá su mayor y mejor ejecución por parte de las autoridades capitalinas.

Informe especial sobre los derechos de las comunidades indígenas residentes en la ciudad de México 2006-2007- Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. 2007

Crónicas de un Retorno Anunciado

Por Marcela Turati

En Michoacán un niño está aterrorizado desde que se mudó de país. No quiere salir de la casa donde se hospeda. Un monstruo grande, bravo, lo espera en la calle. Y no sólo es uno. Cuando ha salido con su mamá a la tienda él ha visto a varios.

Todos peludos. Todos agresivos. Todos sangrientos. Se siente en peligro de muerte.

En Estados Unidos, donde él vivía nunca había visto un perro suelto en la calle. En Michoacán los ve en bandas y por montones. Y vive con el terror atorado en el cuerpo.

Esta historia no es un cuento, es una realidad contada por un funcionario preocupado por el destino de los niños y niñas migrantes que, por la crisis económica global y las leyes antiinmigrantes, han retornado a los estados natales de sus papás mexicanos.

No son cuestiones menores a las que tienen adaptarse. El establecimiento en el país anhelado por sus padres, que muchos de ellos no conocían, les cambia la vida. Y el cambio es drástico. Dejaron sus departamentos con garaje y lavadora de ropa para hacinarse con primos, tíos y abuelos, en ranchos desvencijados. Papá y mamá ya no son los jóvenes eficientes que eran en el gabacho, y se convirtieron en almas penando por trabajo. La falta de oportunidades los obliga a ayunar de carne, leche, ropa y juguetes. Son la burla de sus nuevos compañeros de clase porque hablan raro, si no es que abandonan los estudios por la precaria economía doméstica. Tienen miedo

de salir a la calle de un lugar desconocido con peligros desconocidos. Se topan con montones de adultos, y niños y niñas de su edad que dicen ser sus parientes. Se asustan por ver a un perro dentro de casa.

Un caso, sino.

Las niñas Karen y Selena hace tres meses abandonaron Freehold en Nueva Jersey, *Frijol* como pronuncian sus papás, para aterrizar en Milpa Alta en el Distrito Federal. No tienen papeles que acredite su estancia en México. Su papá José y su mamá Jazmín, él del DF, ella de Huatulco, se conocieron en una tienda de abarrotes donde ambos laboraban en Estados Unidos. Se casaron. Hace cuatro años tuvieron a Selena, y hace año y medio a la pequeña Karen.

Soñaban en el próspero futuro que sus hijas gringas tendrían en el país de las oportunidades, la medicina que nunca les faltaría, la carrera universitaria que estudiarían, los empleos que podrían obtener para forjarse un patrimonio que a ellos, México les había negado. Pero llegó la crisis financiera y, con ésta, el desempleo.

“Yo le decía: ‘No hay que irnos, me quedo yo con las niñas, vete tú’. Yo tenía miedo de la economía de México, de que aquí para trabajar me van a pedir secundaria y en Frijol, no me la pedían”, dice la oaxaqueña Jazmín, delgada, guapa, moderna, en la oficina del Gobierno del DF donde tramitan el Seguro de Desempleo.

“Acá todo cambió, todo es muy caro, todo”, dice él con sentimientos encontrados. Por un lado, aliviado por estar con su familia, y por otro apenado porque sus hijas carecen de servicios médicos y escuela gratuitos, y ya no comen lo que antes.

En México, de un día para otro, dejaron de probar carne y leche. Ese fue el costo mayor de la mudanza. En Estados Unidos el gobierno les otorgaba pañales, servicio médico, leche, suplementos alimenticios. En México tienen que ganarse cada pedazo de pan que se meten en la boca, Y José no encuentra trabajo, ni siquiera como albañil.

“Es lo que se extraña: comprar pollo, carne, darles leche, se las dábamos con chocolate, siempre piden chocolate... Me gustaría volver con mis niñas... El Obama como también fue migrante parece que va a dar empleos”, sueña Jazmín, mientras su esposo guarda silencio. Se nota agobiado. A su lado corre su hija más pequeña, sus pelos delgados engominados, tiesos, amarrados por una liga.

El trauma del regreso

En los cruces fronterizos no se han reportado las caravanas de migrantes esperando entrar a México, como había comenzado a predecirse. Los paisanos han llegado a cuentagotas, a escondidas de las estadísticas. Han dejado huella de su retorno en las oficinas del gobierno donde preguntan cómo legalizar actas de nacimiento o certificados escolares de sus hijos gringos o criados del otro lado.

En el caso del Distrito Federal, a diario llegan un promedio de cinco familias de ex-paisanos a pedir un Seguro de Desempleo y la legalización de toda la papelería infantil.

Por esa oficina cruzan muchas historias: recién llegados que no se adaptan a su nueva vida; mamás deportadas que dejaron a sus hijos e hijas en el extranjero; profesionistas que no encuentran empleo; jóvenes que no quieren regresar a sus estados de origen por sentir que regresar es sinónimo de fracaso; personas que procrearon hijos con pareja distinta en Estados

Unidos y no quieren volver con la primera familia; papás que no se adaptan a los hijos que mantuvieron a la distancia; reencuentros felices e incómodos; hacinamiento en casas de familiares; niños que son su burla en los colegios o que mueren de susto cuando ven un perro.

“(Las familias) vienen con mucha incertidumbre, habían hecho planes, la expectativa era mejorar. Traen hijos que hablan sólo inglés y son motivo de burla en el salón porque no los entienden. En el mejor de los casos lo hablan revuelto pero no lo escriben, así que unos papás optan por pedir prestado para mandarlos a escuela privadas. Ya ves la crueldad de los niños a esa edad”, dice Guadalupe Chipole, la responsable del Centro de Atención a Migrantes y a sus Familias, del gobierno del DF.

“Los niños son los que más están sufriendo”, dice la funcionaria.

Ella propuso a 12 familias con niños acudir a la Unidad de Atención Psicológica a Migrantes que ofrece la Universidad Intercontinental, pero sólo dos aceptaron.

Del encierro por la migra, a la vida al aire libre

Jennifer Trujillo vivía con su papá, su mamá y sus cuatro hermanos en un amplio departamento de dos recámaras, sala y comedor en la moderna ciudad de Phoenix, su ciudad natal, entre *malls* y *freeways*. Desde diciembre de 2007 vive en La Piedad, Michoacán, la capital del cerdo, los dulces de cajeta y los rebozos.

Al principio los Trujillo llegaron a casa de dos pisos y fachada color cemento de los abuelos maternos. La misma que ha tenido durante años una foto de ellos en la sala. La tomaron después de que José, su papá, se llevó a toda la prole porque pensaba que sólo cruzando la frontera podría darles estudios

y ahorrar para agrandar la casa que acababa de construir en México. Jenny todavía no nacía. A fines de 2007, acabó el sueño. José mandó a su esposa María y a sus hijos a Michoacán porque tenía miedo de que la policía un día atrapara lo a él o a María y los botara a México sin darle la oportunidad de despedirse.

“Ni chance le dan de arrejuntar a los niños, de ir por ellos a la escuela. Pensaba: ‘si me agarran voy a dejarlos solos a ellos’, por eso mejor nos vinimos”, explica la señora María. Sus hijos enseguida de ella escuchan, no tienen nada más que hacer.

Recién retornados, los Trujillo vivieron varios meses en casa de la abuela Lupita y el abuelo Adolfo. Jennifer los conocía de voz y por teléfono.

La chiquita de seis años lloraba mucho al principio, más cuando recibía las llamadas de su *daddy*, que se quedó en Phoenix para tratar de atrapar trabajos ocasionales. Jenny lloró también los primeros meses cuando, su mamá, su abuela, sus hermanos y a veces sus primos, la escoltaban al enorme colegio privado cercano a su casa. Los Trujillo, al igual que las de otros migrantes retornados, optaron por empeñar sus pertenencias para que ella estudie en colegios privados y no olvide el inglés y siga practicando la computación.

En Arizona, Jennifer iba siete horas a la escuela, en México acude cuatro. Allá todo era gratuito, acá su mamá gastó dos mil pesos en menos de un mes para inscripción, colegiatura y útiles escolares, y cada mes le toca pagar colegiatura. La abuela Lupita destaca, sin embargo, que su escuela tiene la ventaja de que “los preparan para su primera comunión”; además, agrega María, el inglés no se le va a olvidar porque está en el programa. Ahora Jennifer, sus hermanos y su mamá viven en la casa que años atrás sus papás dejaron terminada, y que fue motivo de su migración. Tuvieron que volver a empezar. Las paredes estaban humedecidas. Los tanques de gas oxidados. Los muebles hechos ruinas.

“A Jenny no le gusta. Se les hace muy pobre aquí y no les gusta, y yo les digo que nosotros también estamos pobres”, comentó María recién llegada, cuando se estrenaba en lavar ropa ajena, como sus vecinas, para sostener a la familia y esperaba que sus hijos mayores consiguieran trabajo o siguieran sus estudios.

“Allá es más fácil comprarles ropa, comida, todo; acá es más caro. Veo que el trabajo se escasea mucho aquí y si se viene toda la gente de Estados Unidos se va a escasear más”, dijo María sonriente, como para que sus hijos no notaran su preocupación.

Pero en la nueva vida de Jennifer no todas fueron desventajas. Como en el juego de la perinola, con la mudanza ganó unas cosas y perdió otras. Ahora vive en una ciudad –escenario de la canción Perro Negro de José Alfredo Jiménez, que arranca con un: “Al otro lado del puente de La Piedad, Michoacán, vivía Gilberto, el valiente...”– y donde los vecinos todavía tienen por costumbre saludarse. En su nueva vida puede salir a la calle y tiene abuelos, primos, tíos. No es el México feo y en blanco y negro que vio en las películas y que se había formado en la mente. Aunque, eso sí, tampoco es el lugar de ambiente sano que recordaban sus José y María, porque Michoacán, poco a poco, también se ha ido poblando de narcotraficantes.

En La Piedad, Jenny sale libre a la calle a pasear con su hermana Carolina, la quinceañera. Juntas van a la tienda, visitan primos, se divierten en un parque cercano en el que tienen que pagar un peso para poder entrar. En Arizona, ellas y sus hermanos vivieron encerrados los últimos ocho meses. No salían a la calle por temor a los cholos que se drogaban y que a veces rafagueaban casas. Veían mucha televisión. Si escuchaban el timbre, guardaban silencio, aterrorizados, y no abrían porque podía ser ‘La Migra’.

“Todas las noches, cuando mi papá iba a recoger a mi mamá al trabajo me daba miedo de si iban a volver o no, porque miraba las noticias de niños que se quedaban sin sus papás porque los deportaron en las calles o en las redadas en sus trabajos. Y también tenía miedo al salir de la escuela y encontrar patrullas”, me contó Carolina, mientras lamía un helado en el parque. Su abuelo, don Adolfo Menchaca, es uno de los que más festeja el regreso de sus nietos. Cuando los veía, se le hacía un nudo en la garganta y decía conmovido: “Estamos muy gustosos con ellos, pensábamos que no los íbamos a volver a ver. Se fueron cuando eran semilla, muy chiquitos”.

Su nieto mayor, hermano de Jenny, respondió como aliviado: “Aquí puedo salir corriendo a la otra montaña si quiero, sin que te salga un ‘migra’ y te pregunte a dónde vas, ya nomás me falta encontrar trabajo”.

Un año después, ahora que estamos escribiendo este libro, en el 2008, la situación familiar de los Trujillo no había mejorado. Los hermanos de Jennifer que en Arizona cursaban *High School* no quisieron seguir estudiando por la pena que les da haber olvidado escribir en español y Carolina, la quinceañera, no fue aceptada en el Conalep por falta de papeles. Ninguno en la familia ha encontrado trabajo.

“Mis hijos han buscado trabajo, en las tiendas, en hoteles, y en ningún lado los llaman. Ni siquiera en construcción. Mi muchacha ha querido estudiar y no la dejan, en ningún lado la quieren, le dicen que por qué no se quedó”, dijo María por teléfono frustrada. “En México está peor la cosa”.

José, el jefe de la familia, se quedó en Phoenix para dar la pelea. Por la crisis de la industria de la construcción tiene trabajos ocasionales dos o tres días por semana, dejó el departamento que alquilaba con su familia y vive de arrimado en la casa de una hermana, como cuando recién llegó. Lo que

gana, por ahora alcanza nada más para sostenerse. Casi nada le sobra para enviar como remesa.

Eso ocurre en todo el país. Los hijos que los paisanos tienen en México están amarrándose el estómago. En algunos casos los mayorcitos han tenido que dejar sus estudios. La crisis esta agarrando parejo.

Entre la resistencia y el éxodo

Desde la quiebra del primer banco estadounidense, en septiembre de 2008, comenzó a hablarse de un regreso masivo de paisanos a México, como si fuera una catástrofe.

La noticia se expandió tras una declaración de la secretaria de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Alicia Bárcena, quien advirtió que hasta tres millones de mexicanos podrían regresar ante la crisis global. El secretario de Economía, Gerardo Ruiz Mateos, aseguró después que el país está listo para recibirlos. Posteriormente, Carlos Villanueva, presidente de la Asociación Mundial de Mexicanos en el Exterior, vaticinó que de noviembre a enero millón y medio de migrantes regresarán. La Confederación Nacional Campesina calculó en 1.4 millones los campesinos retornados. En cascada, los gobernadores de los estados expulsores de migrantes comenzaron a anunciar miles de personas que aterrizarán en sus territorios y para las que no alcanzará el trabajo ni los servicios.

El director del Departamento de Estudios Sociales en El Colegio de la Frontera Norte (Colef), Rafael Alarcón, fue de los primeros que salió a refutar las declaraciones y pedir datos duros con las que pudieran probarlas. “Lo que está pasando es el retorno normal por la Navidad de muchas personas que vienen a pasar sus vacaciones en México”, dijo el especialista. “Alguien que ya está allá, que pagó el alto costo de cruzar la frontera, que afrontó muchos peligros va a tratar de conseguir algo y no

regresar a México, porque su percepción es que no hay oportunidades en México”, razonó.

El Relator Especial de la ONU sobre los Derechos Humanos de las Personas Migrantes, el mexicano Jorge Bustamante también expresó que no regresarán a corto plazo ni masivamente. “Creemos que regresarán cuando agoten todas sus posibilidades de supervivencia (...) No estoy diciendo que no va a pegar, va a haber un regreso pero no a la escala que he escuchado”, dijo la directora directora de Estudios Socioeconómicos y Migración Internacional del Consejo Nacional de Población (Conapo), Paula Leite.

Según sus cálculos, los migrantes más afectados por la crisis estadounidense serán los que provienen de estados de reciente flujo migratorio, como son Chiapas, Oaxaca y Veracruz, cuyas redes sociales o familiares son aún débiles y les imposibilitará ayudarlos a sortear las dificultades.

Si agotan sus posibilidades de supervivencia, entonces, los migrantes regresarán a los pueblos y localidades semi-urbanas de donde salieron. Será difícil aprovechar la experiencia laboral que traigan los adultos porque en sus lugares de origen se carece de fábricas y de una alta oferta de servicios. Regresarán con pocos recursos, a hogares generalmente pobres. Difícilmente traerán ahorros: las remesas que enviaron se gastaron en la supervivencia de los familiares que se quedaron en México (la compra de alimentos, el pago de escuela, la ropa).

Un cálculo reciente que hizo Conapo arrojó que los estados más afectados por la baja de las remesas, por el peso que éstas tienen a nivel del PIB estatal, son principalmente Hidalgo y Chiapas, seguidos de Guerrero, Oaxaca y Guanajuato. De por sí, los más pobres.

La angustia de dejar a los niños solos

El psicólogo y coordinador de la Unidad de Atención Psicológica a Migrantes de la UIC, Fernando Valadéz, opina, sin embargo, que los infantes generalmente se adaptan más rápido a las nuevas circunstancias. Entre más pequeños sean los niños retornados a México, mayor será su capacidad de adaptación. En poco tiempo superan la barrera del idioma, comienzan a escribir y a hablar en español, se ponen al corriente en las clases y hacen amigos. Sus papás, en cambio, la pasan mal.

“El regreso siempre tiene un impacto emocional. La persona se encuentra con otro México, con un choque y con dificultad para la readaptación porque todo cambió cuando no estuvieron (...) Si el repatriado iba con la ilusión de obtener trabajo, ganar dinero, ahorrar, y el sueño es cortado de tajo, llega muy frustrado, con situación depresiva, de angustia y con vergüenza de regresar”, dice en su consultorio. Los casos más angustiantes son los de las mujeres que fueron deportadas sin sus hijos, quienes permanecen en Estados Unidos a cargo de parientes, vecinos o desconocidos. Ellas se torturan todo el tiempo pensando en la manera de volver a estar con ellos, y lo intentan, a pesar de que si las capturan penarán su delito en la cárcel.

‘Me regresé para atrás’

Verónica Quintana es una de las madres angustiadas que dejó a sus cinco hijos a cargo de su hermana, madre de otros cinco, luego de que fue capturada por la policía. Aunque llevaba 24 años viviendo en Estados Unidos y sus papás la metieron a ese país a los nueve días de nacida, fue expulsada a ciudad Juárez por no tener papeles que acreditaran su estancia legal.

Los operativos antiinmigrantes que a fines de 2007 hizo el Sheriff de Otero, Nuevo México, dejó sin papá o sin mamá a 22 niños y adolescentes que quedaron a su suerte en el pueblo desértico, de arena y matorrales llamado El Chaparral, habitado por 6 mil personas.

Aunque son ciudadanos estadounidenses la policía los convirtió a la fuerza en huérfanos por ser hijos de inmigrantes indocumentados. Entre ellos los hijos de Verónica de ocho, siete, cinco, tres y un año de vida. El más pequeño, un bebé con pañal a punto de caérsele, todavía se tambalea cuando da sus primeros pasos e intenta caminar.

Su mamá fue expulsada de Estados Unidos en agosto y para enero ya estaba de regreso en ese país ('me regresé para atrás en cuanto me echaron'). Intentó tres veces cruzar ilegalmente la frontera para recoger a sus hijos. Al tercer intento lo logró. "Vine a llevármelos a México esta semana porque empiezan la escuela. Me los voy a llevar conmigo y a ver qué encuentro de trabajo", dijo en enero de 2008, desde Anthony, Nuevo México, donde estaban escondidos, confiada en su suerte de que la contrate una maquila.

Los hijos separados de sus padres

Los operativos caza-inmigrantes en Otero comenzaron en junio de 2007, de manera aislada, pero en septiembre se intensificaron, según Martina Morales, la representante en el condado de la Red Fronteriza por los Derechos Humanos.

La organización de Morales, la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU), el Fondo Educativo y de Defensa Legal Mexicano-Estadounidense (MALDEF), y el Proyecto de Derechos Civiles de Paso del Norte promovieron demandas contra el Condado de Otero por violación a los derechos y garantías individuales.

“Fueron muchos, muchos, muchos a los que se llevaron y muchos que no quieren dar la cara para denunciar. La gente se encerró en sus casas, no salían, tenían miedo y se quedaron sin trabajo”, dijo la señora Antonia Mancinas, una mujer que vive en una casa-tráiler en El Chaparral, que al momento que la visité parecía una bodega.

Sobre el sillón verde de la entrada había cajas con ropa para niños. También hubo bolsas con despensas y juguetes que repartió entre los infantes que quedaron solos después de que la policía expulsó a sus papás a Juárez o los encarceló. En ese pueblo, a una hora de distancia de México, se quedaron sin padres los seis chiquitos de la indígena Virginia Calleros, que al ser expulsada a Juárez y su esposo encarcelado por reincidir en el ingreso ilegal a Estados Unidos, tuvo que dejarlos con una desconocida de Chaparral que ofreció hacerse cargo de ellos.

Los cuates James y Jack, que tienen dieciséis años, se quedaron con una tía convaleciente por el cáncer a la que no deportaron. Solos, también, los cuatro hijos de la señora Jiménez.

Desde fines de 2007 y a principios de 2008, el terror se instaló en este que parece un pueblo fantasma. Entre las ventiscas de arena colorada no se veía gente por las calles. Dentro de la casa tampoco estaba asegurada la paz. De vez en cuando los teléfonos sonaban y avisaban de redadas que no llegan a ocurrir. En algunas casetas telefónicas alguien, de buena o mala fe, pegó letreros en los que se leía: “Ojo, mañana viene la Migra”.

“Si viera, había niños que ya no querían regresar a la escuela, tenían miedo de que cuando no estuvieran se llevaran a su mamá y a su papá. El pueblo era todo desastre, nos tuvimos que repartir quién atendía a cuál familia”, dijo Antonia, quien se dedicó a atender a las familias rotas, junto con otras señoras de su iglesia, durante los días de la crisis.

“Fueron muchas personas a las que se llevaron”, dijo en su tráiler verde ya modernizado, mientras cocina carne con papas.

Primero fue la familia de los cuates James y Jack. A las cuatro de la mañana alguien tocó a su puerta. Preguntaron quién era y alguien les dijo que habían llegado las pizzas que habían ordenado. La respuesta fue tan absurda que los De la Torre no abrieron. En un segundo timbrado escucharon decir que era un funcionario del Control de Animales que quería hacerles unas preguntas sobre los perros que tenían. Y tampoco abrieron. Uno de los cuates vio que un policía metió su cabeza a la casa por una rendija. Se asustó, abrió la puerta, la policía entró, pidió papeles, registró la casa, esculcó hasta en las bolsas y deportó a su mamá, a su padrastro, al tío de este y a sus dos hermanas. A las 11 de la mañana de ese mismo día ocurrió un episodio similar en el pueblo.

El señor Rodríguez regresaba de recoger a su niña a la escuela cuando, frente a su hija, lo detuvieron en la calle, lo llevaron a su casa y sacaron a su esposa Virginia, la condujeron a la escuela para que recogiera a sus otros hijos. A él lo encarcelaron, a ella la dejaron en Juárez, los niños quedaron a cargo de una señora de la comunidad que pronto se cansó de tenerlos y los pasó, como papa caliente, a otra vecina.

“Los papás viven en Juárez y decidieron que los niños se quedaran aquí a estudiar. Primero sí se los llevaron un tiempo a Juárez pero fue muy difícil para ellos tenerlos allá”, explicó a cuatro meses de los operativos.

El mismo día los agentes del Sheriff llegaron a otra casa y buscaron a los inquilinos con el argumento de que su perro estaba suelto. Ya estaba el camión de la perrera estacionado afuera. “Salió la mujer, salieron los hijos a ver y se llevaron a toda la familia. Lo más curioso es que el Sheriff iba por el perro y se llevó a la familia y al perro lo dejó”, dice. En otra casa, el

argumento previo para pedir papeles fue una supuesta queja porque tenían un refrigerador afuera, y también se llevaron a los inquilinos.

“Hubo una familia, la Ontiveros, a la que habían agarrado desde agosto, un mes antes, y no nos habíamos dado cuenta. Se llevaron a una señora grande que estaba recuperándose de una operación a corazón abierto y tenía 24 años en Estados Unidos e hijos ciudadanos. Cuando se la llevaban una hija les dijo que no podía dejar ir así a su mamá y la deportaron también: dejó cinco creaturas chiquitas”. Se refería a Verónica.

En Chaparral siguieron tiempos difíciles.

“Cuando llevábamos despensa hubo familias a las que no pudimos ayudar porque ni abrían, tenían miedo, o de plano se fueron. No sé si no volvieron pero sí le sé decir que hay muchas casas solas”, explicó la mujer que además de velar por sus paisanos acompañó a los reporteros de la televisora local que llegaron a documentar los hechos.

En diciembre de 2007, cuando Antonia repartía los juguetes para los abandonados, salieron personas cuyos casos desconocía. Una mujer se le acercó y le dijo que todo ese tiempo estuvo encerrada en casa, con sus hijos y que pasaron días sin comer porque ninguno salía a trabajar. Estaban aterrorizados. Y estaban pensando en volver a México. Como tantos otros. A enraizarse a otra vida completamente distinta.

Postdata. Para noviembre de 2008 historias como las de Jennifer, Verónica, Selena o Karen, los cuates James y Jack, de separaciones forzadas, exilios y retornos, se multiplicaban y los expertos indican que seguirán aumentando. En la mayoría de ellas estarán involucrados miles de niños y niñas que pasarán la frontera en camino inverso, de Estados Unidos a México, o quizá ahora mismo están cruzando.

A manera de colófon...De cómo se cocinó este libro

Por Marcela Turati

La asignación sonaba fácil: realizar cinco reportajes, en cinco contextos distintos, cuyos protagonistas serían niños y niñas migrantes, desde sus primeros días de vida hasta los ocho años de edad. La tarea consistía en retratar las vidas de estas personas en la edad llamada Primera Infancia, en la que generalmente son invisibles para las políticas públicas, para las autoridades, para la sociedad, para los periodistas y, muchas veces, para sus familias. No así para los anuncios de televisión ni los productos especializados en venta.

Consistía en mirar la vida a través de los ojos de esta población infantil que por su edad, su pobreza, su procedencia étnica, su sexo o condición de migrantes –en algunos casos por todas las características juntas–, se topan con ambientes de exclusión, discriminación, intolerancia o abandono.

Parecía un reto sencillo. El reto nos lo dio Nashieli Ramírez y el pretexto fue la alianza entre Ririki Intervención Social y la Fundación Van Leer, que a partir de este año emprendieron en México, para el desarrollo del programa “Infancia en Movimiento”.

Desde el principio la apuesta de Nashieli sorprendió a no a pocos. Sonaba raro contratar a reporteras, y no a académicos especialistas, para que desde su óptica profunda, más no especializada; su método de inmersión, documentación, mirada y entrevista; su formato narrativo; su visión fresca y no preelaborada; relataran esa realidad, que de tan evidente resulta ignorada.

Con esas instrucciones llegamos a este proyecto Liliana Alcántara, Elia Baltazar, Thelma Gómez, María Luisa López, Diana Teresa Pérez, y yo con la responsabilidad de coordinarlo.

Las reporteras que emprenderían esta tarea fueron elegidas por su trayectoria en cuestiones sociales, la sensibilidad a los temas de infancia, la buena prosa, la contundencia en el manejo de datos duros y su disponibilidad.

Todas pertenecemos a la Red de Periodistas Sociales “Periodistas de a pie” y desde hace dos años estamos en proceso de capacitación para hacer un periodismo comprometido con los temas sociales desde un enfoque de derechos humanos.

Aunque todas las autoras somos mujeres, la selección no se basó en cuestiones de género. Es resultado de las dinámicas que prevalecen en las redacciones de los medios informativos donde temas como la educación, la pobreza, la salud o la infancia están destinados a los novatos que están en periodo de prueba o a las reporteras “sensibles” y de buen corazón.

Los periodistas que demuestran agallas pronto son “ascendidos” al escalón de la nota judicial o política. Pocos somos los periodistas que optamos por comprometernos con los temas sociales porque los consideramos prioritarios y que sabemos que para su cobertura no basta el buen corazón. Y la abrumadora mayoría de las que hacemos esta elección somos mujeres.

Una vez que tuvimos la asignación clara, nos pusimos manos a la obra. Mapeamos, evaluamos lugares, ponderamos, checamos calendarios, valoramos costos, consultamos organizaciones con trabajo en las zonas, buscamos lo ya publicado, hicimos apuestas. En algunos casos, como el de Juárez, elegimos visitar lugares que ocupan los “focos rojos” nacionales y deshonrosos primeros lugares en el descuido a las personas más pequeñas; en otros, como en Tapachula, optamos por ir a las zonas donde Ririki y Van Leer aterrizarán su trabajo. En unos más, como Michoacán, elegimos lugares donde deberían replicarse programas como este porque urge sanar la realidad de niños y niñas.

Ya sobre terreno, y en el puñado de días que viajamos a los lugares, buscamos a las Rosalvas que comparten su vida entre el norte sinaloense y el sur de la Montaña; a las Lauras que bailan sobre el basurero de Tapachula cada vez que ven una muñeca; a los Migueles que están solos en Michoacán desde que amanece hasta que anochece y que con cinco años tiene que preparar sus propias sopas; a los Bryans que sueñan con ser los soldados que custodian sus calles en Juárez; y a los Manueles cuyas vidas transcurren sentados sobre algunas banquetas mientras sus mamás venden.

Dos meses después nos volvimos a ver, ya con las historias terminadas (aunque no por eso con el trabajo concluido) y con las gargantas hechas nudo y el corazón estrujado.

Las autoras coincidimos en algo: nos sorprendió la realidad. Esta fue, quizá, la asignación que más dificultad para el trabajo de reportaje se nos había presentado en nuestra vida profesional.

Entrevistar a niñas y niños pequeños, y mantenerlos como eje de nuestras historias, sin desviarnos a lo que dicen sus papás, sus hermanos mayores, los especialistas o a lo que ocurre en su calle o en su ciudad, fue más complicado de lo que pensábamos. Ya no eran los apéndices de la familia, como generalmente ocurre en las noticias de prensa, ahora eran los protagonistas.

La experiencia nos sirvió para interiorizar lo que ya sabíamos, pero que no habíamos dimensionado en la experiencia: que a esa edad, niños y niñas son invisibles.

El día que nos reunimos para contarlo fue terapéutico. Estábamos traspasadas, y en algunos casos angustiadas, por la vida que llevan los niños y las niñas con las que nos cruzamos en el camino, y por las señales escritas del destino que les depara. En casos como el de Michoacán todavía nos da vuelta en la cabeza la pregunta de cómo atender a esos niños y niñas, pregunta que fue causa de desvelo de Thelma.

En el proceso tuvimos también complicaciones técnicas. Acercarnos con el tiempo limitado ya era en sí una proeza. Fue difícil también conseguir entrevistas, convenciendo a mamás que viven angustiadas ante la posibilidad de que sus pequeños platiquen con gente desconocida en la calle o en contextos violentos que alimenta sus miedos a los secuestros, violaciones u homicidios de sus hijos e hijas. En contraparte, no siempre pudimos encontrar a los padres para pedirles permiso para hablar con sus hijos. Muchas veces los adultos jamás regresaron y nos recibieron los propios niños y niñas que pasan sus días solos y que, aunque han sido alleccionados para no tratar con extraños, no siguen las reglas.

En otros casos, aún con permiso de sus padres, madres o tutores, los pequeños migrantes no se animaban a hablar. Muchos por falta de costumbre a opinar ante adultos y otros por ver a extraños derivado del aislamiento en el que viven. Y ese miedo, disfrazado con timidez, resultó un verdadero problema.

Escribimos los textos conscientes del lenguaje no discriminator que visibiliza a niños y niñas por igual, y les da su lugar como personas, no los trata como mini-adultos, o personas en proceso de ser, o como proyecto de futuro. Prestamos atención para no caer en un uso de lenguaje sexista, pero también cuidamos los absurdos lingüísticos. Estamos convencidas que hay que evitar el empleo discriminatorio de la lengua, pero no quisimos abusar en fórmulas que atascan el ritmo de los textos y enredan el relato. Es así que cuando hablamos de *niños*, en genérico, no pretendemos ignorar o discriminar a las niñas. Esto también nos sirvió para recordar que aún tenemos pendiente en México la discusión entre medios de comunicación y organizaciones dedicadas a la infancia para llegar a consensos de lenguaje, que no sean unilaterales, que no fuercen la ingeniería lingüística y deje tanto a nosotros los adultos, como a la población infantil reconocida como grupo social conformes.

Casi al cierre de este proyecto la realidad se impuso y decidimos incluir un reportaje sobre las familias de paisanos que regresan a México por la crisis económica en los Estados Unidos o las que fueron separadas a raíz de la deportación del padre o la madre; historias que creemos veremos multiplicadas por miles en los próximos meses. Esa realidad la consignamos hilvanando historias previamente habíamos reportado y desempolvando libretas, con la consciencia de alumbrar directamente las historias de los niños y las niñas para convertirlos en eje.

En la última etapa, la de la revisión de los textos, nos dimos cuenta de que podríamos aprovechar las experiencias que varias habíamos tenido como reporteras en las mismas zonas o durante el tratamiento de las mismas problemáticas para enriquecer los textos ajenos. Así fue como algunos textos tienen dos autoras. Aquí también contamos con la retroalimentación

de la periodista Ivonne Melgar, quien además redactó el prólogo de este libro. Sin duda que contar con la profesional y experimentada pluma de Ivonne es “abrir con llave de oro”. También se incluyeron comentarios, que nos muestran algunas primeras reacciones sobre los reportajes.

Todos los pasos anteriores, y la suma de felices coincidencias, dieron origen a nuestro primer libro colectivo en el que los periodistas aportamos lo que sabemos hacer: la investigación, mirada fresca y escritura; y Ririki, la experiencia y los años de trabajo concienzudo, a fondo, con población infantil y la supervisión de políticas públicas.

Para la Red de Periodistas Sociales es un logro, gracias a la confianza de Ririki Intervención Social. Ojala sea un ejemplo de las alianzas que podemos hacer periodistas y organizaciones sociales para la construcción democrática, en donde el respeto de los derechos de los niños y las niñas sea una constante.

Así fue la preparación, contada desde la cocina, de este libro “*Migraciones vemos... infancias no sabemos*” que es un diagnóstico de carne y hueso de los niños y niñas de México, encarnado en historias complejas, difíciles, dolorosas.

Este libro no es para disfrute ni pretende serlo. La intención es que incomode, lleve a reflexionar, cause pesadillas.

La buena noticia es que “*Migraciones vemos... infancias no sabemos*” es el arranque, el punto de partida, el kilómetro cero, de una realidad que está por ser tocada mediante técnicas y líneas de trabajo que pretenden la visibilización, la tolerancia, la inclusión, la protección, el respeto de esos niños y niñas migrantes que viven en México su Primera Infancia.

¿Quién es quién?

Liliana Alcántara. Estudios de Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Comenzó a ejercer el periodismo desde 1995 en El Universal Gráfico. A partir de 1999 y hasta la fecha se desempeña como reportera del periódico El Universal donde se ha especializado en el tema de los derechos humanos.

Emilio Álvarez Icaza. Presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. Maestro en Ciencias Sociales de FLACSO. Fue Director del Centro Nacional de Comunicación Social AC. Académico e investigador en la Universidad Iberoamericana, de la UNAM y del Centro de Estudios para el desarrollo Rural, entre otras.

Elia Baltazar. Periodista con 21 años de experiencia, es reportera del periódico Excelsior. Especialista en temas urbanos y sociales, su trayectoria incluye los periódicos La Jornada y El Independiente así como la revista Mira, donde se desempeñó como jefa de redacción. Premio de periodismo Unifem en el año 2000

Thelma Gómez. Egresada de Ciencias de la Comunicación, de la UNAM. Se inicia en el periodismo en 1994. Ha trabajado en la Agencia Notimex, Milenio Diario, Milenio Semanal, Día Siete y Nuevo Excelsior. Ha colaborado en diversas publicaciones, entre ellas La Jornada, Playboy-México, Etcétera, Open, El Universal, Quo, El Semanario y Life & Style.

Norberto Liswki. Médico, Pediatra Social. Entre el 2003 y el 2007, fue Vicepresidente del Comité de Derechos del Niño de Naciones Unidas. Entre sus cargos se destacan: Especialista Senior del Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes, organismo especializado de la Organización de Estados Americanos (OEA), Presidente de Defensa de los Niños Internacional, sección Argentina.

Maria Luisa López. Editora y reportera fundadora de periódicos y revistas como Reforma, Milenio Semanal, Milenio Diario, La revista de El Universal y Excelsior. Ha colaborado para La Jornada, El Financiero y Canal 22, entre otros. Primer Premio Periodístico “Rostros de la Discriminación” 2005 (Fundación Manuel Buendía /CDHDF / Conapred).

Alberto Márquez. Estudiante de la licenciatura de Psicología por la Universidad del Estado de Morelos. Trabaja actualmente en la Secretaría de Desarrollo Social del estado del Morelos.

Ivonne Melgar. Formada en el periodismo social, actualmente es reportera, cronista y columnista del diario Excélsior. Su colaboración semanal, Retrovisor, aborda la vinculación de la vida política con el desarrollo social. Ha trabajado en los periódicos Reforma y Uno másuno.

Rafael Miranda. Psico-sociólogo nace en México DF en el seno de una familia de niños de la guerra. Profesor invitado en instituciones de enseñanza superior y en programas de posgrado; investigador, interviniente y articulista independiente. Bibliógrafo de las bases de datos del sitio Web Cornelius Castoriadis/ Agora International, inspirado de la filosofía del servicio público.

Diana Teresa Pérez. Es colaboradora de la revista Expansión y del periódico Excélsior. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la UNAM y desde 1998 trabajó como reportera para el periódico La Crónica de Hoy y Excélsior. En el 2005 recibió el premio al Mejor Programa Radiofónico en Lengua Extranjera en Nueva Zelanda.

Guillermo Ramírez. Profesor normalista y economista, actualmente catedrático de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, de donde es Maestro Emérito. Ha sido reconocido con el Premio Universidad Nacional en ciencias administrativas y económicas.

Nashieli Ramírez. Ha dedicado su vida profesional y personal a temáticas sociales y educativas. Fundadora de Ririki Intervención Social, organización que actualmente coordina. Es Presidenta del Consejo Directivo de la Red por los Derechos de la Infancia en México e integrante del grupo de expertos en Primera Infancia de la OEI.

Marcela Turati. Reportera especializada en asuntos sociales. Coordinadora del equipo ganador del premio "América Latina y los Objetivos de Desarrollo del Milenio", del PNUD y la agencia IPS (2007). Dos veces finalista del premio Nuevo Periodismo de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (2004 y 2008). Es becaria de la Fundación Avina de investigaciones periodísticas para el desarrollo sostenible.

Agradecimientos

La realización de éste libro, no hubiera sido posible sin la participación de niños, niñas, familias y organizaciones de la sociedad civil, que compartieron sus vivencias y experiencias.

De manera particular, deseamos agradecer:

Guerrero. A Isidro Rivera Portillo y a todos los integrantes de su familia, en particular a su hija Rosalba Rivera Trinidad y sus 8 años llenos de flores. Por abrir las puertas de su casa y de su vida. A todo el equipo de trabajo del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan A.C., en particular a Margarita Nemecio, coordinadora del área de Migrantes.

Michoacán. A Favio Galeana Márquez, María Concepción Rodríguez Aburto, Alejandro Chávez Zavala, Miguel Ángel Montañez Mendoza, al equipo de profesores encabezados por Galdino Domínguez Reyes y a las familias jornaleras. Un agradecimiento especial a los niños y niñas que compartieron sus miradas, lágrimas, sonrisas, sueños, miedos, dibujos y juegos: Guillermo, Micaela, Eloy, Rosaura, Victoria, Angélica, Luciano, Elena, Juanito, Elidio, Ramiro, Fulgencio, Celerino, Cristina, Rubén “el chango” y a Fernando “el pequeño valiente”.

Chihuahua. A Lourdes Almada, directora de Casas de Cuidado Diario y a Catalina Castillo, directora de la Organización Popular Independiente (OPI), de Ciudad Juárez.

Zona Metropolitana de la Ciudad de México. A Alicia Vargas, del Centro Interdisciplinario para el Desarrollo Social (CIDES), a las niñas Ana Luisa,

Evelín y Giovani, y a Apolonia, migrante colaboradora de esa organización. A Artesanos Indígenas del Movimiento de Unificación y Lucha Triqui. A la familia Díaz del paraje La Mora, en Xochimilco, Distrito Federal. A Rocío, Adriana y Julieta Ortiz, habitantes de Chalco, Estado de México. A Alejandro López del Consejo de Evaluación de Desarrollo Social del Distrito Federal.

Chiapas. A Juan de Dios García Davish y al Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova.

A Emilio Álvarez Icaza, Norberto Liwski, Alberto Márquez, Rafael Miranda y Guillermo Ramírez, por sus valiosos comentarios. Y a Ivonne Melgar por su retroalimentación y por la redacción de un excelente prólogo.

A la Fundación Bernard van Leer, en particular a Michael Feigelson, por su acompañamiento y compromiso.

A todas aquellas personas y organizaciones con las que compartimos nuestra preocupación y trabajo en torno a la población infantil migrante en México, en especial a: nuestros aliados para el Programa Infancia en Movimiento; a las y los participantes en las consultas, entrevistas y reuniones desarrolladas de noviembre del 2007 a la fecha en el marco del citado programa; a las personas que integran la iniciativa “No a la explotación laboral infantil”, especialmente a Paola Díaz de León y Rosario Lara.

Al equipo de Ririki, Intervención Social, en particular a Patricia Urbietta por su entusiasmo y dedicación para con la infancia jornalera migrante, a Pilar Hernández por su paciencia y esmero para la administración del programa y a Andrea Márquez, por su entrega en la coordinación del área de comunicación del programa y sus aportaciones al presente documento.

